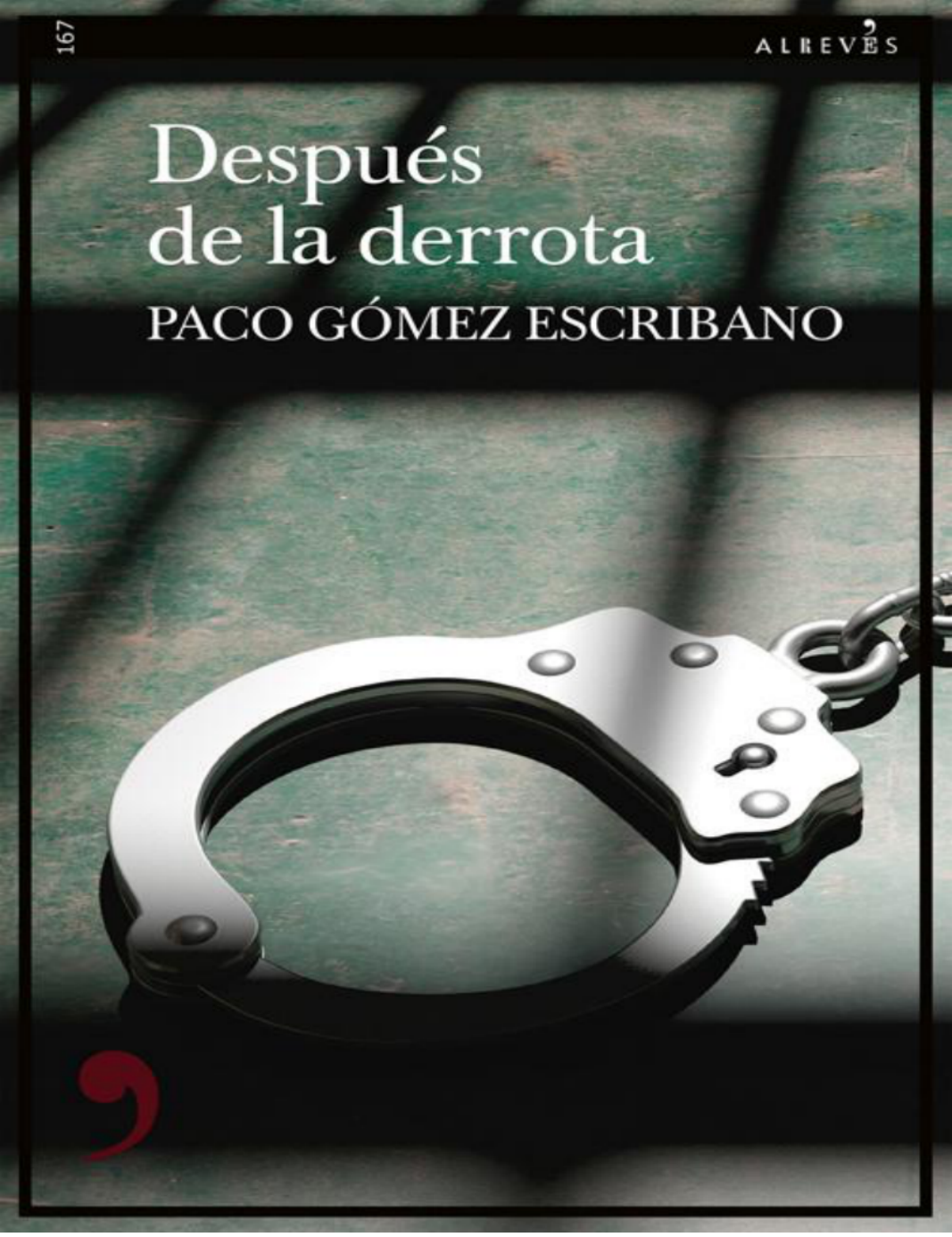
167

ALREVÉS

Después de la derrota

PACO GÓMEZ ESCRIBANO



Paco Gómez Escribano es autor de diez novelas: *El círculo alquímico* (2011); *Al otro lado* (2012); *Yonqui* (2014); *Lumpen* (2015); *Manguis* (2016, premio Novelpol); *#MadridPrisión* (2017); *Cuando gritan los muertos* (2018, premios Ciudad de Santa Cruz, Negra y Mortal, y finalista del premio Hammett de la Semana Negra de Gijón y del premio Novelpol); *Prohibido fijar cárteles* (2019); *5 Jotas* (2020, finalista del premio Novelpol, finalista del premio Pata Negra de la Universidad de Salamanca y finalista del premio Cartagena Negra); *Narcopiso* (2023, ganador del premio Estandarte a la mejor novela); y ahora *Después de la derrota*. Con *Yonqui* entra de lleno en el género negro. Junto al resto, las novelas comprenden un viaje físico, literario y social por distintas épocas del barrio del propio autor, Canillejas, situado al este de Madrid, que se complementa con los poemarios *Versografía maldita* y *La vereda de la derrota*, de los que han dicho que son el reverso de su prosa. Es autor del ensayo aún inédito *Curso de novela negra y policíaca*. También ha participado en numerosas antologías colectivas de relatos y poemas, ha sido ponente en diversos foros e institutos públicos y centros de profesores y es profesor en Cursiva, impartiendo cursos de cómo escribir novelas de ficción criminal. Actualmente también imparte clases en un instituto público.

Zip es un periodista frustrado que abandonó hace años la profesión por problemas con las drogas y con la disciplina laboral. Ahora, en su edad madura, regenta un hostal que recibió en herencia de sus tíos, sus verdaderos padres. Una mañana, al regresar del entierro del Chule, un expresidiario amigo suyo, se acerca al banco a ingresar efectivo, con tan mala suerte que es testigo, primero, y rehén, después, de un atraco. El líder de los atracadores es el hijo del Chule, que, junto a dos compañeros, se atrincheran en el banco ante la llegada de la Policía. Los chicos son yonquis y están con el mono, así que es Zip quien tiene que negociar con la autoridad.

Zip cuenta en tiempo presente la historia del atraco, pero aprovecha para contar en pasado la historia de su vida, plagada de sucesos histriónicos al límite que tienen mucho que ver con la Marga, la mujer del Chule y madre del Nico, líder de los atracadores. En una subtrama paralela, Zip habla alegóricamente al Chule a través de los años recorriendo diversas prisiones de la geografía española, revelando pasajes que ayudan a comprender lo que sucedió y lo que está ocurriendo.

En tus manos tienes una novela impecable. Paco Gómez Escribano vuelve con una historia inolvidable en la que la derrota y el fracaso se elevan a su máximo esplendor literario.

Después de la derrota

,

Después de la derrota

PACO GÓMEZ ESCRIBANO

ALREVÉS
BARCELONA-2024

Primera edición: mayo de 2024

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
C/ València, 241, 4.º
08007 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© 2024, Paco Gómez Escribano
© de la presente edición, 2024, Editorial Alrevés, S.L.

Printed in Spain
ISBN: 978-84-19615-69-5
Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Al Chule le había cambiado la vida en muy poco tiempo. Tanto, que aquella misma mañana lo habían incinerado en el cementerio de la Almudena. Una mañana que no había sido ni soleada ni nublada del todo. Hizo amago de llover, pero la lluvia, seguramente ocupada en repartir agua por otras latitudes, no había creído conveniente aparecer por un sepelio que tampoco es que hubiese importado a mucha gente salvo a los cuatro amigos matados que aparecimos por allí, al único hermano que le quedaba, el Floren, y a la Marga, su piba de toda la vida.

Su hijo, el Nico, tampoco había creído pertinente aparecer por el crematorio del cementerio de la Almudena. El niñato lo culpaba de muchas cosas, hasta de las que el Chule no tenía la culpa.

Su hijo es el cabronazo que en este momento empuña la pipa, coloca a sus dos colegas a ambos lados del banco y grita cosas que parecen sacadas de un periódico de sucesos de los años setenta.

—¡Que no se mueva nadie, por mis muertos! ¡Esto es un puto palo al banco y al que se mueva le reviento la cabeza de un tiro, que estoy mu loco!

El puto tarado va tan drogado que empiezo a dudar de si se habrá enterado de que su viejo la ha diñado. Y, dadas las circunstancias, empiezo a pensar en si no voy a seguir al Chule este mismo día hasta donde coño se encuentre. No es un pensamiento extraño, conociendo al Nico.

Ahora mismo, los que estamos dentro del banco, dependemos de un jodido drogata enloquecido con el mono y de sus colegas no menos enmonados. No sé si rezar un avemaría, a pesar de que no soy creyente, o echarme a llorar. Tengo miedo. No he sido el tipo más echado para adelante del barrio. El más cobarde tampoco, un tío normal, ahora tirando a viejo, tirando a borracho y tirando a «¡dejadme vivir tranquilo, joder!». Pienso en lo jodidamente extraña que es la vida, en cómo se complica en un instante por ir a ingresar una mísera cantidad de dinero a la sucursal bancaria de al lado de casa. Y en lo viejo que me estoy haciendo. Me llega hasta la nariz

un olor añejo que procede de mi propia ropa, un aroma que apesta a rancio, a paso del tiempo, a sarcófagos cuyas jodidas momias hubiesen sido embalsamadas con el ungüento eterno de la desesperanza. Huelo a época demasiado arcaica, a meados y a viejo. Claro que los tres niñatos no huelen mucho mejor que yo. El Nico lleva una mascarilla descolorida por debajo de la nariz con la bandera de España. Me pregunto qué le ha dado España a este: sus abuelos, por las dos partes, pobres como ratas, represaliados en la guerra, y sus padres, yonquis; el Chule pasó más de la mitad de su vida encerrado entre barrotes; y su madre, la Marga, toda la vida de puta por temporadas para chutarse. Y él, que sí, que un día lejano fue un pobre chaval medio abandonado víctima del puto sistema, ahora es un neoyonqui cabronazo y neonazi con el cerebro tan frito como si cascas un huevo fresco y lo depositas en la acera de cualquier barrio de Sevilla a las cuatro de la tarde de un día de agosto. Ese es el Nico, sietemesino y engendrado un día triste y gris en un vis a vis rápido de una cárcel perdida en un páramo mesetario de Castilla.

El Tiri, uno de sus lugartenientes, lleva la típica mascarilla quirúrgica azul tan renegrida que más de un gilipollas la calificaría de *vintage*. Además, viste una sudadera con manchas de lo que parece sangre reseca y unos vaqueros desteñidos y rotos. En uno de esos garitos modernos cuadraría bastante bien e incluso podría pasar desapercibida su psicopatía, aunque dudo mucho que lo hiciera su predilección sexual por las niñas.

El Polaco lleva una camisa caqui que se deshilacha por las costuras, vaqueros que un día fueron negros y mascarilla blaugrana con el escudo del Barça a la derecha y un agujero a la izquierda. Los tres llevan zapatillas deportivas Nike sospechosamente nuevas e iguales porque deben de haberlas robado en el mismo sitio. Lo raro es que no las hayan vendido, aunque, por lo que veo últimamente, los jóvenes tienen cierta adicción a las marcas. Si tuviera que elegir por cojones a tres tarados del barrio de los que hacer depender mi vida, estos tres ocuparían los últimos lugares de una lista que sería demasiado larga.

—¡He dicho que no se mueva nadie, hostias, y venga, tos al suelo o aquí mis colegas y yo hacemos una masacre! —vuelve a gritar el tarado del Nico, apuntando con la pipa que sostiene con manos temblorosas—. ¡Venga, coño, que no tenemos to'l día, me cago en mis muertos! —Tiene cojones que se cague en sus muertos con mi colega el Chule, su padre, recién incinerado.

Me llamo Cipriano, tengo más años de los que me gustaría y soy, he sido y siempre seré un capullo. Mi nombre es demasiado antiguo, demasiado vetusto, así que siempre me han llamado Zip. Un nombre de mierda y un apelativo abreviado de mi nombre que suena a archivo comprimido. Cuando salió aquello de los «archivos zip» me puse tan contento porque pensé que algo importante llevaba mi apodo. Estaba borracho. Obviamente, ni Bill Gates ni Mark Zuckerberg ni ninguno de todos esos capullos cabrones saben de mi existencia.

Qué lejos quedan ya aquellos años en los que estudié Periodismo después de tener una adolescencia de perros en la que no sé ni cómo aprobé el bachillerato y el COU. Estaba todo el puto día puesto. Y aun así aprobé todo. El puto flipe. Es verdad que al aprobar la selectividad y después de matricularme en la facultad frené un poco y eso me permitió centrarme algo. Cada vez me fui separando más de los colegas, que flipaban conmigo. Algunos la fueron palmando por el caballo en los siguientes años, algunos en los siguientes meses. Otros siguieron dándole a la priva, a los porros, a la farla o a los tripis, pero controlando más o menos. De vez en cuando seguía viéndolos, pero cada vez menos porque empecé a salir con gente de la facultad. La mayoría de la peña del barrio moría persiguiendo camellos en busca de sus papelinas mientras yo estudiaba para salir con un título debajo del brazo. En aquel momento pensé que era un tipo que se había librado de todo eso, un tipo que había logrado salir de esa miseria y que además había estudiado una carrera en una universidad pública. Pertenecía a las primeras generaciones, a aquellos hijos de obreros que pudimos estudiar prácticamente de forma gratuita. Nos hicieron creer que a partir de ese momento todos tendríamos las mismas oportunidades. Mentían, como siempre. Hoy sé que nunca dejé de ser el mismo. Nunca pertenecí a ninguna élite de mierda. Me hice con un título, sí, pero mientras los hijos de los ricos se iban colocando en grandes grupos de comunicación, los demás estábamos en paro o currando en redacciones de periodicuchos locales a veces por nada. Hubo peña que, a falta de otra salida profesional, se fue a cubrir a pelo las guerras que había entonces por ahí. Los más afortunados fueron con un contrato, la inmensa mayoría como *freelancers* o como se diga. Algunos no volvieron y los que regresaron después de años dando tumbos por conflictos organizados por los mismos hijos de puta de siempre lo hicieron con la puta olla volada. Al menos yo tuve claro que nunca iba a irme por ahí a que me decapitaran o me

metieran un balazo. Yo tenía que librar mi propia guerra. Una guerra contra mí mismo en la que a veces todavía creía que podía ganar. Sé que mi guerra terminará cuando la palme. No sé por qué, pero tengo la idea de que sabré cuándo se aproximará el momento y justo entonces me compraré unas botellas de buen vino (o de whisky de esos japoneses de lujo, ya veré) y tabaco para reventar sin molestar y sin que me molesten. Y a tomar por culo. De hecho, a veces creo que está a punto de ocurrir, pero nunca tengo la suficiente seguridad para gastarme la pasta en esas botellas. Todo esto, claro, si salgo vivo de este atraco que no me esperaba para nada, cosa que empiezo a dudar seriamente.

El Nico sigue dando voces a los empleados. Los ha agrupado en una esquina del banco. La sucursal no es muy grande. Por lo menos eso va a facilitarles el control, aunque hablar de control con yonquis es como hablar de aparatos de aire acondicionado con un esquimal. El Tiri y el Polaco nos apuntan con unas pipas que parecen sacadas de la Guerra Civil. Los cañones tiemblan en sus manos. Dos mujeres empiezan a llorar y un tipo al que conozco de vista empieza a decir gilipolleces, como si pudiera convencer a los atracadores de que lo que tienen que hacer es guardar las pipas, pedir disculpas y marcharse.

—¡Tiri, Pol, que esas zorras dejen de llorar, coño, y al nota ese si no se calla le dais un truco en la cabeza! ¡Controlar a la peña, me cago en Dios! —grita el Nico, incumpliendo una de las normas de primero de atracos, la de llamar a sus compinches por su nombre o apodo.

Decir que está lloviendo es un eufemismo de la hostia porque caen chuzos de punta. Hasta ha amanecido más tarde. Las gotas de lluvia ametrallan el cristal de los dos ventanales desde los que se ve un paisaje grisáceo sobre el que chorrean distorsionados los haces de luz de unas farolas que llevan allí ya unas cuantas décadas; edificios que proyectan sombras, sombras que prolongan tinieblas en calles abonadas para cosechar derrotas, ecos de ruidos de muelles de navajas, de estiletes que no dudaron al atravesar carne que se desangró en aceras sucias y anónimas; calles de alcantarillas malolientes, de basura desparramada, de vidas echadas a perder; calles de recuerdos indelebles que flotan como ectoplasmas invisibles. Percibir todo esto no es un don, sino una condena, un castigo demasiado puñetero.

Finalmente, el Tiri le da un golpe al tipo que intentaba pacificar las cosas. El golpe es fuerte, pero no tanto para que el hombre

pierda el conocimiento. Eso sí, le dolerá. Un chorro de sangre resbala por su cara.

—¡Calla de una puta vez ya, cojones! ¿De qué vas, de madre Teresa de Calcuta o qué coño?

Me sorprende que un crío de su edad sepa quién es la madre Teresa de Calcuta, pero la vida es curiosa. Y extraña.

—¿No te has pasao con el golpe, loco? —pregunta el Polaco en voz baja.

—Qué va, bro, qué va. Lo que pasa es que cuando sale sangre se monta el cristo, pero le he dao flojo.

El tipo comprende que tiene que achantar la mui. Una de las mujeres también, porque deja de llorar por aquello de que «cuando las barbas de tu vecino veas pelar, pon las tuyas a remojar». La otra aumenta el llanto.

El Nico abandona momentáneamente a los empleados, que se quedan muy quietos, incapaces de moverse. Sus caras reflejan el pánico que deben de sentir por dentro. Camina con pasos firmes, casi me roza, agarra de la cabellera a la pobre mujer y le grita al oído mientras le tira del pelo.

—¡O te callas ahora mismo, zorra, o te descerrajo un tiro en la mollera! ¿Te coscas?

—Déjala, que podría ser tu vieja, coño.

El que acaba de hablar ha sido Zip, es decir, mi menda, que ha desaprovechado una oportunidad de oro para quedarse callado. El Nico suelta a la mujer, viene hacia mí y me mira a los ojos. Hasta ese momento creo que no se había dado cuenta de que yo estaba allí. Noto por sus ojos que me reconoce, claro, ¿no va a reconocerme? Y seguramente eso le frena de darme un golpe. Percibo su aliento a través de su mascarilla y la mía. Huele a cloaca. Está muy lejos de ser ya aquel niño que yo a veces cuidaba cuando la Marga se iba por ahí. Y digo a veces, porque no siempre podía cuidarlo. Bueno, joder, no siempre porque estaba borracho, ya lo he dicho. Ahora es un hombre. Y está zumbado, desesperado, enganchado y un montón de cosas más que terminan en «ado».

—Vaya, espero que no tengamos un héroe por aquí. ¿Tenemos un héroe, abuelo?

—No —digo retirando la mirada y esperando un golpe en la cabeza. Pero no pasa nada.

—No te enrolles, hermano —dice el Polaco con su voz de pito—, agarra la pasta y vámonos de aquí.

El Nico obedece. Es lo más lógico y también es de primero de

atracos: coge la pasta y huye. En un atraco no es cuestión de enrollarse, pero el Nico es un psicópata y le molesta que las mujeres lloren o que el otro tipo hable. Finalmente, las mujeres se callan. Han debido de comprender que, si lloran, el Nico puede hacerles cualquier cosa. El tipo listillo se seca la sangre que sigue saliéndole de la brecha que le han abierto en la cabeza y ahora permanece en silencio.

—¡Venga, hijoputas, empezar a echar aquí toda la viruta que haya en el puto banco o empiezo a cargarme a peña!

El Nico grita ahora a los empleados y les da una bolsa mugrienta de deporte con el logotipo del osito Misha, la mascota de Moscú 80. ¿De dónde coño la habrá sacado? Aquel jodido oso del que hicieron unos dibujos animados para torturar a los niños siempre me pareció lo más patético en mascotas hasta entonces. Hasta que salió Naranjito dos años más tarde, del que también hicieron dibujos animados. No me extraña que los niños de entonces acabaran tarados porque además veníamos de Heidi y Marco, que hay que joderse.

—¡Vamos, cojones, que no tengo todo el puto día!

Bartolo —échale cojones el nombre del cajero también (lo mismo a él lo llaman Bart sus íntimos, vete a saber)—, que lleva toda la vida en la sucursal, parece tomar los mandos de entre los cuatro empleados y empieza a echar billetes de los diferentes puestos. Solo se ha llevado un golpe de refilón cuando le ha dicho al Nico que la caja está cerrada y que es de apertura retardada.

—¡Date prisa, viejo! ¿O quieres que te lo diga de otra forma?

Bartolo asiente repetidas veces, pero no va más deprisa. Los críos van tan enmonados que ni se dan cuenta. De lo que todos nos damos cuenta es de las sirenas de la Policía que empiezan a sonar unos minutos más tarde.

—¡Agua! ¡Agua! ¡Los maderos! —grita el Tiri.

El primero que sale por la puerta, pipa en ristre, es el Polaco. En ese momento, una bala hace estallar una luna de la puerta a su derecha.

—¡Hijos de puta! —grita, y empieza a disparar a un coche zeta que acaba de atravesarse en la carretera frente al banco. El intercambio de disparos no hiere a nadie de milagro.

—¡Métete pa dentro, bro! —grita el Tiri al comprobar que otras dos lecheras acaban de detenerse junto al primero.

Pero el Nico sale y empieza a disparar a la vez que grita «Hijos de puta, os vais a cagar». El Tiri y el Polaco consiguen meterlo

dentro otra vez agarrándolo de los brazos por detrás. A esas alturas, la calle está llena de coches y furgonetas policiales.

—¿Has sido tú el que ha dao la alarma, capullo?, ¿eh?

El Nico agarra al Bartolo y le incrusta el cañón de la pipa en la boca, sin anestesia ni nada. Ha sonado a dientes partidos. Lo va a matar, así que intervengo.

—Oye, chaval…

—¿Tú otra vez, abuelo?

—Deja al capullo ese. Si no os vais a entregar, esto tiene pinta de atraco con rehenes. —Ignoro si sabe lo que son rehenes, pero caigo después—. Y cuantos más rehenes tengáis, tendréis más fuerza para negociar.

Se queda pensativo unos segundos y después habla el Tiri.

—El viejo tiene razón, loco, ya da igual si el nota ha dao al botón, porque no nos vamos a entregar, ¿no?

—Ni de coña —dice el Nico, que lleva la voz cantante.

—¿Y qué hacemos, colegas? —pregunta el Polaco.

La respuesta viene en forma de una voz de madero hablando por un megáfono.

2

Pero retrocedamos unas cuantas décadas, hasta el punto de inicio de una historia que de alguna forma ha marcado mi vida, porque mientras el resto de cosas han aparecido, han estado ahí un tiempo y luego han muerto, esto ha estado ahí siempre y sigue estando.

Por aquel entonces, yo trabajaba en un periódico local de Madrid, en parte sostenido por fondos públicos y en una parte mucho menor por anunciantes que se beneficiaban del dinero del Estado. Bien relacionados con el Gobierno, los anuncios les salían mucho más baratos. El periódico duró lo que duró por esa subvención encubierta, porque, la verdad, todos eran bastante inútiles y me refiero a los jefazos. La mayoría no eran ni periodistas. Pero así estaban las cosas. Yo había trabajado en radio y en prensa. Era bueno en lo mío, original en los planteamientos, pero tarde o temprano siempre la cagaba. Recuerdo que después de dar tumbos de un medio a otro entré por enchufe en *El País*. Mi mentor me dijo que sería mi última oportunidad, que o me enmendaba o que diera por acabada mi carrera como periodista. Yo le prometí que sí, que era hora de sentar la cabeza y todas esas chorradas. Pero todo siguió igual. Miento. Peor. Una mañana en la que me tocaba cubrir un suceso de cierta importancia me quedé dormido porque tenía una resaca del carajo. Me despidieron y acabé en el periódico local.

Martínez era un facha de los de misa diaria, copa y puro. Un tipo muy franquista que hizo migas con UCD, con el PSOE y después con el PP. Sabía ganárselos a todos gracias a una obediencia humillante. Sabía hacer la pelota a base de bien. Además de director del periódico, proporcionaba putas, drogas y lo que hiciera falta a empresarios, políticos o personajes públicos que acudían a Madrid en viajes de trabajo, gentuza de alto nivel que no podía relacionarse con chulos y camellos, aunque yo he visto chulos y camellos que eran mucho mejores personas que el Martínez. Menudo pájaro, Martínez. Entraba dando los buenos días

sonriendo. A él también le gustaba que le hicieran la pelota. Por eso a mí no me tragaba mucho.

Aquel día, a los cinco minutos de que Martínez ocupara su despacho, mi jefe, Peláez, se acercó hasta mi mesa.

—A mi despacho —dijo.

Lo seguí hasta un cubículo insalubre que olía a colillas de tabaco y a sudor agrio. El tipo era de estatura mediana, con una barriga que le saltaba por encima de unos pantalones anchos que sujetaba con tirantes. La camisa se le salía por un costado, como si le resultase imposible ajustarse al cuerpo irregular de Peláez, cuya cabeza calva por la parte de arriba albergaba una visera de esas descubiertas por la parte superior.

Se sentó frente a un escritorio lleno de papeles y encendió un cigarrillo. Me miró de arriba abajo, seguramente alucinado por cómo un tipo como yo había ido a parar allí, como dudando si decirme lo que tuviera que decirme.

—Tú vives por Canillejas, ¿no?

—Sí, soy de allí. ¿Por?

—Pues verás, chaval, tengo a todo el mundo ocupado y tienes que ir a cubrir un atraco.

—Claro. ¿Qué pasa, es que es en Canillejas?

—No, pero el jefe de la banda es de tu barrio. Es la banda del Chule. Han querido atracar un Banco Santander en la calle Alcalá y algo ha salido mal porque se ha presentado la Policía. Se han hecho fuertes dentro, con rehenes…, vamos, un puto cristo.

Garabateó la dirección del banco en una nota y me la pasó. Junto a unas letras difíciles de entender había algunas manchas de grasa de chorizo.

—¿Voy ahora?

—¿Tú eres tonto? ¡Ya estás tardando, joder!

Tosió, tanto que creí que se moría. Se puso rojo, se le cayó el cigarro en los pantalones y echó saliva por la boca que se limpió con un pañuelo más sucio que el palo de un gallinero.

—¿Estás bien?

—Sí. —Siguió tosiendo—. ¿Qué coño haces aquí todavía?

Salí del despacho escuchando las toses cada vez más lejanas. Cogí la chupa y salí de la redacción. Llovía con mucha mala leche. Las gotas te hacían daño.

La movida era curiosa cuando llegué al Banco Santander. Los maderos mantenían a raya a los fisgones como podían. Algunos policías situados de forma estratégica apuntaban con fusiles hacia

la puerta del banco, que estaba cerrada a cal y canto. Los compañeros de otros medios estaban por allí y otros iban llegando. Un policía empezó a hablar por un megáfono diciendo a los de dentro que se entregaran, que estaban rodeados y que no tenían posibilidad alguna de escapar. Lo de siempre.

Yo era algo mayor que él, pero conocía al Chule. Lo había visto jugar al fútbol cuando era muy pequeño. El chaval no estaba muy bien de la cabeza. En el cole, curiosamente aprobaba, era uno de los pocos que lo hacían de una clase en la que todos los alumnos tenían hermanos mayores que delinquían o estaban en la cárcel. Hasta que dejó de ir. Un día, con once años, robó un coche y anduvo paseándose por el barrio saludando a todos por la ventanilla. Sonreía. Conducía con una mano y con la otra sostenía un cigarro. Casi no se le veía de lo pequeño que era. Iba pegado al volante para llegar a los pedales. Al parecer, el policía que lo detuvo en un semáforo se descojonaba vivo.

El Chule siguió robando coches, primero para divertirse, después para pavonearse llevando a su novia a dar garbeos por el barrio. La Marga estaba colada por él y él estaba colado por ella. Se engancharon juntos al caballo y juntos empezaron a dar palos en estancos, gasolineras y, sobre todo, en farmacias, porque en aquellos años en las farmacias tenían drogas para parar un tren. Yo solo los conocí de refilón, pero era imposible vivir en el barrio y no escuchar hablar de ellos. Con dieciséis años, al Chule se lo llevaron a una granja de desintoxicación porque en el centro de menores no había quien lo aguantase. Se fugó a las dos semanas para volver a engancharse y seguir dando palos con la Marga, a la que por aquel entonces la habían vuelto a llevar a donde vivía, un centro que había intentado que la adoptaran desde que era un bebé. La Marga era huérfana. Puede que las primeras veces tuviera mala suerte. Después, fue desfilando por varias casas de acogida sin que nadie la quisiera. Demasiado conflictiva. Demasiado problemática.

El Chule y sus colegas robaron un Citroën GS y lo estrellaron contra el vestíbulo del centro donde estaba ella. Salieron con pistolas y navajas, intimidaron al vigilante y al personal y se llevaron a la Marga y un par de televisores, para venderlos. Unos meses después, tanto la Policía como la Guardia Civil estaban hasta los cojones de que unos niñatos fueran por ahí dando palos, robando bolsos y amenazando al que se les ponía por delante. A él lo metieron en la cárcel por primera vez con dieciocho años. Ella empezó a prostituirse por el centro para sacar dinero y comprar sus

dosis de caballo. La cosa duró unos dos años, hasta que soltaron al Chule. Salió del trullo más maleado, más rabioso y más zumbado. Lo primero que hizo fue ir a la calle Ballesta, pegar una paliza al chulo de la Marga y llevársela a Alicante en un Citroën GS, cómo no, robado. Allí se les perdió la pista.

Las huellas dactilares del Chule aparecieron año y medio más tarde en un coche estrellado contra un árbol en una carretera comarcal de Santander. La Guardia Civil los perseguía después de un atraco a una joyería. No lograron cogerlos.

A él volvieron a detenerlo tres años más tarde. En el barrio decían que la Marga y él se habían desenganchado, que por eso daban un palo y se escondían hasta que se les acababa el dinero y volvían a dar otro atraco. Exponiéndose mucho menos, la probabilidad de que los detuvieran era mucho menor. Eso y que el Chule, a pesar de la vida que llevaba, a pesar de la vida que había tenido, era bastante inteligente, según decían los periódicos. Eso cuadraba con la idea que yo tenía. Ya he dicho que en el cole aprobaba todo con la gorra, pese a que se saltaba la mitad de las clases. Cuando llevaron al Chule al juzgado, empujó a un madero por las escaleras, a otro le dio un cabezazo y escapó. No volvieron a saber nada de él ni de la Marga. Hasta ese mismo puto momento en el que yo estaba ya calado hasta los huesos frente a la puerta del Banco Santander.

Cuando menos me lo esperaba, el Chule salió del banco sujetando a una rehén por el cuello, parapetándose detrás de ella. Con la otra mano apuntaba con una pipa directamente a la sien de la chica, que lloraba y gritaba con esa expresión de miedo a morir que se le pone a la gente cuando la encañonan con un arma. Los policías se pusieron tensos, y tensos también se pusieron los dedos de los que apuntaban al Chule con fusiles y pistolas. Por mi posición, pude verlo cuando salió. Estaba delgado, pero estaba fuerte, algo que le venía de serie por genética. Sus tendones y sus venas estaban bien desarrollados, como las cuerdas de un contrabajo, y su mirada estaba bastante perdida. Daba miedo.

—¡O traéis aquí ahora mismo un puto microbús pa que mis colegas y yo salgamos de najas o monto una masacre que se caga la perra! ¡Avisaos estáis!

—¡Oye, escucha, estamos en ello! —gritó el policía a cargo del megáfono—. ¡Pero tenéis que esperar! ¡Mientras tanto no estaría de más un gesto de buena voluntad! ¡Por ejemplo, que soltarais a algunos rehenes!

El madero gritaba, pero el Chule ya había desaparecido. Cuando todo estaba un poco más relajado, el Chule abrió la puerta y dio una patada en la espalda a la chica con la que había salido antes. La piba cayó de boca en la acera. Ese fue su gesto de buena voluntad. Se la llevaron en una ambulancia solo después de que dijera a los maderos todo lo que pasaba allí dentro mientras los médicos intentaban convencerlos sin mucho éxito de que lo primero era llevar a la chica al hospital.

Seguía lloviendo sin ninguna pinta de parar o de remitir un poco. Charlé con algunos colegas de la prensa. A algunos los conocía de la facultad y a otros de haber coincidido en algunos sucesos. En los jaris de este tipo siempre nos juntábamos los mismos. Carlos, un tipo que trabajaba para la SER, me preguntó si creía que los atracadores iban en serio.

—La verdad, no lo sé —dije por salir del paso—, el tipo de la pistola parecía que hablaba en serio.

—Yo creo que se entregarán. No tienen ninguna oportunidad. ¿Tú has visto la de policías que hay aquí?

—Seguramente llevas razón, pero con esta gente nunca se sabe.

Una hora después, las cosas seguían igual. Y yo, como soy gilipollas, puse en práctica una idea a la que fui dando vueltas. A lo mejor fue por la lluvia o porque, como digo, suelo ser bastante imbécil y se me ocurren siempre ideas de Perogrullo. ¿O sería por la resaca? Podría ser. El caso es que me acerqué a un madero y le dije que conocía al atracador, del barrio, enseñándole mi acreditación de prensa.

—¿Y? —dijo el madero, que tenía cara de soportar todos los problemas del mundo y alguno más.

—Pues que se me ha ocurrido que a lo mejor, si entro yo y hablo con él, lo mismo podemos arreglar esto sin dar ningún tiro.

—Vaya, ya ha aparecido el héroe. Anda, chaval, piérdete.

—Se lo digo en serio. ¿Por qué no se lo dice a su jefe?

—Joooooder —dijo arrastrando sus pies hasta donde estaba la base del operativo.

Pasados unos minutos, mi mirada se enfrentaba a unos ojos que parecían haberlo visto todo. El jefe era un tipo de estatura mediana que parecía soportar el resto de problemas mundanos que se le escapaban al primer policía.

—¿Conoces al atracador?

—Poco, pero algo sí. Es de mi barrio. Lo mismo si yo hablo con él…

—Te lo agradezco, pero ni de coña. No voy a dejar que entres ahí, que te mate ese puto drogata y cargar sobre mi conciencia tu muerte. Así que deja de tocar los cojones y déjanos trabajar a los profesionales, ¿estamos?

—Pero…

—Ni pero ni hostias.

Se dio media vuelta y volvió a ocupar su sitio.

Y yo me lavé las manos. Total, qué coño, que el madero llevaba razón. ¿En qué estaba pensando cuando se me ocurrió que yo podía entrar allí sin más y resolver la movida? Me dedicaría a esperar, a ver cómo se solucionaba todo aquello y a escribir mi crónica para el periódico. Después, a otra cosa. Y vaya si se solucionó, con los geos arrasando. Poco podía yo pensar en aquel momento en las veces que hablaría después, a lo largo de los años, con el Chule y la Marga.

3

El monedero de un borracho siempre aparece por las mañanas lleno de calderilla porque la noche anterior el tipo se ha dedicado a pagar cada copa, cada botella del chino, con un billete, incapaz ya de contar una sola moneda. El monedero de un borracho, el mío, pesa de cojones. Por eso esta mañana he pensado que sería una buena idea traérmelo al banco para cambiar toda la chatarra además de realizar el ingreso más o menos semanal. Otra de mis elecciones jodidamente erróneas, claramente.

Mis viejos murieron cuando yo era muy pequeño en esa carretera asesina que se ha llevado por delante a cantidad de gente, incluso a famosos como el Nino Bravo aquel que cantaba tan bien. Así que a mí me criaron mis tíos, que regentaban un hostal de segunda en el barrio. Primero la palmó mi tío Ernesto. Cáncer de pulmón. Después mi tía Herminia, la hermana de mi vieja, infarto. Como no tenían hijos, yo heredé el hostal. Lo mantuve cerrado unos años, años en los que todavía anduve dando tumbos por la profesión y por la vida misma, pero por el lado salvaje, a lo Lou Reed, pero un Lou Reed de pacotilla, de todo a cien, hasta que mi mentor me recogió en su casa un día en el que aparecí en un parque de Burgos meado, cagado y vomitado, para qué voy a utilizar jodidos eufemismos. Jamás supe cómo llegué hasta allí. Él me convenció de que yo era ya por entonces un alcohólico irredento con pocas posibilidades de rehabilitación, aunque siempre se podría intentar la recuperación. Pero que, mientras tanto, que por qué no abría el hostal. Si yo no estaba en condiciones de llevarlo solo, podría contratar a alguien. Fue el mejor consejo que me han dado nunca.

No, no es que en Canillejas recibiéramos turistas, ni de coña. Pero tenía el hostal siempre lleno debido a las cuadrillas de obreros que venían de Castilla, Extremadura y otras latitudes. Llegaban el lunes y se piraban el viernes, con lo que yo tenía un flujo de pasta fijo sin dar un palo al agua. Realmente, quien llevaba todo el peso era la Pili. Un ángel.

El Nico y sus colegas tiemblan. Caminan como tigres enjaulados

escuchando la voz del madero que a través del megáfono viene a decirles que no sean tontos, que se entreguen, que no tienen ninguna posibilidad. Discuten entre ellos. El mono empieza a ser gorila. Y suena el teléfono. Bartolo, el cajero, hace el ademán de levantarse para responder rutinariamente, pero de forma rápida, como si saliera de un ensueño, se da cuenta de que no es un día normal de trabajo. El Nico, el Pol y el Tiri miran el teléfono sin decidirse a hacer nada.

—Habrá que cogerlo, ¿no, broders? —dice el Pol, aunque rápidamente encoge el cuello, nervioso, como si fuera un pájaro amenazado por algún peligro. En este caso el peligro es la mirada psicópata del Nico.

El Nico no se decide y el teléfono deja de sonar.

—Esos son los maderos, fijo, bros. Habrá que pillarlo, ¿no? Querrán saber qué está pasando, qué coño queremos, qué…

—¡Callaros, cojones! —interrumpe el Nico al Tiri, perdiendo además una oportunidad guapa de haber utilizado el tiempo verbal correcto, pero claro, este salió de la escuela antes incluso que su padre.

A esas alturas los chavales se rascan, tosen y caminan como pollos sin cabeza por la sucursal, o sea, que el monazo es guapo y, lo que es peor, no sueltan las pipas de sus manos temblorosas. Nuestras vidas no valen ni un pimiento y más como las señoras no dejen de llorar. Al menos, el listillo, al que parece que ya se le ha cortado la hemorragia, no ha vuelto a abrir la boca. Sería un momento propicio para que alguien dijera aquello de «no nos hagáis daño» o esto otro de «por favor, que tengo dos niños pequeños», pero nadie dice nada porque los tres niñatos, hay que reconocerlo, dan miedo.

El teléfono vuelve a sonar. Los tres pares de ojos vidriosos poblados de venillas coloradas de los yonquis se dirigen al teléfono, pero siguen sin reaccionar. ¿Qué coño les estará pasando por la cabeza? Si no cogen el teléfono, los que se van a poner nerviosos son los maderos, porque fijo que son los maderos. O también pueden llamar de la central del banco para ver qué pasa, o puede que sea la mujer de Bartolo que ha escuchado la noticia en la radio y está de los nervios. ¡Joder! ¡Me estoy emparanoiando! ¡Zip, cojones, reacciona!

Cuando quiero darme cuenta, el Nico ha descolgado. Escucha, pero no habla, y finalmente empieza a chillar y se caga en los muertos del tipo que está al otro lado del aparato, sea quien sea,

que a mí me ha parecido por la conversación parca que debe de ser un madero. El Nico estrella el auricular contra el teléfono cortando la comunicación y empieza a caminar por la sucursal como si lo persiguieran, solo que nadie lo persigue, blasfemando como el cabrón enloquecido que es.

Mi cabeza da vueltas. O pienso algo o estamos fiambres. O también puede que piense algo y me maten por decirlo en voz alta. Pero ahí está Zip, es decir, mi menda, defensor de causas pobres, un Judas Tadeo de pastel, un jodido perdedor de libro. La idea de intervenir va tomando forma, más que nada porque los empleados del banco están bastante acojonados, y con razón. Los rehenes están como los empleados o más acojonados si cabe. Y estos tres gilipollas yonquis no están en condiciones de hablar con nadie y menos con los maderos.

El teléfono vuelve a sonar y el Nico va a cogerlo, esta vez decidido, con una energía que no acierto a adivinar de dónde sale. Va a joderla. Va a joderla, pero bien. Entonces me interpongo en su camino y levanto la mano con el dedo índice estirado. El nota flipa y me encañona. Ahora el que flipa soy yo. Empiezo a notar un sudor frío que me empapa la frente primero, después la nuca y luego la espalda. Son unos segundos, pero me da tiempo a pensar de todo.

—¿Qué coño haces, abuelo de los cojones? —me dice el Nico. El cañón de la pipa describe trazos irregulares frente a mi careto. El acojone es curioso. El mío.

—¿Te parece que lo pille yo? Te lo digo porque yo estoy más o menos bien —algo que no es totalmente exacto, porque estoy hecho un manojo de nervios y también tengo monazo, aunque el mío sea de alcohol— y vosotros lleváis un monazo que pa qué.

—¿Tú estás loco, viejo, o qué?

—A ver, bien de la almendra no estoy. Pero creo que puedo mantener una conversación con el madero. Intentaré ganar tiempo. Y les puedo decir…

—¡Que traigan caballo! —grita el psicópata del Tiri.

—¡Y chutas! —apunta el Polaco.

—A ver, caballo no os van a traer, son maderos, pero les puedo decir que traigan metadona para que se os pase un poco el mono, ¿cómo lo veis?

El Tiri y el Pol tienen la misma cara que un par de críos el día de Reyes y el Nico ha bajado la pipa. Algo hemos ganado.

—Cógelo —me dice el Nico—. Cógelo, pero como la jodas… —Y alza la pipa.

Agarro el teléfono y contesto. Al otro lado una voz ronca y viril me pregunta que con quién habla. Calculo que tendrá unos treinta tacos, para mí un chaval, como quien dice. Le digo que me llamo Zip. Flipa un poco, pero lo deja correr.

—Está bien, Zip, mira, soy…

Me dice su nombre y que es inspector jefe y que tenemos que salir de ahí, que lo mejor es rendirnos pacíficamente y que…

—Verá, es que yo no soy un atracador. Soy un rehén.

—¿Cómo ha dicho?

—Lo que ha oído. Escúcheme. Los atracadores son tres yonquis que tienen el mono. —El Nico me enseña la pipa, balanceándola—. No sé si ha tratado usted con yonquis, pero aquí lo que urge es que estos tíos se chuten algo. Esto es lo más urgente, que se calmen, y después ya veremos.

—No vamos a traer droga. Escuche, cuénteme la situación. ¿Cuántos son? ¿Cuántos rehenes? ¿Hay alguien herido?

—Me parece que no ha entendido usted nada. De momento estamos bien, pero no le garantizo que esto siga así. Los atracadores tienen el mono, repito, el mono, y nos están apuntando con pistolas y les tiemblan las manos todo el rato. Traigan metadona, o lo que sea que les den ahora a los drogatas. Y después podremos empezar a hablar.

El tipo calla, parece meditar, y yo espero haber parecido lo bastante sensato como para que me hagan caso.

—Está bien —dice al cabo de unos segundos—. Voy a ver lo que puedo hacer. Vuelvo a llamarle. Y tenga cuidado, según lo que me cuenta no me gustaría estar en su pellejo.

—Hay otra cosa.

—Dígame.

—Yo soy alcohólico.

—¿Cómo dice?

—Que soy alcohólico. Necesito alcohol como ellos el caballo. Cuando encargue la metadona, encargue una botella de whisky. Mejor dos, por si acaso. No hace falta que sea del caro.

—La madre que me parió… ¿Me está hablando en serio?

—Totalmente en serio.

4

Después de que los geos entraran a saco en el banco abriéndose paso a tiro limpio, volví a la redacción tras pasar por comisaría, en donde nos dijeron que al día siguiente emitirían un comunicado de prensa.

—¡Al día siguiente! —gritaba Peláez con un cigarrillo en una mano y un café en la otra—. ¡Nosotros tenemos que sacar un artículo mañana, joder!

—Yo conozco un poco las andanzas de este tío, Peláez. Puedo escribir una crónica basándome en su historial y lo que he presenciado allí. Seguramente ningún colega sabe sobre él más que yo. Mañana cuando nos den el comunicado hacemos otra crónica con los datos que saquemos y santas pascuas.

—¿Conoces al tipo?

—Sí.

—Coño, Rodríguez, ¿y por qué no lo has dicho antes?

—Pues ¿porque no me ha dado tiempo porque he estado toda la mañana currando?

—Escucha, vete a comer. ¿Has comido?

—No.

—Pues te marchas. Y después te tomas la tarde libre y escribes en tu casa ese artículo y luego lo traes antes de echar el cierre. ¿Te has enterado?

—Vale.

Me comí un menú en el bar Soria, debajo de mi casa. Y, la verdad, me pasé con el vino peleón y, por si fuera poco, me tomé un sol y sombra. Después de echarme una siesta, me abrí una cerveza para pasar la resaca y empecé a aporrear las teclas hasta que tuve algo decente. Lo metí en una funda de plástico y después en un sobre. Me fui a la redacción en la Vespa. Caían chuzos de punta. Al llegar a un semáforo en rojo vi a una negra de aproximadamente uno noventa al lado de un tipejo que había sacado dinero del cajero. Empezaron a cruzar, deprisa, por la lluvia. La piba vista de cerca era de película. Me sonrió. El tipo, que la seguía como podía porque

iba borracho, dio un traspiés y el dinero cayó a la carretera. Un motorista que estaba a mi lado se lanzó como un buitre a por la pasta. Yo hice lo mismo. Agarramos la mitad cada uno, más o menos, unas ochenta mil pelas para los dos. Cuando la piba se dio cuenta de la película echó a correr hacia nosotros, pero nuestras motos ya estaban lejos. El nota de la otra moto iba sin casco y se reía. Le faltaban todos los dientes. El borracho se quedó sin polvo, fijo, y la puta sin la pasta. Cosas que pasan. Llegué a la redacción con la chupa y los pantalones chorreando. Peláez leyó mi artículo mientras cabeceaba afirmativamente. Las gotas de lluvia se estrellaban contra el sucio cristal de la ventana. Con un bolígrafo hizo un par de correcciones que creyó pertinentes y que no cambiaban en absoluto el sentido del texto, pero eso, dar voces y tocar los huevos era su trabajo. Dio su aprobación y el artículo salió al día siguiente.

El comunicado que dio la Policía era escueto y ofrecía pocos datos del atraco en sí, pero daba otros interesantes basados en antecedentes y en detenciones de otros miembros de la banda. Así que me puse a escribir la crónica, algo técnico y sencillo a dos columnas en donde daba cuenta de la detención del Chule y dos de sus colegas, todos jóvenes, así como un breve pero completo historial de atracos a bancos, detenciones anteriores, peleas territoriales con otras bandas y diversos delitos de la banda relacionados con posesión de armas, posesión y tráfico de drogas, extorsiones y violencia de toda índole, haciendo hincapié en el desenlace del atraco con la intervención de los geos.

La crónica, basada en el comunicado de prensa, era pulcra, concisa y sin florituras, que era lo que querían en el periódico. Pero, obviamente, falsa. Al Chule y su banda les llevaban siguiendo la pista desde siempre, aunque se colgaran la medallita los de los Grupos XII y XIII de la Policía. Pero, la verdad, a mí me la sudaba. Era mi curro, me pagaban por ello, mal, pero me pagaban. Por lo menos no tenía que pagar plazos de hipoteca ni alquiler; si no, ya hubiésemos visto. Yo vivía con mis tíos Ernesto y Herminia, en el hostal. Tenía una habitación para mí, un espacio de tamaño mediano que a mí me valía.

El atraco salió en la radio, en la tele y en todos los periódicos. Bien porque los políticos lo eligieron como ejemplo de actuación policial o bien por otras circunstancias que yo desconocía, en la calle no se hablaba de otra cosa. Y eso que fue una época en que los atracos a los bancos estaban a la orden del día. Las condiciones de

seguridad no eran ni mucho menos las que hay ahora, así que cualquier pringado que le echara cojones podía entrar a una sucursal con un cuchillo o con una pipa falsa y llevarse un fajo de billetes. También era un procedimiento habitual de financiación para las organizaciones y grupos terroristas de la época.

A Martínez no se le escapó el hecho de que el tema del momento era el atraco al Banco Santander y, como yo era «el amigo del jefe de la banda», vino hasta mi mesa a la mañana siguiente, supongo que haciendo un esfuerzo de la hostia.

—Rodríguez —dijo con aire paternal, dándome palmaditas en la espalda—, buenos días. Me gustó mucho su crónica del atraco al banco, la basada en el comunicado de prensa de la Policía, pero sobre todo la primera, más personal, en la que aportaba usted datos del chico que no ha ofrecido ningún otro medio de comunicación.

El cabrón sonreía como una morsa mientras sostenía un puro que pasaba sobradamente el calibre reglamentario. Yo no sabía si darle las gracias o (la imaginación es muy poderosa) darle una hostia y largarme de allí para siempre. La ceniza del puro cayó sobre mis papeles mientras el tío seguía sonriendo. Sonreía porque era feliz, porque se daba la vidorra padre y porque todos revoloteaban alrededor de él cumpliendo sus órdenes.

—Vaya, pues me alegro —dije, derrochando originalidad.

—Pase a ver a Peláez. Queremos que haga algo, una especie de reportaje por entregas.

—¿Un reportaje?

—Sí. Peláez ya le explica.

Se marchó hacia su despacho sin despedirse, rumboso, repartiendo sonrisas y encajando «buenos días» de esos que son más de dar cera que de entonar un saludo matutino. Y allí me quedé yo, preguntándome qué cojones de reportaje se propondrían endilgarme. Era la primera vez que me hablaban de hacer algo como eso. Yo solo me limitaba a hacer notas, pequeñas crónicas de sucesos, pero nada de reportajes o artículos pretenciosos. Me encendí un pitillo y di un último sorbo al café que tenía sobre la mesa. Sabía a rayos.

Peláez leía algo con las gafas de cerca sobre la punta de la nariz, como cualquier tipo con presbicia que cuando quiere cambiar de perspectiva solo tiene que mover las pupilas hacia arriba para salvar las lentes. Sudaba, todo un misterio, dado que todos los demás en la redacción pasábamos frío. Apagó su cigarrillo e inmediatamente después encendió otro y miró al techo distraído,

como si hubiera perdido el hilo de lo que estaba haciendo. Di un par de toques con los nudillos a la puerta y me miró como si yo hubiese interrumpido un pensamiento demasiado profundo como para ser suspendido.

—¡Rodríguez! —dijo por fin. Después tosió.

—Deberías dejar de fumar.

—Pero ¡qué dices! Anda, pasa y no digas gilipolleces. Qué se te ofrece, chaval.

—Nada, que venía a pedirte un aumento de sueldo.

Peláez me miró arrugando el ceño de forma exagerada y después protagonizó un ataque de tos que casi se ahoga, o eso parecía. La verdad era que Peláez llevaba tosiendo así desde antes de que yo llegara a la redacción o quizá desde antes de que yo naciera.

—Pero ¿qué coño…?, pero… ¿qué estás diciendo?

—Joder, Peláez, que era una broma, no te sulfures.

—¡Mira, chaval…! ¡Miiiiraaaaaaa…! —Peláez con cara de psicópata.

—Bueno, pues nada, perdona. —Zip el capullo.

—Siéntate.

Me senté frente a él. Nos estudiamos. Yo a su lado era un niñato. Para mí, él y Martínez eran unos dinosaurios. Empezó a contarme una historia de un reportaje social por entregas. Para él, la detención del Chule y su banda no había terminado ahí. Era un tema que todavía iba a protagonizar espacios de televisión, programas de radio y páginas de periódicos, entre ellos el nuestro. No en vano teníamos en nómina al amigo del Chule, es decir, yo.

—Y dale… Que yo no soy amigo de ese pintamonas, solo lo conozco del barrio.

—Pero eso, pelanas, es más de lo que tienen los demás medios. Así que te tienes que poner con ello, chaval. Será bueno para nosotros, pero para ti también. Muchos periodistas que ahora son famosos empezaron así, poniendo su nombre y apellidos sobre un gran reportaje.

Me quedé mirándolo con esa cara que se pone cuando se piensa, haciéndole ver que podría interesarme, aunque me importaba un huevo. Al Chule lo conocía poco, no me caía ni bien ni mal, vamos, que me la sudaba bastante lo que pudiera pasarle.

—Además, tengo trabajo todos los días, no sé si me va a dar tiempo a…

—Bueno, eso podríamos arreglarlo dispensándote del resto de labores, o de la mayoría de ellas. Y tendrías flexibilidad de horarios

poooooorque… tendrías que hablar mucho con él en cuanto estuviera en condiciones —me soltó, rematando esto último con otro de sus ataques de tos—. Ahora lo tienen en la enfermería tratando de quitarle el síndrome ese de abstinencia.

Menudos linces, los médicos. A los yonquis los ataban a una camilla de hierro y les atiborraban a calmantes y a analgésicos. Tenían el morro de decir que curaban el mono a los drogatas a los tres días. Claro, a la fuerza.

—Martínez tiene mano para que te preparen unas entrevistas con él. Estamos seguros de que esos reportajes arrasarían teniendo en cuenta lo de moda que están esas películas de quinquis. Esto sería real, en formato serial. ¿Qué me dices?

¿Qué coño iba a decir? Pues que me había caído el muerto. Que no había otro pringado y me tocaba a mí, que había estado toda la puñetera vida en el barrio conviviendo con yonquis y chorizos. ¿No querías pan? Pues toma, Zip, pan y medio.

5

La cárcel de Zamora estaba en medio de ninguna parte, en la carretera de Almaraz, a pocos kilómetros de la ciudad. Te habían despertado temprano unos funcionarios para informarte de tu traslado inminente. Pensaste, y con razón, que qué coño se te había perdido a ti en Zamora. Tal vez debías haberlo pensado antes de echar tu vida a perder. ¿Pudiste o no tuviste más remedio? El delincuente ¿nace o se hace? ¿Tuviste otra opción? Dicen que sí, que siempre hay una oportunidad, que somos la consecuencia de nuestras jodidas opciones, que siempre se puede elegir. Ahora, bien es cierto que los que piensan esto lo han tenido muy fácil. Tú lo sabes. Yo lo sé.

Viajaste en compañía de otros presos con diferentes destinos en un furgón que disponía de cubículos en los que cabías a lo ancho, con dificultades, pero no de pie. Los condenados tenían que viajar encogidos cientos de kilómetros, muertos de frío o de calor, según la época, y con una peste que era mezcla de olores corporales, flatulencias, miseria y recuerdos de humo de tabaco. Era deprimente. Era inhumano. Y mucho más sin nada de droga que echarte al cuerpo para al menos no ser tan consciente de las incomodidades.

Ya sabías la condena que te habían impuesto. No te noté más deprimido o más cabreado. Creo que, a pesar de tus esperanzas, presentiste que el marrón que te ibas a comer sería curioso. Recuerdo haberte preguntado cómo llevabas lo del caballo. Me miraste. Tu mirada fue muy intensa.

—Aquí no puedo ponerme, tronco —me dijiste—, por lo menos hasta que esté en un sitio asentao. Aquí hay que tener los cinco sentidos alerta, estar mu al loro, porque si no, te revientan.

El edificio de la prisión era de cemento, pintado de color amarillo pálido. Recogiste tus cosas y entraste a una cárcel considerada de alta seguridad, con gran conflictividad. Una cárcel, al fin y al cabo, otra más de las que hay desparramadas por España, por el mundo. Cuatro paredes, un techo y un patio. Tu libertad desapareció, así,

como por el arte y la magia del mazo de un juez que nunca pisaría aquellos suelos sucios. Hacía frío, pero eso no era lo peor, claro, lo peor era otra clase de frío y de ese tú ya sentías bastante fuera, un frío que no se quita por muchas capas de ropa que te pongas. No pude verte al día siguiente porque hubo gresca en los módulos uno y dos, los de menores. Rencillas que a ti no te importaban. Esas no. Otras, en las que te meterías durante tu vida de preso, tampoco te importaban, pero por hache o por be te veías inmerso en ellas. En la cárcel no se puede elegir, y eso lo sabías tú mejor que nadie.

Pude hablar contigo al día siguiente. Me extrañó, acostumbrado al frío cristal entre los dos en Carabanchel, pero fue la primera vez que pudimos hablar frente a frente, sentados a una mesa metálica. Tú esposado, claro. Me contaste muchas cosas esa mañana, estabas anormalmente locuaz. Eso sí, desmejorado, con algunas heridas y diversos moratones, pero tu ánimo estaba intacto. Recuerdo que pensé que si me hubieran dado a mí esos golpes no estaría tan campante como tú, aunque ¿te quedaba otra opción? Seguramente no. Fue la primera vez que me hablaste de fugarse como la primera obligación de un preso, algo que me llamó la atención.

—Soy joven, colega, y tengo ahí fuera una piba esperándome. ¡No voy a pasarme encerrado los mejores años de mi juventud, coño!

Eras un ingenuo. Todavía no sabías que eras un perdedor, ¿verdad?

Habías empezado a serrar un barrote de la ventana de la celda. Esto lo supe después. Como después supe también que habías quedado con la Marga en una de las visitas para que te esperara en un coche en una fecha concreta. La noche de aquella fecha arrancaste el barrote de la ventana. Te pusiste un chándal negro que te había proporcionado un colega, a cambio de dinero, claro, porque en la cárcel todo cuesta algo, te enroscaste una cuerda alrededor de la cintura, miraste con un espejo a ambos lados de la pared exterior y te descolgaste hasta el suelo sin hacer ningún ruido. Tu corazón latía deprisa por el miedo y por la emoción.

Estabas solo, todo estaba en silencio y, al otro lado del muro de la prisión, la Marga y la Cari estaban en un coche con la tranquilidad que aseguraba el caballo por sus venas, fumando, en silencio. Y así siguieron esperando hasta el amanecer. Esperando, porque cuando creías que ya habías desarrollado la mitad de tu plan de fuga escuchaste el desplazamiento del carro del arma de un guardia civil que te había visto y se aproximó hasta ti.

—Ni se te ocurra moverte, chaval, o te dejo seco de un tiro.

El picoleto avisó por su transmisor al cuerpo de guardia y seis compañeros acudieron para rodearte, apuntándote con sus armas. Te tuvieron tirado en el suelo y esposado el tiempo suficiente para que alcanzaras a ver el camión de los víveres en el que habías pensado salir de la prisión agarrado a los bajos o adonde fuera. Como si hubiese sido la señal que hubieran estado esperando, en ese momento te llevaron hasta el cuerpo de guardia y empezaron a interrogarte. No tenías nada que decir. Cuando estaba amaneciendo te devolvieron al interior del recinto. Allí te esperaban unos carceleros y el jefe de servicio, que te llevaron a una sala en la que te hicieron desnudarte, en la que te humillaron. Uno de ellos te acusó de querer quitarles el pan con tu fuga y te golpeó con la porra varias veces, con todas sus fuerzas. No hiciste nada por defenderte. Cuando se cansaron de golpearte te llevaron hasta Aislamiento, te introdujeron en una celda y te esposaron a la cama, y así te dejaron hasta el día siguiente, en que te llevaron a una celda de la segunda galería, un zulo sin ventana, húmedo, oscuro y pestilente. Por lo menos allí te liberaron de las esposas, dejándote en compañía de un colchón sucio, un cubo con restos de comida, un lavabo, un váter y el ánimo decididamente oscuro, todo lo contrario que la débil luz blanca que se filtraba por una rendija y que procedía del pasillo.

Las mujeres se marcharon con el fantasma de tus esperanzas hecho añicos cuando comprendieron que te debían de haber pillado o que no habías podido ejecutar tu plan de fuga. A la altura de Tordesillas tomaron la carretera de Segovia y pararon a repostar en una gasolinera, pasado Cuéllar. Se chutaron en el tigre y después atracaron el establecimiento amenazando y reduciendo al empleado con un cuchillo. Después lo golpearon en la cabeza y escondieron el cuerpo tras el mostrador. Le quitaron las llaves y chaparon la puerta después de poner el cartel de «Cerrado». Eso les dio el suficiente tiempo hasta reincorporarse a la nacional 6. No hay mal que por bien no venga, pensaron. Cómo son esas tías, ¿eh?

Pasaron unos pocos días es lo que diría una persona que no está privada de libertad. Para ti y el resto de presos que tenían el anhelo de la libertad un día era como un mes. El tiempo caía encima de vosotros y oprimía más de lo que cualquier mortal podría pensar. En la cárcel te puedes medicar, claro, pero no siempre. Ni un mísero calmante cuando hace falta, o te juntabas con tres cajas cuando no los necesitabas, pero daba igual. Te los tomabas para olvidar, para manipular una jodida percepción que no hacía más que jugar malas pasadas. La percepción o la dura realidad, que a veces eran lo

mismo. Pero en otras ocasiones se parecían como una ola del mar a un vaso de agua mineral. Como aquella vez en la que un plan no demasiado sofisticado pero con buenas expectativas se vio frustrado. Después de haber preparado minuciosamente el secuestro de unos boquis tras serrar un barrote de la sala de comunicaciones y acceder al tejado del cuerpo de guardia para intentar subir al muro exterior y saltar, te comunicaron que justo ese día, no podía ser otro, te trasladaban a otra prisión. Eso, que te ocurriría algunas veces más a lo largo de tu vida en la cárcel, eso era lo que más te machacaba la moral. Aunque supieras que podía pasar, cuando ocurría te venía el bajón. Y ahí sí que necesitabas química para anular esa sensación de desesperanza, de desasosiego, de un pesar tan profundo que propiciaba que tu estado de ánimo cayera por un pozo del que no se veía el fin.

El edificio del nuevo penal era de color amarillento, de un amarillo muy atenuado. Te preguntaste si había un motivo que a ti se te escapara para los amarillos pálidos de las fachadas de las cárceles. Cinco módulos dominados por una torre central que permitía vigilar todos los tejados. Desde cada lado del recinto, la Guardia Civil vigilaba desde varias garitas y había cámaras de circuito cerrado de televisión. Varios guardias patrullaban en parejas los muros con perros.

Todos los presos pertenecían al régimen cerrado de primer grado. Te destinaron al módulo uno, en donde te encontraste con otro colega del barrio (buena escuela de aprendices de presos), el Pirri. Os abrazasteis, os contasteis confidencias y el Pirri te hizo un regalo.

—Toma, pilla. Te lo metes por el jebe cuando estés en el chabolo, tronco, hasta que veas cómo va esto, ¿eh, colega? A los nuevos les hacen registros a tutiplén, así que al loro.

—Gracias, tronco.

Abriste el cilindro de plástico al llegar a la celda. Dentro había dos hojas de sierra. Como te había dicho tu colega, mojaste el cilindro poniéndolo bajo el grifo y te lo introdujiste por el ano. Ahí dentro nadie lo encontraría. Después te dormiste.

Aquella prisión no era muy distinta de las demás. Hombres caminando por un patio de un lado a otro dando pasos que no conducían a ningún lado, embrutecidos por la vida que les había tocado vivir, respirando ese aire de cloaca y miseria, destilando malos pensamientos y esperanzas frustradas. Y tú estabas dentro, pero tu espíritu estaba fuera, y eran las ganas de volver a unir tu

cuerpo a tu espíritu lo que hacía que tuvieras la palabra «fuga» dentro de tu cabeza.

El Pirri te contó en el patio que había un tipo que había serrado casi del todo los barrotes de la ventana de la habitación del hospital en donde solían ingresar a los presos enfermos. Solo había que conseguir que te llevaran allí, terminar el trabajo y huir por la ventana. Al día siguiente te llevaste al patio un pincho y te costó convencer al Pirri para que te apuñalara en la tripa.

—¿Cómo te voy a dar una mojá, tronco? Aaaamos, no me jodas…

—Déjate de hostias, joder, que es pa hacerme un puto favor.

Te dio la puñalada todavía protestando en una de las esquinas del patio. Cuando el Pirri se alejó lo suficiente, corriste hacia el cuerpo de guardia gritando.

—¡Me han apuñalao! ¡Me han apuñalao!

El médico examinó la herida. Como habíais quedado, tu colega te había metido solo media hoja, pero era suficiente para que te llevaran al hospital. Allí coincidiste con Macaco, otro preso que había ayudado a serrar los barrotes y que estaba metido en el plan. Entre los dos casi terminasteis el trabajo. Después, el Pirri consiguió que lo llevaran al hospital a él también. Justo el día que terminasteis de serrar los barrotes, el médico os dio el alta ante vuestras protestas, que nada lograron ante la autoridad del matasanos. Otra fuga frustrada. En la cárcel os enterasteis de que Macaco lo intentó. Sin éxito. Lo cogieron en la calle, lo trajeron de vuelta a la prisión y le dieron una paliza antes de encerrarlo en una celda de aislamiento esposado. Cuántas fugas frustradas en tantos penales, en juzgados, en traslados. Cuánta desesperación. Cuántas derrotas. Cuántos fracasos.

6

La verdad es que desde que los maderos nos han traído la metadona estos tres tarados están más tranquilos, hasta dicen menos gilipolleces. Los observo mientras hablan en la otra punta del banco, ¿qué coño estarán planeando? Yo también estoy más tranquilo desde que me he soplado un cuarto de la botella de whisky de dos tragos y ahora voy dando sorbitos de un vaso que me ha pasado el Bartolo. También los empleados y el resto de rehenes parece que se han tranquilizado un poco, aunque eso de estar tranquilos dependiendo de estos tres colgados es solo una manera de hablar.

El madero que ha traído la metadona y el whisky me ha dicho que volverá a llamarme y que no me pase mucho con el alcohol si voy a ser yo el que hable con ellos. Decirle eso a un alcohólico es como predicar en el desierto, pero claro, el chaval qué va a saber. Hoy en día los maderos no fuman, no beben. Van al gimnasio y se ponen hasta el culo de bebidas de esas energéticas. Qué va a saber la criatura. Le he dicho que si venía un nota que se llama Roberto, que se hicieran cargo de los medicamentos que trajera y que me los entregaran. Estoy mayor, así que tengo que medicarme: colesterol, ácido úrico, vitamina D, hipertensión, diabetes… Después de colgar, caigo en que quizás es una gilipollez pedirle las pirulas, porque ¿cuánto vamos a estar aquí? ¿Más de un día? Lo dudo. Creo que no estaremos ni unas horas y la medicación de la mañana ya la he tomado, pero bueno…

Acabo de hablar por teléfono con Roberto hace un rato. Ahora es invierno y le dejo vivir en el hostal, en un cuarto que antes era trastero, y mientras está por allí atiende el teléfono y ayuda a la Pili, que es realmente quien lleva el negocio. La ayuda lo que puede, poco, porque también es alcohólico y depresivo crónico. Un ángel, la Pili, no me canso de decirlo.

Roberto, hasta poco después de que su mujer lo dejara, fue el abogado del Chule. Tuvieron una hija preciosa e inteligente que se juntó con quien no debía. Terminó prostituyéndose por el centro de

Madrid para pagarse el caballo, hasta que una noche un mal pico con heroína adulterada se la llevó por delante. Algo así no se supera, lo sé, pero al menos la madre sacó fuerzas para rehacer su vida. Él no pudo. Terminó durmiendo bajo el alero de una de las casetas donde los jardineros del parque de San Blas guardan las herramientas, muy cerca de por donde yo, a veces, voy a pasear, por la avenida de los diabéticos. Bueno, no se llama así, realmente es la calle Alberique. La caseta está a la altura de Amposta. Los que pasean por allí no compran la ropa en el Decathlon, se nota que la ropa que visten consiste en pantalón de chándal y camiseta de mercadillo. Tampoco llevan pulsómetros ni aparatos de esos que llevan los modernos para medir no sé cuántos jodidos parámetros. Pero, sobre todo, se nota en sus caras que no van a andar por gusto. Andan porque son diabéticos o hipertensos y les ha dicho el médico que lo hagan, aunque sea con cara de amargados, aunque prefieran estar acodados a la barra del bar que hay debajo de sus casas. Lo que realmente los reconforta es ver a los sintecho que duermen allí porque piensan que al menos ellos no están en la calle, aunque alguno, fijo que terminará como ellos dentro de poco.

La metadona, como toda la química, puede tener efectos secundarios. No es habitual, pero pasa. El Polaco ha empezado a andar como un pato por el banco y después se ha puesto a gritar, atacando a patadas y a puñetazos a enemigos que solo ve él. El Tiri y el Nico han logrado placarlo, pero el niñato parece que tiene la fuerza de cinco tíos, así que al final les he ayudado a tumbarlo.

—¡Me cago en la puta, broder! —grita el Tiri—. ¿Qué coño hacemos?

—¡Yo qué sé, hermano! ¡Yo qué coño sé! —grita el Nico, agobiado.

Bartolo y los demás empleados vuelven a ponerse nerviosos. Una de las dos mujeres empieza a gritar que no quiere morir mientras que el tipo que al principio iba de héroe intenta consolarla. Somos cinco rehenes clientes, cuatro empleados y los tres tarados. Por si fuera poco, suena el teléfono.

—Fijo que es el madero que me trae la medicación, ¿lo puedo pillar? —le pregunto al Nico. Con estos no es cuestión de tomar iniciativas sin preguntar.

—¡Sí, píllalo!

Efectivamente, es el madero. El Roberto le ha pasado mi pastillero.

—Oiga, ¿qué son esos gritos?

—Nada, a uno de los atracadores, que le ha dao un chungo de la metadona.

—¿Necesitan un médico?

—No creo. Esto lo arreglo yo. Si me dejan, claro.

—Si no se le pasa o no puede hacer nada, llámeme. ¿Me oye? No cree una situación de peligro.

—Vale, vale.

—Dígales a los atracadores que me voy a acercar a la puerta a dejarle el pastillero, ¿de acuerdo? ¿Necesitan algo más?

—No, de momento. Supongo que si esto se alarga, la gente necesitará comida y demás.

—El especialista en negociar en estos casos está al llegar. Volveré a llamarle.

—Vale.

El Polaco se revuelve en el suelo mientras los otros dos intentan sujetarlo. Me acerco.

—¿Me dejáis?

—¿Qué quieres hacer, abuelo? —me dice el Tiri.

—Hay que sedarlo, para que se tranquilice.

—¿Qué mierdas dices de sedarlo? ¿Te estás quedando con nosotros, pintamonas? —dice el Nico. Qué poco ha sacado de su vieja, la Marga. Es clavado a su padre, sobre todo ahora que tiene cara de mosqueo. Y eso que las putas mascarillas no dejan vernos bien los caretos.

—Es una forma de hablar, coño. En la mili tenía un colega que era un flipao de las artes marciales. El nota te daba un golpe en la carótida…

—¿En la qué?

—En una parte del cuello. No hay que dar muy fuerte. A cualquier tipo que le endiñes en esa zona se desmaya y es lo que le hace falta ahora a este.

El Tiri mira al Nico y el Nico parece pensar, si es que aún le queda alguna neurona.

—¿Os parece que lo intente?

Tras unos segundos, como si tuvieran que decidir si apretar los botones de las bombas nucleares, el Nico asiente.

—Dadle la vuelta y sujetadle.

Como el niñato está bocabajo, le dan la vuelta. Me agacho, le quito la mascarilla y le meto el truco. Casi instantáneamente el Polaco se queda dormido como un niño.

—¡Joder el abuelo, bro! ¡Pero tú has visto! —Es el Tiri. Ya

empieza a joderme tanto abuelo para arriba y para abajo.

Las dos señoras han pronunciado una exclamación como si hubieran visto un milagro. El Nico se levanta y va hasta una de las ventanas para mirar el percal desde detrás de la cortina. Casi al instante, me llama.

—Ahí te han traído tus pirulas. Cógelas.

Avanzo hacia la puerta, la abro despacio y tengo la impresión de que me van a ametrallar. Ya me ha pasado antes, cuando trajeron la metadona. La calle está llena de zetas y furgonas con maderos apuntando hacia el banco. Me acojono de mala manera hasta que el tipo del megáfono me saca de la ensoñación y me dice que puedo coger el pastillero del suelo. He pensado que podría salir corriendo hacia los maderos y librarme del marrón, el tiempo pasa muy despacio, me da tiempo a pensar en huir, pero también me da tiempo a pensar que lo mismo, si huyo, estos tarados se lían a tiros. ¿Y a mí qué me importa?, pienso a continuación. Pero debe de ser que soy gilipollas. Que sí me importa. Así que finalmente cojo el pastillero y me vuelvo para adentro. Me echo otro lingotazo para tranquilizarme y me tomo las del ácido úrico y otras que tengo para mear bien. La cosa se ha calmado bastante.

El Bartolo y sus colegas, dos tipos y una mujer que no se ha inmutado desde que estos cabrones han entrado al banco, están sentados en sillas. Han empezado a hablar despacio, pero no del atraco ni de los chorizos. Hablan de sus hijos, de sus parejas, de lo que les queda para pagar sus hipotecas…, en fin, de temas intrascendentes. Y como en algo hay que echar el tiempo, el Nico los deja hacer. El Tiri le pregunta que si otra ronda de la metadona, pero le dice que no, que esperarán el tiempo que ha dicho el madero que tienen que esperar para la siguiente dosis. Tanta sensatez en la cabeza del Nico me descoloca. El Tiri arruga el morro, o debe de arrugarlo, por el gesto de los ojos, porque la mascarilla impide ver lo que hay debajo. Puto virus de los cojones.

Los clientes han empezado a confraternizar también. Ya va a hacer dos horas que estamos aquí. Las dos señoras están hablando de la peluquería que han montado en la calle Etruria, de las ofertas que hacen y que además saben hacer eso de poner uñas de porcelana. Me lo estoy pasando bomba. El otro rehén no debe de entender de peluquerías, porque viene y me pregunta que si vi el partido de la Champions del Madrid, pero no me gusta el fútbol ni ningún otro deporte y así se lo hago saber poniendo cara de loco, lo que consigue que se aparte y se vaya a buscar su lugar a otra parte.

Vuelvo a echarme whisky en el vaso y me alejo de la gente con la intención de encender un cigarro en la otra punta del banco y, de camino, ofrezco al Tiri y al Nico, que me acompañan. Tanto los clientes como los rehenes nos miran con ojos de mala hostia, pero nadie dice nada.

—La hostia, viejo, he flipao con el golpe que le has dao al Pol, ¿eh? Pero se va a poner bien, ¿no?

—Sí, se despertará dentro de un rato.

—Más te vale —apunta el Nico.

Siguen con las pipas en las manos, no las sueltan. Si fuera solo uno, podría buscar el momento para darle un patadón a la pipa, que saliera disparada y luego darles la media hostia que tienen el Tiri, o el Nico, porque me da la impresión de que, si les das una entera los matas, y eso que yo no soy Stallone en Rambo, pero, coño, es que la heroína estropea mucho, más que la priva, aunque el alcohol también termina por joderte vivo. Tanto, que me hace pensar gilipolleces como la que se me acaba de ocurrir. Porque, a ver, ¿qué necesidad tengo yo de hacerles frente a estos? Con lo de mediar con los maderos ya tengo bastante. Y es menos arriesgado. Así que no pienses, y mucho menos hagas gilipolleces. Esto me lo digo a mí mismo con la firme intención de hacerme caso. Nos terminamos los pitis. El teléfono suena.

7

Podríamos decir que la historia de Marga comenzó una noche de invierno cuando su madre se puso de parto y fue asistida en el suelo entre dos contenedores de basura mugrientos de un callejón inmundo por un mendigo y una puta que pasaban por allí. Todo un jodido Portal de Belén de garrafón. Olía a vómitos, a silencio antiguo y a miseria enterrada bajo el asfalto.

La madre de Marga dio a luz borracha y con un subidón de cocaína considerable. La recién nacida fue a parar a las manos de aquella puta anónima que la sostuvo entre sus brazos sin saber muy bien qué hacer con ella. El mendigo la envolvió en su abrigo raído mientras aquella puta sin nombre se limpiaba los brazos y las manos de aquellos líquidos propios y típicos de un parto, sin parar de blasfemar.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo el mendigo.

—¿Que qué hacemos? Yo no sé tú, guapo, pero yo me he follado hoy a diez tíos, por no hablar de las mamadas y las pajas. Lo único que me faltaba era esto. Me voy a mi casa a quitarme toda esta mierda de encima.

La silueta de la puta alejándose por el callejón se fue ennegreciendo y se empequeñeció hasta que finalmente desapareció por el flanco izquierdo del callejón mientras que el mendigo volvía la vista hacia Marga, que no dejaba de berrear. Finalmente optó por depositarla en el suelo, junto a la madre. Marga lloró y lloró, pero la madre dormía ya el sueño de los justos. Le había reventado el corazón en el último esfuerzo. El mendigo abandonó el callejón despacio, renqueante, arrastrando unas piernas que parecían palillos a punto de quebrarse por sostener aquel cuerpo maltrecho. Al igual que la puta, nunca supo que aquella madre había muerto. Tampoco adivinaron que Marga, aquella niña que acababa de nacer sufriendo por obra y gracia de su madre y que había pillado el primer colocón de los muchos colocones de su vida, estaba destinada a coleccionar episodios tristes, a elegir entre lo malo y lo peor, a huir de sí misma todos los días de su vida, a tirar, en definitiva, esa

vida por la borda cada día, cada noche de su existencia.

Ni Marga ni su madre ni cada uno de sus antepasados descendían de príncipes, condes o ricos comerciantes. Más bien descendían de gentes a quienes príncipes, condes y ricos comerciantes habían jodido sus vidas desde tiempos inmemoriales. Las cosas no habían mejorado mucho desde aquellos tiempos tan antiguos, infinitas épocas desde las que cabría iniciar la historia de Marga, desde cualquiera de ellas. Cuanto más atrás en el tiempo, mayor sería el número de páginas desgraciadas que se podrían escribir. Pero ¿para qué? Nadie lee historias largas de perdedores. La historia que se estudia en los colegios, en los institutos y en las universidades es la que han escrito los vencedores. Y así seguirá siendo mientras el sol salga cada día, siempre por el Este, tan monótonamente desde el principio de los tiempos.

Seguramente, Marga le deba su vida, su errante y triste vida, a aquel mendigo que después de marcharse no pudo soportar los latigazos de su conciencia. Los mitigó contándole al primer transeúnte que vio lo que había pasado, un ciudadano anónimo dueño de un bar que estaba por las inmediaciones y que venía de cumplir su dura y larga jornada laboral. Después se escabulló tan rápido como se lo permitieron sus piernas. Fue el restaurador de barrio quien avisó a la Policía Municipal. Fue así como Marga terminó en una residencia de menores (porque decir orfanato u hospicio había quedado ya solo para las novelas de Dickens) situada en el barrio de Canillejas, Madrid. Por cierto, la puta murió apuñalada dieciséis años más tarde. Se contó que una chica joven apareció por la zona en que ejercía la prostitución preguntando por una puta que había asistido en un parto a una chica en un callejón años atrás.

El cuerpecito de Marga tuvo que sufrir las secuelas de la vida que había llevado su madre. Sus largos periodos de debilidad y enfermedades no ayudaron a la adopción y las posibilidades de que esta llegara eran inversamente proporcionales al paso del tiempo, que transcurre inexorable, seas quien seas, te llames como te llames e independientemente de tu condición. El caso es que Marga pasó por varias casas. Su adopción no terminó de cuajar. Esto marcó el carácter de la niña, que según crecía tenía más problemas con los compañeros, con los cuidadores y con todo el mundo. Marga fue violada por el hombre que quería ser su padre en una de las casas a la edad de doce años. A los trece se escapó de la institución y volvió al cabo de un mes, después de que la Guardia Civil la

detuviera robando género en una gasolinera de la carretera de Burgos. Fue la última vez que la detuvieron, y no porque no volviera a delinquir. Solo estuvo en la institución dos semanas más. Después se esfumó. A partir de ahí pasó a ser «la» Marga. Nadie volvió a saber de ella. Nadie que perteneciera a su vida anterior.

8

Descuelgo el teléfono. El negociador tiene voz de niño. Automáticamente, por mis paranoias de borracho, le pongo mentalmente el careto de Íñigo Errejón, aunque a saber cómo será el nota.

—¿Y qué es lo que quieren? —me dice después de las presentaciones de rigor y de la charla sin importancia, y en ese momento caigo en que es verdad, que en todos los palos con rehenes los atracadores piden un coche o un avión, por lo menos en las películas.

—Pues ni puta idea, oiga —contesto—. Yo creo que ahora mismo lo que querrían es no estar aquí.

—Ya, pero eso es imposible. Hágales saber que, en estos casos, lo mejor es entregarse cuanto antes, que así les acusarán de menos cosas y las penas pueden verse reducidas. A veces, los atracadores actúan eligiendo la peor posibilidad por desconocimiento.

—No, si estos, falta de conocimiento tienen un rato y…

—¡Eh, tú, gilipollas! —Bueno, pues nada, ahora soy el gilipollas —. ¿Qué coño estás hablando? ¡Me voy a cagar en tos tus muertos! —Es el Nico, y yo con el pedo de whisky me he creído por un momento que estaba solo.

—Eh, tranqui, chavalito, que me hablaba el madero de que si teníais conocimiento de las penas de trullo por algunos delitos y… ¡Ay! —Me ha dado con el cañón de la pipa en toda la mejilla derecha.

—No se te ocurra pensar por un momento que soy gilipollas, ¿te coscas?

—Vale, tío, lo que tú digas.

—¿Pasa algo? —pregunta el madero.

—Nada, nada, que estaba hablando con el atracador, pero no pasa nada.

Al menos consigo que el Nico se calme un poco, aunque me haya costado un golpe en el careto.

—Oiga —digo—, es mejor que hable yo con ellos para ver qué es

lo que quieren, porque hasta ahora no han dicho nada, ¿le parece?

—Vale —contesta tras unos segundos de silencio—. En estos casos las dos partes debemos tener las cosas claras, para evitar equívocos. Pregúnteles que cuáles son sus exigencias, pero que no se pasen, nada de fantasías. Y dígales también lo que le he explicado, que cuanto más tiempo estén ahí y más difícil lo pongan les van a caer más años de cárcel. Ah, y que veríamos como un gesto de buena voluntad que liberaran a un par de rehenes.

—Vale. Oiga, tienen que traer comida. Y… ¡Ah! Unas birras y agua para la peña y eso.

—Bueno, creo que eso no será un problema. Hablamos.

—Venga… Ah, oiga, si traen Mahou que sea de las rojas, no de las verdes.

—¿Cómo dice?

—Pues eso, las birras. Mahou. De las rojas.

Lo de las birras le ha sonado raro, lo he notado, pero ya deben de haberle dicho quién soy yo. Cuelgo y miro el percal a mi alrededor. El Polaco sigue sobando mientras que el Nico y el Tiri se están metiendo un lingotazo de metadona y yo me echo el mío de whisky. El resto, rehenes y empleados, están todos juntos, cuchicheando. Hasta que el Bartolo se levanta y viene hacia donde yo estoy y me exige saber qué es lo que hemos hablado por teléfono.

—Al fin y al cabo —continúa diciendo, gesticulando de forma grandilocuente—, nuestras vidas dependen también de esas conversaciones. He estado hablando con los empleados y los clientes y aceptan que yo hable por ellos. ¿Qué les parece? —Y mira al Nico y al Tiri.

—¿Que qué me parece? ¿Que qué me parece, pringao? Esto me parece. —Y el Nico lo engancha de la pechera y le da dos hostias que el Bartolo flipa. Y los demás también, y me incluyo—. Vuelve con los demás pringaos y chapas la boca, coño.

El Bartolo obedece y se sienta entre los gestos de comprensión de los demás. Entonces el Nico se dirige hacia ellos.

—¡Me voy a cagar en la hostia, pringaos de mierda! Pero ¿es que sois retrasaos o qué? ¡Esto es un puto atraco, joder, y esto —alza la pipa para que la vean bien— es una puta pipa que dispara balas y mata gente! ¿Os habéis enterao, gilipollas? ¡Aquí se hace lo que mis colegas y yo digamos, cojones!

A mitad de la arenga se ha quitado la mascarilla entre un «¡Oooooohhhhhh…!» casi general.

—¡Y tú! —ahora me toca a mí—, ¡tira pa'llá que tenemos que

hablar!

Así que me levanto y me voy para donde está el Tiri, que es hacia donde ha señalado el Nico. Me limpio un poco la sangre de la cara con un clínex y después me enciendo un cigarro, pero esta vez no ofrezco, que no me queda mucho tabaco. Además, después del golpe que me ha dado antes no voy sobrado de empatía. Va a ser cuestión de pedir tabaco a los maderos también.

—No te hagas el listillo conmigo, ¿te coscas? Que fueras colega de mi viejo no te va a dar ningún derecho. Es más, tú ya sabes que mi viejo pasaba de mí, como mi vieja. Así que más te vale hacer lo que yo te diga.

Sus viejos cometieron muchos errores. El chaval lleva razón porque desde bien cani su casa era un cristo. Ahora bien, el Chule quería a su hijo. Poco podía hacer por él desde la cárcel. Y cuando salió, ambos eran unos desconocidos, ya no era posible la reconciliación, aunque me consta que el Chule intentó acercarse a él y él no se lo permitió. Su vieja, la Marga, es una pobre yonqui que nunca lo ha podido dejar, y que está en las últimas. Creo que tomará el mismo camino que el Chule en breve, aunque eso nunca se sabe, porque yo he visto tipos sanos que la han palmado de un infarto, un ictus o un mal cáncer y otros que llevan castigándose a base de priva, pirulas, farlopa y caballo y ahí están los notas, que sí, que no van a ser ya campeones olímpicos, pero que resisten por obra y gracia de su ADN o de su jodido destino o de las dos cosas a la vez, quién coño lo sabe. El Nico es una víctima, como lo fueron sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos y así hasta Adán y Eva.

—Y por mucho que yo haya llevado, lleve y llevaré una vida de mierda —continúa—, que ni esos putos maderos de ahí fuera ni tú ni nadie piense que soy gilipollas, porque no lo soy. Por eso estos —señala al Tiri y al Polaco, que sigue sobando— y todos los putos colegas con los que he parao me siguen, y el que no, aire, ¿te coscas?

—Vale.

—Y ahora cuéntame qué coño te ha dicho el madero.

—Vale. Este es otro, no es con el que hablé al principio. Me ha dicho que es el que va a llevar el tema, un especialista, lo que en las pelis llaman «negociador», vamos, un nota que, según me ha dicho, es psicólogo y…

—Abrevia, hostias…

—Vale, vale. Les he dicho que deben traer comida y birras, víveres, vamos. Y me ha preguntado que qué queréis, porque me temo que esto va así: vosotros debéis tener unas exigencias y ellos

ven si las pueden cumplir. Que digo yo, eh. Ah, y también me ha dicho que considerarían un gesto de buena voluntad que soltarais a un par de rehenes. Y que sería mejor que os rindierais y os entregarais, que así os caerían menos años de trullo.

Silencio. El Nico se acaricia el mentón por encima de la mascarilla. El Tiri va a decir algo, pero el Polaco empieza a moverse despacio.

—¿Qué ha pasado, bros?

—Na, que te ha dao un chungo de la metadona y te has desmayao.

—Hala, echa un buche, hermano. —Y el Tiri le da una dosis en el vasito de plástico.

El Polaco se rasca y tose, pero engancha el vaso y se lo trinca.

—¿Y si le da otro jamacuco, qué? ¿No lo has pensao? —pregunta el Nico al Tiri, que pone la misma cara que si le hubiese preguntado una de las fórmulas de la relatividad general.

—Es que… —comienza a decir el Tiri.

—Déjalo. —El Nico, tajante.

Después parece pensar, aunque es difícil saberlo porque el nota tiene siempre la misma cara de vinagre. Mira la pared que tiene a la derecha. Para adivinar lo que está viendo habría que estar dentro de su cabeza. Y yo siempre he sido muy malo para meterme dentro de la cabeza de los demás.

Más silencio. El Nico se ha quedado como en éxtasis contemplando las rugosidades de la pared de gotelé. El Polaco se ha encendido un cigarro y el Tiri le está contando que la calle está llena de maderos, pero se lo cuenta descojonándose, riéndose, como si fuera algo que no le afectase ni a él ni a los demás, con dos cojones. Los dos llevan las mascarillas mugrientas por debajo de la nariz, húmedas, claro, porque lo de los yonquis y los mocos ya se sabe.

—Cuando te llame el nota le dices que no nos vamos a entregar, que ni de coña, ¿estamos? —dice por fin el Nico—. Y pa que vean que tenemos buena voluntad eliges tú a un rehén y lo soltamos, pero solo uno, no sé, al más tarra, al más enfermo, a una de las pibas, como lo veas.

—Ya…, y… ¿qué le pido?

Sus ojos vuelven a posarse sobre las rugosidades de la pared y los otros dos tarados empiezan a decir barbaridades. Quieren pedir putas, dinero, pastillas, un descapotable…

—¡Callaros ya, hostias, que me tenéis hasta la polla!

—Joder, bro… —dice el Tiri.

—¡Ni bro ni hostias, coño! Pero ¿es que no os coscáis del marrón en el que estamos?

—Tampoco te lo tomes así, hermano —dice el Polaco, que segundos antes decía que su puta fuera de doce años.

—¿No? ¿Y cómo me lo tomo, eh? ¡Me cago en Dios!

Los dos tarados, que antes parecían tener una incontinencia verbal de la hostia, ahora callan y se miran las puntas de sus deportivas robadas, como si ahí estuvieran todas las respuestas que nunca han obtenido.

—Dile al nota que tres motos.

—¿Tres motos? —pregunto al Nico.

—Sí, tres motos, coño, tres motos. Pero que jalen, que ni se les ocurra traernos mierdas de ciclomotores. Y con los depósitos llenos. Sabéis conducir una jodida moto, ¿no? —pregunta a los otros dos, que asienten con miedo a meter la pata—. Pues eso, tres motos. Nos vamos de pira y luego cada uno por su lao, que me tenéis hasta el nabo —les explica.

El Tiri va a hablar, pero se lo piensa mejor. Los noto dolidos por lo que ha dicho el Nico, pero me la pela. Que se jodan ellos y que se joda el puto Nico. Tres motos. Para flipar.

—Vale —digo.

Me alejo de ellos y me voy a mi silla. Me echo otro vaso de whisky y reflexiono sobre el marrón en el que me he metido. No podía haber venido al banco otro día, tenía que ser hoy, joder. Lo de mediar entre ellos y los maderos ha sido por defensa propia porque lo mismo, si no llego a ofrecerme, estos se habrían liado a tiros con la pasma o con los rehenes, vaya usted a saber. Y ahora el marrón de elegir un rehén para liberarlo, que el que sea se va a alegrar, pero ¿y los otros?

Zip, defensor de las causas pobres. Zip, el viejo y enfermo borracho. Zip, el puto fracasado, el jodido y malogrado periodista que tanto prometía. Zip, amigo de sus amigos borrachos y yonquis. Joder…

Pasan unos diez minutos.

Por lo menos la mejilla ya no me sangra. ¡Qué hijoputa el Nico!

El teléfono vuelve a sonar.

9

Hice unas pesquisas por el barrio. La Marga paraba por el Ven y Ven, un garito que era bar por la mañana y pafeto por la tarde y por la noche. Entré y me pedí un copazo. Encendí un truja y me apoyé en la barra mirando las botellas que había en las estanterías después de echar un ojo a la peña que había por allí. La Marga no estaba. Pedí otra copa. Una chavala de unos veinte años (aunque también podrían ser diecisiete) se sentó a mi lado.

—¿Me invitas a un pelotazo? —preguntó.

Era rubia, de mediana estatura, delgada, y vestía una falda con medias negras, botas de tacón alto y una blusa roja. Su sonrisa era preciosa, aun con las ojeras que el maquillaje no lograba disimular del todo. Yo no andaba muy boyante de fondos, pero le dije que sí simplemente porque se quedara allí un rato y charlar con ella. La piba era alucinante. Además, seguramente conocería a la Marga. O no, quién podía saberlo.

Se bebió medio gin-tonic de un trago, se encendió un cigarrillo y me miró de arriba abajo.

—Me suena tu cara mogollón —dijo.

—Bueno, es que soy del barrio de toda la vida. Me habrás visto por ahí.

—Será eso. Pero de lo que estoy segura es de que nunca te he visto por aquí.

—Ya, eso es porque soy más tarra que tú. Hubo épocas en las que yo no salía de aquí con mis colegas. Pero entonces tú debías de tener diez años o así.

—Será eso.

El antro estaba igual que cuando yo paraba allí, pero con más polvo, con más tristeza, con más suciedad. Estaban rotas las mismas sillas y algunas más y el aire olía igual, solo que con un toque de miseria nueva y algo de desaliento añejo. Había tipos que miraban al suelo con un cigarro en la mano, y mujeres que miraban al techo, como buscando una salida distinta a la de la puerta de entrada. La Carmen, una mestiza hija de gitano y paya con la edad

suficiente para estar jubilada diez años atrás, sirvió dos birras a unos notas que estaban a unos tres metros a mi derecha y lo que por lo menos debía de ser un gramo de farlopa en una bolsita minúscula de color azul. Por los altavoces sonaba un disco de blues de alguien que no supe identificar. Probablemente era Muddy Waters. O no.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Zip.

—¿Zip? ¿Como los mecheros Zippo?

—Quítale las dos últimas letras.

—Zip, qué raro.

—Ya. ¿Y tú cómo te llamas?

—¿Yo? Me llamo Cari.

—Ya. O sea, que si te llamo Cari nadie va a pensar que eres mi piba.

—No —sonrió y su sonrisa me pareció perfecta—, por lo menos nadie de los que hay por aquí va a pensar nada raro.

—Oye, tú no conocerás a la Marga…

—Conozco a varias Margas.

—Es la piba del Chule, el nota este que han pillao por lo del atraco.

—Ah, esa Marga… Sí, la conozco. Pero tampoco te creas que mucho. A veces viene por aquí. Está como una cabra. Pero mola. Oye, tú no serás madero, ¿eh?

—¿Yo, madero? Venga, no flipes. Soy del barrio, pregunta a cualquiera.

Y como no parecía muy convencida decidí ir con la verdad por delante. Le enseñé el carné de prensa y le dije que trabajaba para un diario.

—Es que en el periódico me han encargado hacer un reportaje sobre el Chule. Solo quiero hablar con ella.

—Pues depende de cómo la pilles. Te advierto de que hay veces que no se puede hablar con ella. Ahora está muy enganchá.

Si me apetecía poco hacer el reportaje, me apetecía mucho menos tratar con una yonqui. Los yonquis, al contrario del común de los mortales, no tienen problemas. Bueno, solo uno: ponerse. No es fácil tratar con un tipo o una piba que no piensan en otra cosa que chutarse, pero ¿qué podía hacer yo? Solo me hacía falta cagarla otra vez y volver a quedarme en paro. Ni de coña, así que ya veríamos.

La Marga no apareció, así que empecé el serial. Primero

haciendo un poco de historia sobre el barrio, su fundación, sobre cómo el pueblo que fue Canillejas fue absorbido por Madrid a la fuerza como un enclave más de la periferia de la metrópoli para albergar a la emigración descontrolada de la época como consecuencia del desarrollismo franquista; de cómo pasó de ser un pueblo próspero a un barrio marginal; escribí sobre el chabolismo, la marginación, el alcoholismo y las drogas, etcétera. Un caldo de cultivo de lo más apropiado para que surgieran personajes como el Chule, al que seguramente le esperaban más años de trullo de los que podría soportar.

Una tarde estaba leyendo una novela y tomando una birra en el bar Soria. Creo que iba por la tercera cuando vi a la Cari haciéndome señas por la cristalera. La saludé alzando el mentón y pasó.

—Ey, Zip. La Marga está en el Ven y Ven. Creí que te interesaría.

—Claro, gracias.

Guardé la novela en la mochila, pagué las birras y seguí a la Cari por la calle Ilíada. Su melena rubia agrupada en mechones intentaba ondear entre las ráfagas de viento a duras penas, pero era demasiado espesa. El garito parecía algo más limpio o a lo mejor era ese olor penetrante a amoniaco. La Marga iba de grupo en grupo. Se la veía alterada, con la mirada perdida y no paraba de rascarse y de sujetarse la tripa.

—Está muy pasada —dijo la Cari.

—Pues qué puta suerte la mía… ¿Le puedes decir que venga?

—Voy a ver.

La Cari entró a la Marga. Discutieron durante un par de minutos gesticulando y señalándome. Finalmente se acercaron. La Marga se me quedó mirando, escrutándome por fuera y por dentro. Su mirada parecía poseer unas manos que se metieron dentro de mi cuerpo y tiraron agarrando algo invisible, algo poco usual.

—¿Y tú qué coño quieres?

—Pues no sé si te habrá contado la Cari, pero…

—Si has venido para joderme, tío, te juro que te corto las pelotas, porque a mí los tíos gualtrapas como tú me la pelan, ¿te coscas?

—No quiero que pienses…

—¿Que piense qué?

—Solo quiero ayudar, escribir sobre el Chule…

—¿El Chule? ¡Ni te atrevas a pronunciar su nombre, hijoputa! Si

quieres ayudarme déjame dinero, tío, porque necesito un chute pero ya… ¿Tienes pasta? Porque si no tienes pasta más vale que te abras de aquí y me dejes en paz, tengo que conseguir pasta, porque, si no, me viene to'l mono y entonces ni Marga ni hostias, ¿te coscas, pringao?

Y se marchó a seguir con su charla de yonqui por entre las mesas. La Cari me miraba, supongo que dando por perdida mi batalla.

—Está muy pasada, tío.

—Ya lo veo. La única forma de que acceda a hablar conmigo es invitándola a un chute, ¿no?

—Ahí le has dao. Y a lo mejor ni por esas porque lo mismo se chuta y se flipa o se soba, vete a saber.

—¿Cuánto vale pillar algo?

—Joder —sonrió—, pero ¿tú de dónde sales?

—De otro mundo en donde no se pilla caballo. Va, ¿de cuánto hablamos?

—Pues de veinte o veinticinco talegos para pillar un gramo, depende de si lo pillas en el poblao o a otro camello cualquiera.

—¡Joder!

Yo vivía al día, a veces hasta pasando necesidad con la mierda de nómina que tenía. El plato de comida siempre estaba ahí gracias a mis tíos, pero eran numerosas las veces que yo no disponía de dinero para mis cosas. Pero tenía que hablar con Marga. Ya no sabía qué más escribir, se me estaban acabando los argumentos. Encendí un cigarro y, mirando el suelo sucio, se me ocurrió que probablemente podía gastar algo de pasta en ese puto chute y que los del periódico me lo devolverían, aunque lo de presentarles una factura iba a ser chungo de cojones. Miré las pelas que tenía: once talegos y porque había sacado pasta esa mañana.

—¿Le puedes preguntar que cuánto le falta para el pico?

—Vale.

La Cari habló con la Marga y en medio segundo estaba delante de mí.

—¿Tienes pasta? ¿Me vas a invitar? Porque podías haberlo dicho antes, tío, y así no tendría que haber perdido el tiempo hablando con todos esos gilipollas. ¿Me vas a invitar? ¿Ein?

—Tengo algo de pasta, sí, ¿cuánto te falta?

—¿Que cuánto me falta? Me faltan cuatrocientos talegos que algún hijoputa colega del Chule ha cogido del hueco de la pared de casa en cuanto se ha enterao de que le han trincao los maderos, así

que muy colega no sería, ¿no te parece? Forzó la cerradura, el hijoputa. ¡Y ME HA DEJAO SIN UN PUTO GUIL EL CABRONAZO! ¡ME CAGO EN DIOS, JODER!

—Eh, tranqui, tía —le dije.

Joder, la que estaba armando.

—¿Cuánto tienes?

—Unos diez talegos.

—Me vale, tío, vamos, vamos, vamos, que estamos perdiendo el tiempo. Y tú si quieres vente también pa mi keli y te invito —le dijo a la Cari.

Salimos del Ven y Ven y nos fuimos hasta la calle Lucano. La Cari y yo nos quedamos esperando a la altura del bar Shiray. En cuanto le di los diez talegos, Marga desapareció en la oscuridad de un portal. Fue visto y no visto. No tardó ni cinco minutos en salir.

—Vamos para mi keli, venga, venga, venga.

La keli era un zulo. A su lado, mi habitación parecía un palacio. La Marga se quitó la chupa y la blusa. Se quedó en sujetador.

—Si queréis, serviros —dijo señalando el caballo—. Hay chutas nuevas en el tigre.

—¿Tú quieres? —preguntó la Cari.

—No, yo paso.

La Marga le pegó fuego a la cuchara con la mezcla. Después la absorbió con la jeringuilla, se ató una goma en el brazo, se dio unas palmadas en la zona donde iba a inyectarse y se metió todo el contenido de la chuta. Cerró los ojos y entró como en una especie de éxtasis místico. El ritual fue repetido por la Cari.

—Yo no estoy… enganchá… —dijo arrastrando las palabras—, ¿sabes? Me pongo… solo de vez en cuando, cuando… me apetece colocarme…, pero no lo necesito.

—Ya…

Las dos pibas se quedaron sopas. Menuda mierda. Me fui hasta la nevera a ver si había algo. Nada. Estaba arrasada. Solo había una botella de zumo y unas lonchas de jamón de york con una capa de moho verde. Apestaba. Le cogí las llaves a la Marga. La idea era bajar a por unas birras y volver a ver si se despertaba la loca de los cojones. Tardé diez minutos. Me abrí una y me encendí un truja. Allí estaba yo, Zip, abogado de pleitos pobres, tomando una birra, fumando y mirando alternativamente a dos pibas que estaban como una regadera. Claro que yo tampoco es que anduviera muy bien de la azotea. La Cari abrió los ojos al rato y tenía una sonrisa de oreja a oreja. La Marga despertó algo más tarde. Sonreía, pero su sonrisa

era otra cosa, era una sonrisa, no sé, la piba tenía un careto de vicio de la hostia. La Cari no tenía cara de monja, pero sí, era otra cosa.

—¿Tú qué haces aquí? —me preguntó la Marga.

—Soy el periodista, ¿te acuerdas? Te di pelas para el chute porque quería hablar contigo del Chule.

—¿Del Chule? ¿Periodista?

—Sí, joder.

—Sí, tía —intervino la Cari—, ¿no te acuerdas? Te dio la pasta para que hablaras con él del Chule, para el periódico.

—Aaaaaahhhh…, sí, ahora sí, cariño, ahora podemos hablar del Chule todo lo que quieras.

Terminé por beberme todas las birras. Ellas se bebieron el zumo. Hablé con la Marga más de dos horas tomando notas y más notas en una libreta. La piba habló por los codos. La Cari terminó por abrazarme mirando las notas que tomaba. La Marga fue apagándose poco a poco hasta dar por terminada la conversación.

—Si queréis follar os dejo el sofá —dijo.

La Cari me miró. Su sonrisa era un sí. Yo estaba flipando y un poco pedo. Pero qué coño, la piba me molaba.

—¿Tienes un condón? —preguntó la Cari.

—Joooooooder… Vale, lo pongo yo todo, joder. Tengo en la habitación, si no me los han robao también. Vente —dijo la Marga con un hilo de voz.

10

Estabas rabioso, te corroía por dentro el hecho de saber que ibas a estar encerrado tantos años, los mejores de tu vida. Un día escuchaste por la radio la noticia de un motín en la Modelo. De hecho, era la época de los motines. Volviste a coincidir con el Pirri en otra cárcel y, como escuchabais todos los días las noticias, os entró el gusanillo de protagonizar uno. No lograbais escaparos, así que decidisteis luchar para conseguir algunos derechos que considerabais básicos. Un mes más tarde, conseguisteis tomar como rehenes a varios carceleros y a dos médicos. Liberasteis a todos los presos que pudisteis. Casi todos secundaron el motín. Entregasteis una cinta de casete grabada en la que pedíais cambiar las medidas de disciplina; que los médicos no pertenecieran a la Administración, que fueran independientes; la liberación de todos los presos con sida en estado avanzado y, en general, de todos los reclusos que tuvieran una enfermedad terminal; y otras cuestiones importantes para mejorar las condiciones de todos los presos y presas de las cárceles españolas. La cinta fue entregada al director de la prisión, pero no se hizo pública. El gobernador civil pidió la presencia de los geos, pero no actuaron rápidamente, quizá por miedo a perpetrar una masacre. Los presos os habíais pertrechado con porras, armas blancas y cócteles Molotov fabricados con alcohol, trapos y botellas de la enfermería, y habíais levantado barricadas en lugares estratégicos. Algunos trajeron víveres del economato y otros, entre ellos tú, habíais desvalijado la enfermería cuando fuisteis a robar el alcohol, haciéndoos con calmantes, tranquilizantes, otras drogas y jeringuillas. Por lo que pudiera pasar, que nunca se sabía cómo podía terminar un motín, siempre con el aroma a derrota.

Un portavoz de la Guardia Civil os habló desde el patio por un megáfono diciéndoos que os entregarais.

—¡Escuchadme! ¡Tenéis que rendiros! ¿Me oís? ¡No vais a conseguir nada por la fuerza! —os dijo el tipo.

—¡Y tu culo un futbolín, picolo de mierda! —dijo un preso ante el descojone general.

—¡O nos dais lo que pedimos o montamos aquí la Tercera Guerra Mundial, cabrones! —gritaste tú.

Tanto el director de la prisión como el juez de instrucción de guardia de Zamora intentaron negociar con vosotros a través del teléfono. El Pirri, erigido en portavoz y de acuerdo con los demás, solo accedía a entrevistarse con el juez de vigilancia penitenciaria, para protestar acerca de la situación que vivían en el penal los presos de primer grado.

Hacia la media noche, el juez accedió a entrevistarse con vosotros, pero no logró negociar con éxito ni obtener la libertad de, al menos, alguno de los rehenes. Sobre las tres de la madrugada, el Pirri y tú decidisteis, quizá por el efecto de las anfetas, saltar al tejado de una de las dependencias con la idea absurda de que a lo mejor podíais escapar debido a la confusión. Fuisteis reducidos. Una hora más tarde, sin los cabecillas, el resto de presos depuso su actitud y el motín acabó. No hubo heridos.

El Pirri fue trasladado al día siguiente al penal del Puerto de Santa María. Aproximadamente, la mitad de los presos se mostró colaboradora con las autoridades para evitar el aislamiento. Todos los demás fuisteis llevados a las celdas en donde permaneceríais aislados durante cuarenta y cinco días, esposados y privados de comunicación. La siguiente vez que te vi llevabas el peso de esos cuarenta y cinco días sobre tus hombros. Pero sonreías. Me dijiste que todo eso no había acabado. Que la lucha continuaba, que había motines por toda España, que ibas a conseguir que las cárceles fueran un lugar donde los seres humanos pagaran sus condenas, sí, pero en condiciones dignas.

Y me preguntaste por la Marga, siempre ella. La Marga, por aquellos tiempos, había decidido que no iba a pasar ni un mono más y estaba de puta en la calle Montera con la Cari. No tuve valor para decírtelo, así que te dije que sobrevivía haciendo trapicheos y que yo la ayudaba en lo que podía. Y lo que yo podía hacer era presentarme algunas tardes en su esquina para llevarles una papelina de caballo y darle un par de billetes a su chulo, que era un hijo de puta, pero un hijo de puta no demasiado cabrón, para que las dejara retirarse por esa noche. Así era aquella historia triste hecha con jirones de mala suerte, tristeza y anhelos desahuciados. Así era el mundo de la Cari y la Marga, el tuyo y el mío propio, distintos entre sí y radicalmente distintos al de la gente común y corriente.

11

Agarro el teléfono y contesto. Como esperaba, es el negociador, que a mí me sigue sonando a Errejón. Así que le cuento.

—Los atracadores quieren tres motos rápidas, con el depósito lleno, y que ni se les ocurra traerles ciclomotores. No se trata de que les traigan motos para correr la MotoGP, pero vamos, que corran.

—¿Motos?

—Sí, motos, qué pasa, ¿no puede ser?

—No sé, lo consulto. Pero es raro, todos piden un coche.

—Pues estos quieren tres motos.

—Vale. ¿Qué hay de los rehenes?

—Aceptan. Pero solo soltarán a uno y me han dicho que elija yo.

—De las dos mujeres, ¿hay alguna embarazada?

—A simple vista no, y más profundamente me extrañaría. No son ancianas, pero ya no están en edad.

—Bien. Y de los hombres, ¿hay alguno enfermo?

—¿Y yo qué coño sé?

—Pues pregunte, no es tan difícil.

—Enfermo estoy yo, que una baza que me hicieron la analítica, la doctora llamó a una compañera y las dos flipaban, y todo delante de mí, que una dijo que no había visto nada así.

—Ya, pero usted nos hace falta ahí dentro. Lo está haciendo muy bien.

—No me dé cera, niñato —lo de niñato no lo digo, pero estoy a punto—, y si quiere que siga con esto va a tener que traer por aquí un cartón de tabaco rubio, si puede ser Marlboro, y cervezas frías, como le dije, que con el whisky a palo seco luego me da mucho ardor de estómago. Y hablando de ardor, traiga una caja de Almax, por si acaso. Aparte de la comida y el agua, claro. Ah, y un altavoz con uesebé o como se diga. —Le hago saber la petición a última hora del tarado del Tiri, que quiere poner música. El tipo flipa, se lo noto, seguro que nadie le ha pedido cosas tan raras en un atraco.

—Le aviso y usted, repito, usted sale con el rehén y nosotros le dejaremos la comida y las bebidas en bolsas para que las recoja.

¿Ha entendido?

—Joder, claro, no hay que ser ningún Einstein. Ah, y el altavoz.

—Sí, el altavoz también. Oiga, tiene que estar todo bien claro. Así que cuando vuelva a llamarlo volveremos a repetir todo. Elija el rehén usted. Casi mejor que no diga que van a liberar a uno. Hay veces que comienzan a pelearse, ¿me entiende? Simplemente pregunte que si hay alguien enfermo. Si hay más de uno, elige usted. Si no hay ninguno, elige usted. Elija al de más edad. ¿Queda claro?

—Como el agua. —Y me viene a la mente la canción de Camarón, hay que joderse….

El tipo cuelga, y yo echo un trago mientras pienso a quién soltar. Hostia puta.

—¿Qué te ha dicho? —me pregunta el Nico.

—Pues que volverá a llamar, que va a consultar lo de las tres motos a ver. Y que llamará para que salga a liberar a un rehén, que lo elija yo, y para coger la comida.

—Vale. A mí me da igual a quién soltar. Así que elige tú.

Claro, no, si ya. Zip elige a alguien a quién soltar, a pesar de que también le suda bastante la polla a quién le toque el gordo. Me acerco a los rehenes.

—A ver, ¿hay alguien enfermo?

Me miran como si me hubiera vuelto loco.

—¿Va a entrar la Policía? —dice la señora que al principio lloraba más.

—Oiga, señora, qué pasa, ¿es que no tuvo bastante con lo de antes? —Me refiero a cuando al tipo que quería convencer a los chalados recibió el golpe—. Cállese.

—Pero es que…

—Ni es que ni cojones, que he hecho una pregunta, joder.

—¿Pasa algo, abuelo?

El Nico se está mosqueando y con razón.

—No, no pasa nada —contesto—. A ver —continúo—, ¿hay alguien enfermo?

—Yo tengo alto el colesterol —dice la señora.

—Yo tengo la tensión alta —contesta uno de los oficinistas del banco.

—Me refiero a enfermedades graves, joder, graves.

Por fin se callan. Me fijo en un nota que por las pintas es el más viejo de los que estamos allí. No ha abierto la boca desde el principio. Ese sí que es un abuelo, hasta para mí, y decido en ese

momento que va a ser el tipo que se va a librar de este marrón.

Vuelvo hasta mi silla y me enciendo un piti mientras me sirvo otro trago. Los tarados deben de estar discutiendo algo y no se ponen de acuerdo, porque gritan más de la cuenta. De repente, el Nico agarra de la pechera al Polaco y lo lanza contra la pared y el Tiri se pone en medio. Supongo que ignora que en una pelea nunca debes interponerte entre los que se pelean porque lo único que puede pasar es que te lleves una hostia.

—¡Venga, broder, no te mosquees, coño!

—¿Que no me mosquee? ¿Que no me mosquee? ¡Es que este tío es gilipollas, joder!

—¡Y a mí me parece que tienes la mano muy larga, y ya empiezo a estar hasta la polla, y…! —grita el Polaco. Resulta cómica esa mala leche con su voz de pito.

—¿Te digo yo hasta dónde estoy, ein? ¿Te lo digo? —grita el Nico —. Si tenemos suerte y los maderos nos traen las motos, cada uno se va por su lao, ¿estamos?

—¡Claro, y la pasta te la llevas tú! ¿No?

—¡Ziiiiiiiiip!

A punto estoy de levantarme y gritar «¡Susórdenes, mi sargento!», como en la puta mili. Pero me contengo, no vaya a llevarme otro truco. El Nico viene hacia mí.

—Cuando llame el tipo ese otra vez, le dices que además de la zampa y la priva traigan dos bolsas de deporte, de las que se puedan colgar, ¿te coscas? —dice bien alto y claro para que lo oigan el Tiri y el Polaco.

—Vale, yo se lo digo.

—Que lo traigan todo a la vez, que no me mola que se abra esa puerta tantas veces.

—Vale, vale.

El Nico se apoya en un pequeño tabique que hay entre la puerta y yo. Se suena los mocos y tira el clínex al suelo. Después escupe y se enciende un cigarro. Está nervioso. Claro que el Polaco y el Tiri tampoco paran de moverse. Pueden hacerlo porque todas las ventanas tienen las cortinas, de esas de láminas, echadas.

El Nico…, hay que joderse. El Chule me dijo en su lecho de muerte que cuidara de él. Pero yo le dije que no podía pedirme eso porque yo no era capaz ni de cuidarme a mí mismo y el Nico era un yonqui muy enganchado. Ahora me pregunto si al mediar entre él y los maderos no estoy llevando a cabo el encargo que me dio el Chule. Me pregunto que si verdaderamente me ofrecí a mediar no

sería por eso. Hay que joderse. Hay que joderse.

Mis reflexiones ya no suelen ser muy largas. No me da la cabeza. No han sido los gritos que empiezan a escucharse en la calle los que han interrumpido mis pensamientos, no, solo han coincidido en el tiempo.

—¡Jooooooder, lo que me faltaba! —grita el Nico.

Y no me extraña, porque la que está montando un pollo ahí fuera en plan zorra histérica es la Marga.

—¡Tú, ahora mismo sales ahí y les dices a los maderos que se lleven a mi vieja o que no respondo! ¿Te has enterao?

Claro, claro que hace tiempo que ya me he enterado de que soy su puto criado. Lo que me mosquea es que todo el mundo me pregunte que si me he enterado cuando me explican cosas que son facilísimas de asimilar. ¿Creerán que soy gilipollas? Va a ser eso. Lo que no sé es cómo se habrá enterado la Marga de que el que está dentro del banco atrincherado con rehenes es su hijo, pero las madres siempre se enteran de todo de lo que atañe a sus jodidos hijos, aunque sean madres politoxicómanas yonquis.

Me levanto, abro la puerta y salgo con las manos en alto. ¿Cuántas veces más me va a tocar jugármela? La Marga, pese a la que está montando, me ve, porque mira hacia la puerta de vez en cuando.

—¡Zip, joder, Ziiiiiiiiiip! Pero ¿es que estás tú ahí con mi hijo?

—¡Sí —respondo—, pero yo soy un rehén, no te vayas a pensar que he venido con él! ¡A ver! —grito—. ¡Que dice el Nico que si no os lleváis de aquí a su madre no responde!

—¡Hijo! —grita la Marga—. ¡Niiiiiiico…! ¡Mi Nico! ¡No seas loco!

Y en esos momentos los maderos comprenden lo que les he dicho y que deben llevarse de ahí a la Marga, algo que consiguen entre tres. Uno la agarra de un brazo, otro del otro y un tercero la agarra de las piernas y se la llevan de allí en volandas sin mucho esfuerzo, porque la piba no debe de pesar nada, aunque por la situación es todo nervio. Sigue lloviendo. El día amaneció gris y sigue siendo gris. Como en aquella canción de Los Suaves, ¿cómo se llamaba? Puta memoria…

Entro al banco. El Nico está apoyado sobre la misma pared, el codo clavado en su esternón y la cabeza sujeta por la frente con la mano. No lo veo bien, pero por los movimientos de la cabeza y algunos hipidos parece que llora, aunque no podría jurarlo. El Tiri se le acerca y le habla.

—Venga, hermano, ya se sabe cómo son las viejas, venga,

broder, arriba. Venga, vamos a colarnos otro lingotazo de la meta, ya verás, bro, ya verás…

—Sí, va a ser lo mejor.

Yo no sé la dosis que tienen que meterse, los maderos no me han dicho nada, solo que venía un papel con la posología, pero a mí me da que se están pasando. Claro que yo también me estoy pasando con el whisky, solo que yo no tengo una pipa ni estoy desquiciado. Bueno, un poco, pero no tanto como ellos.

Los rehenes siguen conversando alegremente después del entretenimiento de los gritos de la Marga. El viejales, el tipo que yo he elegido para liberar, manda huevos, sigue sin decir nada. Parece que la cosa no va con él.

Al cabo de un tiempo, los tarados se tranquilizan. El Nico se acerca hasta donde están los rehenes con la pipa en una mano y la bolsa del osito Misha en la otra.

—La caja fuerte —dice, mirando al Bartolo.

—¿Qué quiere decir?

—¡Demasiao bien sabes lo que quiero decir, gilipollas!

Y le da con el cañón de la pipa en la cara. Debe de ser su golpe favorito.

—Dijiste que tenía apertura retardada. Ya es hora de ir ahí adentro para limpiarla de pasta. Así que vamos, te sigo.

El Bartolo se limpia la sangre de la mejilla y conduce al Nico hasta una puerta por la que se pierden. Me parece mentira que estos gilipollas piensen en el dinero a estas alturas, pero claro, si han pedido las motos es porque piensan irse con la pasta cuando cualquiera con sentido común se daría cuenta de que no tienen ni una puta posibilidad.

A los cinco minutos vuelven. La bolsa debe de llevar un pastón porque cuando la abre delante del Polaco y el Tiri estos se ríen como los putos críos locos que son. Están muy contentos.

Vuelve a sonar el teléfono.

12

El Chule era el cuarto de cinco hermanos que nacieron en el lugar equivocado en la época equivocada, aunque ¿qué época y lugar son buenos para un desgraciado? Los tres hermanos que iban por delante de él estaban muertos. Dos la palmaron de sobredosis, un término demasiado ambiguo con el que se cumplimentaban los expedientes de muertes por droga adulterada, asesinatos premeditados, etcétera. El otro murió de patologías asociadas a su politoxicomanía. El pequeño era, por tanto, candidato a seguir la estela de los otros, pero bien fuera porque le vio las orejas al lobo o porque tuvo la personalidad suficiente o porque, sencillamente, era ya de otra generación, se libró de la masacre. Yo entonces no lo conocía muy bien. Por eso cuando quedé con él en el bar Soria no sé qué esperaba. El Floren era una versión más joven del Chule, pero no llevaba en su cara esa expresión dura y enloquecida que deja el caballo a los yonquis. Su rostro era, en comparación con el de su hermano, más suave y adolecía de esos músculos tensos y tendones como cuerdas de piano. Tampoco tenía los ojos a punto de estallar del Chule. Su mirada era melancólica y era evidente el sufrimiento de años con tres hermanos muertos y el otro en la cárcel. Esos eran sus referentes. Yo ignoraba las consecuencias que habría dejado todo esto en su familia y, por tanto, en él. Pedí dos cervezas y empezamos a hablar.

—¿Cómo está tu hermano?

—Jodido. Aunque a estas alturas ya debe de haber pasado lo peor. Que te metan en un calabozo con el mono es una mierda. Pero es lo que hay. Oye, tío, ¿qué es lo que quieres? La Marga me ha dicho que eres periodista. ¿Vas a ayudar a mi hermano?

La pregunta, tan directa, me dejó un poco noqueado. Yo no me había planteado ayudar a nadie, bastante tenía con ayudarme a mí mismo. Así que le solté el rollo de que me habían encargado escribir una serie de artículos sobre el Chule y que sí, que probablemente esos artículos ayudarían a su hermano. Me miró como un tipo de esos que no se creen lo primero que les cuenta un desconocido. Y

hacía bien.

—Ya… Bueno, pues pregunta lo que quieras. Aunque te advierto de que mi hermano hace años que no para por casa. Así que no sé nada de sus movidas.

—Claro. Pero has vivido con él y con tus otros hermanos. Me ayudaría bastante que me hicieras un dibujo de la familia, desde donde tú recuerdes, para ayudarme a hacerme una idea de cómo el Chule ha llegado hasta aquí.

—Bueno, según lo que sé, tú eres del barrio. La historia de mi familia no es muy distinta de las de otras familias de por aquí.

Me contó que sus padres se vinieron de un pueblo de Extremadura huyendo del hambre, que se hicieron una chabola en San Blas y que sobrevivieron como pudieron hasta que su padre encontró un trabajo más o menos estable de albañil. Con el sueldo de su padre pasaron a ocupar una infravivienda de alquiler bajo, casi simbólico, en Canillejas. A pesar de la precariedad, para ellos era un palacio, acostumbrados a hacer sus necesidades en un descampado o a bañarse en bidones viejos y oxidados con agua helada. La ausencia de servicios, la calle y la heroína se habían encargado de todo lo demás. Su madre murió tres años antes no se supo muy bien de qué. El caso es que dejó de comer y dijeron que se murió de pena. El viejo estaba jubilado y se pasaba el día por los bares, sin meterse con nadie, tomándose sus vinos, en un intento de olvidar la vida de mierda que le había tocado vivir.

—Se quiere morir, ¿sabes? Pero no tiene huevos para suicidarse y el cabrón es duro, así que le matará el vinacho o el tabaco, pero quién sabe cuándo. Una pena lo de la vieja, una buena piba. Igual que el viejo. Nunca se metieron con nadie. Nunca se dijeron entre ellos una palabra más alta que otra. En fin…

Seis o siete birras después, nos despedimos con un moco curioso y le pasé mi tarjeta. Ya en casa, me encendí un pitillo y miré por la ventana. La calle era un fotograma nebuloso y húmedo atravesado por la luz mortecina de las farolas. La lluvia repiqueteaba contra cualquier obstáculo que se le pusiera por delante. A la mañana siguiente saldría el próximo artículo. En el periódico estaban contentos. Había vuelto a ver a la Cari un par de veces más, en el hostal, me molaba. Todo estaba bien, excepto que no me acostaba sobrio ninguna noche. Bueno, mientras no bebiera mucho durante el día la cosa no iba tan mal. Y el reportaje, al menos en mi cabeza, iba tomando una forma que se moldeaba con trazas de historia personal, realismo social, marginalidad y falta de expectativas.

Hacía falta ver cómo se lo tomaban en el periódico.

A la mañana siguiente, en el despacho de Peláez, le escuchaba decirme que los artículos estaban causando la expectación esperada. Me estuvo dando cera un buen rato. Raro, pero bonito, porque yo no estaba acostumbrado a que un jefe me regalara los oídos.

—Oye, Peláez, una cosa. El otro día hablé con Marga, la novia del Chule. Para que hablara conmigo tuve que darle dinero para que comprara un gramo de caballo.

—Pero qué me dices, Rodríguez, ¿que hiciste qué?

—Pues eso, que le tuve que dar pasta para que se comprara un gramo de heroína porque tenía el mono. Que era eso o no hablaba conmigo. Así que di por hecho que esto era un gasto que me pagaría el periódico.

—Joder, Rodríguez… ¿No pudiste convencerla de otra manera?

—Era eso o nada, ya te lo he dicho. Veinte mil pesetas que tuve que poner de mi bolsillo. —Decidí que, ya que no había recibo, daba un poco igual decir diez que veinte. Un sobresueldo no me vendría mal. Soy un cabrón, ya.

—Pues lo voy a tener que preguntar. Se ponen muy tiquismiquis con las cosas que no se pueden justificar.

—Te harás cargo de que los camellos no emiten facturas.

—Me hago cargo. —Le dio uno de sus ataques típicos de tos, se puso colorado, me dijo que esperara y salió del despacho.

Me quedé allí contemplando el vacío que había dejado Peláez, que no era poco. Suspiré y encendí un cigarro. Me levanté y oteé el horizonte a través de la ventana. Qué tendrían las ventanas que me gustaban tanto. Seguramente era que mientras yo estuviera en este lado de la ventana, la vida enmarcada por ella era algo externo. El problema venía cuando me tenía que internar a través de ella. Seguía lloviendo. Empezaba a estar hasta los huevos de tanta lluvia, de tanta humedad, de todo, en general. Peláez apareció cuando me encendía otro pitillo.

—Chico, no sé qué le has dado a Martínez. Ha abierto la caja y me ha dado veinte mil pesetas como estas. Dice que está contento con esos artículos tuyos. Yo también, ¿eh? Ahora, una cosa te voy a decir, no te duermas. A ver si se te va a subir a la cabeza y la jodemos.

Me tendió la mano con la que agarraba unos cuantos billetes arrugados. Los conté. Efectivamente, allí estaban los veinte talegos contantes y sonantes.

—Otra cosa… A ese chorizo lo han sacado ya del calabozo y se lo han llevado de preventivo a Carabanchel. Toma —volvió a alargar el brazo—, este es un permiso para que vayas mañana a hablar con él a las once.

—¿Seguro que me dejarán pasar?

—Coño, Rodríguez, ya sabes los contactos que tiene Martínez. Para cuando quieras llegar ya estarán avisaos los guardias. Con ese permiso tendrás las puertas abiertas. Prepárate bien la entrevista.

—¿De cuánto tiempo dispondré?

—Es un permiso especial. Aun así, solo te dejarán charlar con él una hora de reloj, y créeme, es mucho para lo que conceden habitualmente. Aprovéchalo.

Me dieron la tarde libre para que siguiera escribiendo y preparara la entrevista. Con veinte talegos en el bolsillo me tomé un par de tercios en la barra de un asador vasco del barrio y luego me comí un chuletón que no se lo saltaba un jincho bien regado con un riojita que estaba bastante potable. Luego me eché la siesta y después escribí el artículo privándome un par de birras, resaca mediante.

Le entregué el artículo a Peláez un par de horas más tarde. Lo leyó, asintió y me preguntó por la entrevista.

—La tengo casi terminada —mentí, no tenía una mierda—. Vuelvo para casa y la remato.

Pero en vez de irme a mi casa me fui al Ven y Ven. Al fin y al cabo, tenía derecho a tomarme una copa (otra más). La Cari se acercó, me plantó un beso en todos los morros y sonrió. Su sonrisa me perdía, así que creo que fue por la quinta copa cuando caí en la cuenta de que solo había ido a tomar una. También caí en la cuenta de que la Cari se había vuelto a chutar en el tigre, eso fijo, porque volvió a poner la misma carita que cuando llegué. Ya entonces tenía cara de haberse chutado. A ver si iba a estar más enganchada de lo que decía.

Miré el reloj cuando llegamos a mi habitación. Eran las cuatro de la madrugada. Menos mal que puse el despertador. Ni había preparado la entrevista ni nada por el estilo, porque había confiado en mi espontaneidad, en mi intuición. La falta de sensatez tenía esas cosas, que uno se confiaba. Los dos íbamos tan pasados que nos tumbamos en la cama y nos dormimos casi al instante.

13

Ya he contado que el yonqui cuando está totalmente enganchado deja de tener problemas y que más bien solo tiene un puto problema: ponerse. Todos los demás problemas desaparecen como por arte de magia. No prestan atención a nada más. Por eso apenas comen y no se relacionan con nadie, ni siquiera con su familia. Tampoco necesitan ser amigos de nadie porque nadie es amigo de ellos. La soledad les importa un huevo, porque cuando el caballo entra por las venas ingresan en el parque temático de Yonquilandia, donde nada importa, donde nada existe, salvo esa tierra prometida a la que, por el contrario, cada vez cuesta más llegar y hay que ponerse más dosis. Los problemas son muchos. Hace falta bastante pasta para alimentar al mono. Pero a veces, incluso teniendo pasta, la heroína escasea, o la han cortado con toda clase de mierdas y no pone tanto, y hay que comprar más, y eso si no la adulteran de tal forma que de un mal viaje te vas para el otro barrio y ahí sí que se acaban todos los problemas, incluso el de ponerse. El otro barrio está lleno de yonquis que tuvieron un mal viaje, de yonquis que murieron en tiroteos con la Policía o a navajazos con otros yonquis. Fue la pandemia de los ochenta. Y estos desgraciados del Nico, el Polaco y el Tiri no se han enterado. El Nico es hijo de quienes es hijo, el Chule y la Marga, una pareja que nunca debió tener hijos. No fue un embarazo buscado. Fue el error de un polvo rápido en un vis a vis en el trullo.

El Polaco es hijo de la Extremeña, una puta de descampado que murió atropellada por una hormigonera mientras dormía borracha en el camino que llevaba a las minas de sepiolita, que estaban entre lo que hoy es la M-40 y la R-3, y de padre desconocido. La Extremeña tuvo un chulo un par de años al que le gustaban los niños. El Polaco fue un caramelito para él. Lo violó sistemáticamente durante ese tiempo y la Extremeña, enamorada del chulo, no quiso darse cuenta. La pesadilla del Polaco terminó cuando el chulo apareció cosido a navajazos una mañana en la avenida de Guadalajara, en San Blas, pero el daño ya estaba hecho

y el Polaco ha tenido problemas con la ley por hacerle a niños lo mismo que el chulo le hacía a él.

El Tiri es el mayor de seis hermanos de un matrimonio procedente de Andalucía. Ella murió en el parto del sexto hijo porque tenía varices en el útero. El médico le había dicho que si paría una vez más moriría de una hemorragia, como así fue. Pero ella era creyente, y prefirió aceptar el consejo del cura párroco psicópata que le dijo que no hiciera caso al médico, que Dios proveería. Dios no proveyó ni el ataúd. El padre trabajó hasta los cuarenta en una fundición. Tuvo que jubilarse por enfermedad, ya que contrajo silicosis y alguna otra enfermedad respiratoria crónica, convirtiéndose en uno de los principales cierrabares del barrio. Actualmente está ingresado en el Ramón y Cajal en estado terminal. El resto de hermanos del Tiri andan por la calle.

Los tres tarados están cada uno en una punta del banco. Han vuelto a discutir, aunque sin llegar a las manos por mediación del Tiri, que en ese aspecto de pelearse parece el más sensato. Nunca lo hubiese pensado. Aunque cuando digo sensato no me refiero a la sensatez tal y como define el término cualquier diccionario, no. Es una sensatez que hay que entrecomillar bastante.

La verdad es que da pena verlos con sus ropas sucias, sus mascarillas traperas y sus cuerpos esquilmados por la heroína. Yo creo que el que más ¿llegará a pesar cincuenta kilos? El Polaco habla solo y se rasca el pecho, la cara y los brazos. El Tiri fuma y se rasca la espalda con el cañón de la pipa. El Nico abre una lámina de la cortina mínimamente y observa el panorama aterrador que le espera fuera. Parece ser el único al que le importa lo que pueda pasar.

He hablado con Errejón. El tipo me ha dicho que prepare al rehén y que traía pizzas, las bebidas e incluso el puñetero altavoz uesebé. Pero he tenido que decirle lo de las dos bolsas de deporte que solicita el Nico.

—¿Dos bolsas de deporte? ¿Ahora? Oiga, saque al rehén ahora mismo. Lo más importante de esto es salvar vidas, aunque sea una, de momento. Las cosas tienen que pedirlas al mismo tiempo. No pueden pedir esto y cuando lo conseguimos pedir otra cosa diferente —me había dicho Errejón.

—Ya, si yo le entiendo, pero está tratando con yonquis, qué quiere que le diga.

Ahí a punto estuve de llevarme otro golpe. Menos mal que el Nico se limitó solo a amenazarme con el cañón de su pipa.

—Vamos a hacer lo del rehén y después busco esas dos bolsas. Dígaselo a los atracadores.

—Negativo. —Y ahí me reí porque siempre quise emplear esa palabra que tanto decían los maderos en las pelis americanas y nunca había tenido la oportunidad. Peliculero que es uno. Peliculero y borracho, claro, porque a esas alturas casi había terminado con tres cuartos de la botella de whisky.

—¿Qué coño está diciendo de negativo? Oiga, mire…

—No, mire usted, no los cabree. Ya está hablado con ellos y lo quieren así. A la vuelta de la esquina en la calle Troya hay un chino. Vaya y compre dos bolsas, de las que llevan una cinta para colgar. Tampoco tienen que ser Nike ni Adidas de las que venden en el Decathlon.

Al final convencí al Errejón y el teléfono volvió a sonar cinco minutos después. Volví a hablar con él. Me dijo cómo tenía que hacerlo y colgamos. Después de eso, hablo brevemente con el Nico y le digo que traen las movidas y que suelto al rehén.

—¿Te ha dicho algo de las motos?

—No, de eso no. Supongo que lo estarán gestionando y además creo que hasta que no soltemos al rehén no va a haber motos. Y eso si no te piden luego que sueltes algunos más.

El Nico me dice que venga, que al lío. Y yo me voy hacia donde están los rehenes y le digo al abuelo que recoja sus cosas. El tipo no tiene sangre en las venas porque ni siquiera pregunta. Coge sus cosas y me sigue. Solo la mujer gritona empieza a protestar.

—Oiga usted, ¿y los demás qué?

La ignoro y cuando me llevo al viejo grita todavía más.

—¡Eh, borracho! ¡A mí no me ignore!

El Nico se da cuenta y no puedo pararlo. Avanza hacia ella, la coge del cuello y le empieza a dar hostias con la mano abierta en la cara mientras grita cosas como «puñetera zorra», «puta de mierda» o «zorra malparida». Su léxico, en este sentido, es rico. Los demás rehenes se separan en un primer momento de lo que se ha convertido en un ring improvisado. Después, la otra mujer grita y llora mientras los hombres le dicen al Nico que pare. Uno de ellos, un tipo calvo que debe de pesar el doble que el Nico, se atreve a cogerlo por detrás, pero el yonqui se revuelve, saca la pipa de entre el pantalón y la tripa y le da un fuerte golpe en la cabeza. El tipo se desmaya, pero al menos la mujer, que a esas alturas tiene la cara colorada como una hamburguesa chorreante de sangre, descansa.

El Nico está como ido, así que ahora soy yo, Zip, defensor de los

pobres, quien lo agarra por los hombros y le habla.

—Eh, tronco, descansa, relájate. Lo tenéis todo controlado. No lo eches a perder.

No espero nada más que otro golpe para acompañar al calvo en su desfallecimiento, pero no me lo da. Me quita las manos de sus hombros golpeándome los brazos.

—¡Saca al hijoputa ese y tráete las cosas! ¡Me cago en Dios!

—¡Tranqui, hermano! —dice el Tiri.

—¡Déjame, hostias!

Entre todos han tumbado al calvo sobre una mesa larga y le han puesto una chaqueta de almohada. El Bartolo pregunta si puede curar a la piba, que sigue llorando a gritos, y que si puede ir al botiquín, que está en el servicio. El Nico levanta el brazo haciendo una señal que es interpretada como un permiso tácito.

El viejo, que sigue sin inmutarse, empieza a caminar delante de mí. Hay que ver la sangre fría que tiene el hijoputa. Lleva pantalones de tergal oscuros, zapatos castellanos negros, jersey de pico gris con las solapas de una camisa blanca asomando y una gabardina de color gris muy pálido de otra época. Cuatro pelos blancos sedosos y desordenados pegados al cuero cabelludo y unas gafas de concha de miope completan una fisonomía de piel agrietada y con manchas de esas que les salen a los viejos, de esas que yo empiezo ya a tener en algunas partes de mi cuerpo. Hay que joderse.

Abro la puerta del banco y salimos. Sigue lloviendo. Ahora se escucha algún trueno después de algún relámpago. Los maderos llevan impermeables largos. El viejo sigue andando. Ni siquiera se despide. Es recibido por los maderos, y el personal sanitario lo lleva hasta una furgoneta del SUMMA. Los maderos ahí, apuntando hacia la puerta del banco, el día lluvioso y gris y los edificios viejos de ladrillo componen una fotografía de otra década. Joder, qué puto surrealismo. Me agacho y recojo tres bultos grandes donde supongo que irán la priva y la zampa y agarro también las dos bolsas de deporte que van en un saco de plástico y otra bolsa con el puto altavoz. Me doy la vuelta y vuelvo a entrar al banco.

—¿Está todo? —pregunta el Nico.

—Las bolsas de deporte son estas.

El Nico las examina y comprueba que están vacías. Abre todas las cremalleras y busca algo palpándolas por todos lados, supongo que quiere descartar que hayan metido un dispositivo para seguirlos, yo qué sé, hasta que se convence de que solo son eso, dos

bolsas con la correa para colgar, como las que ha pedido.

—Reparte la zampa, abuelo.

Bueno, pues todo en orden. Vuelvo a ser el abuelo y maldita la gracia que me hace. Todavía no es la hora del almuerzo, pero la mayoría de los rehenes y los empleados, que también lo son, se lanzan a comer pizza como si no hubiera un mañana. Yo agarro un trozo pequeño para tomar de aperitivo con una birra. Los tarados no comen. El Tiri ha cogido tres botellas de agua y las ha repartido entre los suyos. Termino mi bocado y enciendo un cigarro después de trincarme media birra de un trago. Han traído Mahous verdes los cabrones. Mira que se lo dije. ¿Por qué existirá la Mahou verde con lo rica que está la roja? Es que no puedo entenderlo, joder.

El Tiri ha enchufado el altavoz y le ha pinchado un *pendrive*. No, no suenan Pink Floyd o The Doors. Suena un jodido hip hop que canta un niñato en un tono que es una mezcla de tipo pasado de rosca y la voz del difunto payaso Fofó: «*Déjame que te cuente la historia de Paco el Flaco. Un tipo que tiene un atracón y está loco del caco. A los 15 años probó el alcohol y el tabaco. Robó una moto de 50 e hizo su primer atraco*». Muy apropiado. Jodidamente apropiado.

El tipo calvo sigue tumbado donde lo dejaron y la mujer herida solloza en una silla con la cara roja de sangre y Betadine. El Bartolo le ha puesto unas tiritas en las pequeñas heridas que el Nico debe de haberle causado con los anillos que lleva. No es muy inteligente ponerte a hacer exigencias y a tocar los huevos en un atraco a mano armada en el que tú eres un puto rehén de mierda. La pobre se ve que no tiene muchas luces. O que no entiende lo que le está pasando, con lo fácil que es. Puede que sea una negacionista de los atracos. Últimamente estoy viendo que el miedo produce todo tipo de negacionismos. Bueno, el miedo y la estupidez en un determinado grado de conjunción. Qué moco llevo más guapo.

Las pizzas desaparecen. Todos parecen un poco más felices. Solo un poco. El Nico ha repartido el dinero en las tres bolsas. Mientras apuraba el cigarro he escuchado cómo les decía al Tiri y al Polaco, que mueven sus cabezas al ritmo de la música, que cuando traigan las motos cada uno se va por su lado, por si todavía no lo tenían claro. Cada uno se ha llevado su bolsa a su rincón con cara de perritos abandonados. El Nico no para quieto. El Polaco se sienta sobre una mesa. Ha tirado todos los papeles y el material de oficina al suelo. El Tiri está sentado en una silla con ruedas y se impulsa constantemente hacia un lado y a otro, como el puto crío que es.

—Oiga, señor Zip… —Es el Bartolo. Me pilla desprevenido.
—¿Qué pasa?
—Es Pedro. —Señala al calvo. Es uno de los empleados.
Miro al tipo, que no se ha movido desde que lo colocaron ahí.
—Es que…, es que…
—Es que qué, Bartolo, coño, qué hostias pasa.
—Es que…, a ver, yo no soy médico, pero creo que no respira.
—¡No me jodas!

14

El penal de Carabanchel era una cárcel, pero también era un símbolo de resistencia franquista que había albergado a políticos y sindicalistas contrarios al régimen. Aparte de los presos comunes, el recinto penitenciario alojaba a presos de ETA, FRAP y GRAPO. No hacía mucho que habían descubierto un túnel excavado por presos de ETA militar y grupos autónomos, frustrando una fuga más de las que estos internos intentaban hacer constantemente. Tampoco hacía tanto de la tortura hasta la muerte de un anarquista llamado Agustín Rueda, que se negó a declarar acerca de un túnel excavado por unos compañeros. Las historias tristes acumuladas a lo largo de los años constituían una lista demasiado larga como para ser olvidada. Carabanchel era una estructura de hormigón y ladrillo visto en forma de base cilíndrica con ocho brazos en los que se ubicaban pabellones y galerías.

Tuve que identificarme y decir a lo que venía en varios sitios diferentes, superar varios niveles de seguridad e incluso permitir que me registraran antes de sentarme frente a un cristal de esos que yo solo había visto en las películas, con el típico intercomunicador para hablar con el preso al que venías a ver. Yo había pensado en que «los contactos de Martínez» serían lo suficientemente poderosos como para poder charlar con el Chule cara a cara, sentados a una mesa o algo así. Me equivocaba.

Al Chule lo trajeron un par de guardias y lo sentaron frente a mí. El tipo que vi, poco o nada se parecía al de las fotos que se habían publicado en los periódicos o al que yo recordaba en distintas etapas de su vida. Tenía la piel pálida, como apergaminada, la mirada apagada, ojeras y toda la pinta que se adquiere cuando la derrota viene a visitarte, pero para quedarse.

El Chule me miró, achinó un poco los ojos y luego miró hacia el suelo con indiferencia. Yo me presenté, le dije quién era y lo que quería. Fue como hablarle a la pared. Estuve intentando comunicarme con él con el mismo éxito que un vendedor de crecepelo en un concierto de un grupo heavy metal. Era frustrante

hablarle a un nota que te hacía el mismo caso que una pared. Hasta que pronuncié el nombre de Marga. Entonces volvió la cabeza hacia mí, despacio, con una mirada dura que parecía incluso poder taladrar esa especie de telilla que le cubría aquellos ojos de esclerótica amarillenta.

—¿Cómo está? —preguntó.

Y yo pensé que a lo mejor no era el momento de decirle que estaba enganchada al caballo con un cuelgue de la hostia.

—Está bien.

—¡Mientes, pingo!

Parecía mentira que un tipo en las lamentables condiciones en las que se encontraba el Chule pudiera acojonarte con la pronunciación de dos palabras y esa mirada de animal salvaje, pero acojonaba.

—Me mientes porque me ves así, con estas pintas y enfermo. Pero no te confíes, porque mi menda todavía no está muerto ni acabado. Hace falta mucho más que toda esta mierda para acabar conmigo.

No supe qué decirle. Ahora no miraba al suelo. Me miraba a mí. Y podía sentir los tentáculos de esa mirada a través de ese cristal que debía de tener un grosor bastante majo.

—Vale, no está bien. Está enganchada y jodida.

—¿La has visto? ¿Has estao con ella? No te la habrás follao, hijoputa, porque ¡es que te arranco la cabeza!

Se levantó y mientras lo decía hizo aspavientos con las manos, así que vinieron los guardias y le dijeron que o se calmaba o se terminaba la visita. Y yo, como el cabrón que era le hice una propuesta. Yo le hablaría de Marga a cambio de que él me respondiera a las preguntas que yo quería hacerle.

—Pero no te la has follao, ¿verdad?

Le dije que no, que mi interés era solo periodístico, lo mismo que con él. Yo no me la había follado, pero él sabía que si no era yo sería cualquier otro en cuanto a la Marga le vinieran las prisas por ponerse un chute y no tuviera otro recurso.

—¿Cómo está, dime? Tiene dinero en casa como pa no preocuparse de na. ¿Te ha contao algo?

Pensé en decirle que yo de eso no sabía nada. Pensé en que ya se encargaría la piba de decirle que la pasta había desaparecido. Pero, por otro lado, también pensé que debería saberlo, por si él podía hacer algo desde dentro. Así que le dije lo que me había dicho la Marga, que la pasta había desaparecido.

—¡Joooodeeeeeeerrrrr! ¡Los voy a matar! ¡Juro que los voy a matar, por mis muertos!

Los guardias vinieron, lo redujeron y se lo llevaron agarrándolo cada uno de un brazo. Y yo me quedé allí con cara de gilipollas. Sin saber por qué coño le había dicho nada. Sin saber por qué no me limitaba a hacer mi curro sin entrar en movidas personales, saltándome todos los preceptos de primero de Periodismo. Antes de abandonar la prisión, uno de los guardias me dio una hoja de libreta doblada por la mitad. Me dijo que era del Chule, para mí.

Ya en el barrio, tomándome una birra en el bar Soria, estuve pensando, mientras jugaba con un par de palillos, que había sido el Chule quien me había hipnotizado con esa mirada, con sus expresiones y su forma de hablar. Y me dije que o tenía cuidado o el nota me manipularía. Me prometí que no dejaría que pasara eso. No más promesas rotas. Me comí el menú del día: lentejas de primero y pechuga Villaroy de segundo. Iba a pedir una copa, pero pensé en la botella de White Label que tenía por casa y decidí marcharme.

Estaba pagando en la barra cuando entró una piba con un bebé en los brazos. Estaba cambiada, pero era la Pili. Se escapó de casa hacía una década. Los dueños del Soria se quedaron mirando a su hija como si estuvieran viendo una aparición. La vieja se echó a llorar. El viejo se acercó a su hija.

—¿Es mi nieta?

—Sí, papá.

No pidieron ninguna explicación. Los dos besaron a la hija y a la nieta. Y Antonio le dijo a María que acompañara a la Pili a casa. A su casa. Una historia triste que después acabaría bien, con la Pili regentando el hostal, pero entonces yo estaba lejos de saberlo. Una historia triste que aún podría haberse torcido un poco más. En el barrio, las cosas solían torcerse más, aun cuando pareciera que no podrían ir peor. Afortunada y milagrosamente, en este caso no pasó.

En el hostal saludé a mis tíos. Ella me recriminó que comiera por ahí siempre pudiendo hacerlo en casa, pero yo no tenía horarios y prefería ir a mi bola y no molestar, aunque ella siempre me guardaba un plato que acababa en el frigorífico o en la basura. Seguía lloviendo y yo no era un tipo de llevar paraguas. Así que, ya en mi habitación, me quité la chupa y la dejé en el respaldo de una silla. Me serví un buen lingotazo de la botella de White Label en una de esas jarras de propaganda de Nescafé, a falta de vaso ancho y de estúpidos escrúpulos. El cielo era gris, la lluvia era gris, mi

vida era gris. El whisky hacía que algo, no sabía muy bien qué, ardiera en mi interior, y eso apaciguaba un poco mi pesimismo crónico. La imagen de los funcionarios llevándose al Chule mientras el nota gritaba y pataleaba flotaba por mi cabeza como un barco a la deriva, un barco que sin embargo resistía los embates de las olas, del viento y de unas dosis de desdicha difíciles de calibrar.

Encendí un cigarro, vacié el vaso de whisky con la confianza que da ver que la botella no está vacía y volví a leer la nota del Chule: «Cuida de ella».

Muy desesperado tenía que estar para confiar el cuidado de su novia a un desconocido. Yo, que era incapaz de cuidar de mí mismo, ¿tenía que cuidar de una yonqui? Pero ¿es que estábamos locos?

Aquel mismo día me enteré de algunas cosas, como por ejemplo de que la Cari y la Marga eran algo más que simples conocidas. La rubia me había mentido o no me había dicho del todo la verdad. Tampoco tenía por qué hacerlo. Yo solo era un tío que me había acostado con ella algunas veces.

Estaba terminando la crónica del día para llevarla al periódico cuando un escándalo de cojones de sirenas de Policía rompió el relativo silencio de mi habitación. No me sorprendió, eran cosas normales. Por el contrario, no eran normales los timbrazos que empezaron a taladrar mis tímpanos, que sonaban con una cadencia irregular, histriónica. Joder, mis tíos debían de estar acostados. Cuando salí, mi tía ya había abierto la puerta y hablaba con ellas.

—¿Son amigas tuyas? —me preguntó con esa tristeza indeleble en su mirada, la que yo le provocaba con mis derrotas.

—Sí —dije al reconocer las voces de la Marga y de la Cari.

Abrí la puerta de mi habitación y la Marga y la Cari entraron como si yo fuera un torero y las citara a puerta gayola.

—¡Cierra! ¡Cierra la puerta, tronco! —gritaba la Marga.

—¡Vamos, vamos, vamos, vamos, tío! ¡Chapa la puerta! —gritó la Cari.

La Marga se tiró en la cama. Después se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación como si fuera una leona a la que acabaran de meter en una jaula. La Cari se asomaba por la ventana y miraba la calle de refilón, como si se guardara de albures que amenazaran su vida ahí mismo, en esos momentos desconcertantes para mí y peligrosos para ellas. Resultaba que las muy cabronas habían atracado una gasolinera. Después de encargar el robo de un coche al Niñato, un chavalillo del barrio, se habían presentado en la gasolinera de Vicálvaro y se habían llevado unas cincuenta mil

pesetas a punta de pistola justo cuando un coche de los maderos llegaba para repostar. Total, que habían huido y los maderos se habían lanzado detrás, y las pibas y el Niñato se habían topado con una barrera de coches zeta apostados en el cruce de la carretera de Vicálvaro con la calle Ilíada. Al Niñato lo habían cogido y ellas habían llegado esquivando maderos y curiosos hasta el hostal. Previamente habían dado el palo en el estanco y en la farmacia de la parcela F en San Blas. En aquellos tiempos las farmacias estaban llenas de drogas. No era la primera vez que se hacían con el paquete estanco-farmacia-gasolinera.

—¡Tienes que escondernos! —dijo la Cari—. ¡Han cogido al Niñato y le van a dar hostias hasta en el cielo de la boca!

—¡Que lo mismo no habla, que el nota es de ley! Pero si habla estamos jodidas.

Yo estaba flipando porque, aunque no había sido ni era trigo limpio, no estaba acostumbrado a movidas de atracos de yonquis de los huevos. Y menos a que se presentaran en mi casa con todo el monazo, porque lo tenían, y pusieran mi vida miserable patas arriba en cinco segundos.

—Pero ¿a vosotras qué coño os pasa? ¿Estáis chaladas y creéis que yo también lo estoy o es que creéis que estoy chalado y que por eso tengo que abrir la puerta a dos locas del coño chaladas?

Me salió así, en plan Tarantino, aunque antes de que Tarantino hubiera dirigido una película. Pero en ese momento hablaba en serio. Dos yonquis chaladas o dos chaladas que por eso eran yonquis (o a lo mejor era que vivíamos en un barrio de chalados y por eso estábamos todos mal de la cabeza) habían entrado en mi jodida habitación como el séptimo de caballería, haciendo flipar a mi tía y a mí, que esto último era lo de menos.

—Tío, joder —dijo la Cari.

—Tienes que ir a pillarnos caballo, tío, nosotras no podemos salir ahí fuera —dijo la Marga.

—¿Qué? ¡Me cago en mi puta vida! ¡Ya lo que me faltaba! ¿No podéis meteros algo de lo que habéis mangado en la farmacia?

—Claro, tronco, pero eso solo va a hacer que el mono sea más suave, pero para quitárnoslo necesitamos caballo, ¡joder! Venga, qué coño te cuesta, tío —dijo la Cari, poniendo la misma cara de uno de esos pollitos que vendían antes a veces por la calle cuando un niño se acercaba a verlo, esa cara de «llévame a casa».

Miré a la Cari, después a la Marga y automáticamente se me vinieron a la cabeza las palabras del Chule, «Cuida de ella», que al

parecer tenían más magnetismo del que yo había pensado. ¿Se refería el Chule a esto? ¿Que la acogiera en mi casa cuando diera un palo? ¿Que le pillara caballo cuando a ella no le viniera bien ir a buscar al camello?

La Marga puso un fajo de billetes sobre la mesa. Había unas cincuenta mil pesetas.

—Venga, tírate el rollo, acércate al camello donde me llevaste aquella noche, ¿te acuerdas? El nota vive en el segundo, llamas por el telefonillo a la puerta D y le dices que vas de parte de la Marga. El pavo se llama Fredi. Dos gramos, tío, y te pillas una botella de White Label —dijo señalando la botella vacía que había sobre la mesa.

Les di la charla, les expuse mis quejas, les dije que estaba trabajando, que tenía que pasar por la redacción a dejar el artículo, que…

—Tenemos el mono —dijo la Cari, ya sin esconder que era una jodida adicta—. Lo que cuentas, al lado de esto, es una montaña de basura. Así que, si me aprecias, si me quieres solo un poquito, colega, coge los talegos y vete a pillarnos caballo. Y ya luego haces lo que tengas que hacer.

—¡Joooooder…! Vaaale —dije—. Le pido dos gramos de caballo, ¿no?

—Con que le digas dos gramos vale, tronco, el Fredi no vende otra cosa.

El Fredi me abrió sin darme tiempo a decirle que venía de parte de la Marga. Al llegar al segundo había una puerta abierta, la correspondiente a la puerta D. Decir que el piso estaba sucio era perpetrar un eufemismo de la hostia. Olía a tabaco y a animal muerto. El Fredi era un tipo delgado, con melenas color castaño y con un careto que contenía toda la picaresca de las novelas de Cervantes, Quevedo, Mateo Alemán y todos los demás juntos. Yo lo conocía del barrio, aunque lo de Fredi era nuevo para mí. Supongo que él me identificó también como un tío del barrio porque me había visto por ahí.

—Tú eres nuevo —dijo.

—Vengo de parte de la Marga. ¿Sabes quién te digo?

—Claro, la Marga. Dos gramos que no te vas a poner tú, que son pa la Marga porque tú te estás quitando, ¿no?

—Oye, me la suda lo que creas. ¿Me puedes vender dos gramos?

—Claro, colega. Dos gramos de mi mejor caballo para la Marga.

Dale recuerdos. Tú solo te pones de vez en cuando y lo tienes controlao, ¿no?

—Gilipollas.

Antes de subir para mi keli me compré mi White Label por el recado. Y fue abrir la puerta de la habitación y las pibas se tiraron como locas a por la jodida papelina. Ya tenían todo preparado. Se chutaron y se quedaron flipando, tiempo que yo aproveché para terminar el artículo. Lo llevé a la redacción y Peláez dio el visto bueno.

—Por cierto, mañana tienes que ir otra vez a ver a ese chorizo. Martínez ha conseguido otro pase.

—Vale.

—Ah, y ten un poquito de tacto. Martínez recibió una queja de tu anterior visita. Al parecer, el chorizo ese se puso muy nervioso. No queremos que dejen de darnos ese pase para que lo sigas viendo.

—Es que me preguntó por su novia. Y le dije que…

—A eso me refiero. No le cuentes cosas que le pongan nervioso.

Otro gilipollas, qué mundo. Cené un bocata de caballa con pimientos en el bar Soria y me bebí tres vinos. Me acordé de las pibas y me llevé dos bocadillos de tortilla. Ya en la habitación, volví a colgar la chupa empapada sobre el respaldo de la silla. Ir en moto lloviendo era un coñazo.

Las pibas estaban durmiendo con pinta de haberse metido otro chute. Las cabronas parecían unas tías de esas que nunca habían roto un plato, pero estas dejaban a las mujeres fatales de las pelis de Bogart a la altura del betún. Se las veía felices, con sus respiraciones fuertes, sin que las persiguieran maderos enfadados o sin que les cogiera el mono. Abrí el whisky y me serví un lingotazo en la jarra de Nescafé. Encendí un pitillo y me puse a mirar por la ventana como el jodido yonqui de mirar por las ventanas que era, pensando en la nueva entrevista del día siguiente. En si el Chule me daría algo o en si se lo tendría que sacar con toda la paciencia del mundo; en si volvería a ponerse histérico o en si podríamos entendernos como dos seres racionales; en si le tendría que contar la verdad o mentirle cuando me preguntara por la Marga.

—¿Te apetece follarme? —escuché detrás de mí. La Cari estaba fumando, desnuda de cintura para arriba, con un escaso reguero de sangre seca impregnado en su brazo, justo en la zona en la que se había chutado.

—Claro —le dije, mirándole las tetas. ¿Qué coño nos pasará a los tíos con las tetas de las tías?

Fuera sutilidades. Pillé la botella y el tabaco y nos fuimos a una habitación vacía. Imaginé a mis tíos en la cama. Él roncando. Y mi tía pensando en el hijo que le habría gustado tener y que sin embargo me tenía a mí. Yo era ese hijo, me habían tratado como tal, pero yo les había salido rana. Y para eso ya no había remedio. Dejé de pensar en cuanto la Cari se quitó las bragas. Mañana sería otro puñetero día.

15

Durante aquellos años, no dejaste de meterte en problemas. Debido a una pelea, arrastrabas una lesión de hombro, así que finalmente decidieron operarte en el Hospital General Penitenciario de Madrid. Allí te encontraste con otro colega del barrio del que yo también sabía de oídas, el Peri. Lo habían trasladado al hospital desde el módulo siete de aislamiento de Alcalá Meco. Se habían ensañado con él. Le habían dado palizas, pero también lo habían torturado psíquicamente escupiéndole y meándole en las comidas o amenazándolo con clavarle una jeringuilla teóricamente infectada con sida. Estaba hecho un cristo. Si bien había avisado a otros presos de su situación, nadie hizo nada. Algunos intentaron denunciar, pero eso no valía para mucho. Las denuncias desaparecían convenientemente.

Demasiado bien sabías que en las cárceles la violencia campaba a sus anchas. Lo del Peri te hizo recordar la vez que un preso casi mata a otro en la celda en el módulo de ingresos a los dos días de llegar allí. Le dio tal paliza que casi la palma en el hospital. A ti y a un compañero os hicieron limpiar la celda. El suelo estaba lleno de sangre. Os tocó recoger unos cuantos dientes y una muela. A los dos días, otro preso marroquí roció la cara de un funcionario con lejía cuando el tipo iba repartiendo los desayunos. En otra ocasión, un chaval que era preventivo, que acababa de llegar, fue apuñalado en su celda por cuatro presos que robaron las llaves al vigilante. Al parecer había tenido una discusión tonta con uno de ellos. Era típico que la gente muriera asesinada. Como aquella vez que un preso murió de las puñaladas que le dio otro recluso por haberle quitado la toalla. Y así, un día detrás de otro.

Cuando volviste a la prisión de Daroca, que era donde estabas recluido por entonces, hablaste con el Coca, un tipo que también era del barrio y que conocía al Peri. Le contaste la movida y los dos estuvisteis de acuerdo en hacer algo para intentar que sacaran del siete de Alcalá Meco a vuestro colega. Así que el día fijado, el Coca y el Comerratas, por lo visto el tipo con el mote más literal del trullo,

bajaron a la garita de seguridad a instancias tuyas para pedir unos cepillos, algo habitual para los que les tocaba turno de limpieza. Cuando les abrieron, redujeron a los dos carceleros y los subieron a las duchas para reunirse contigo, que habías reducido a otro. Allí esperasteis a que vinieran los sanitarios, que resultaron ser dos pibas, una de ellas enfermera y la otra médica. Les explicaste que no tenían nada que temer si hacían todo lo que les dijerais. Después corriste a abrir a todos los presos del módulo, dándoles instrucciones de que taparan las ventanas de los chabolos con papel de periódico y colchones. Al cabo de unos minutos, la dirección ya sabía lo que pasaba y cortó la luz. Avisaron para que soltarais a los rehenes. Dijisteis que los soltaríais solo cuando sacaran al Peri del siete de Alcalá Meco y a otros dos presos encerrados en el régimen especial de Herrera de la Mancha, que eran colegas del Coca. Tú, que como yo eras un buen abogado de pleitos pobres, entregaste una lista de reivindicaciones. Entre ellas estaba el cese de malos tratos a los presos en las cárceles españolas, la liberación de los enfermos terminales, la ampliación de derechos de los presos y un régimen más abierto. Lo de siempre. Algo que los que mandaban ignoraban recurrentemente, como si fuera algo molesto, algo imposible de realizar.

Finalmente se presentaron allí para negociar un inspector de la Dirección General y un secretario. Conseguisteis que la noticia saliera por Radio Nacional y eso hizo que sacaran al Peri del siete. Aquello fue un triunfo, aunque no hicieran caso de nada de lo que se pedía en la lista. El motín terminó con varios heridos entre presos, boquis y picolos, aunque los funcionarios heridos, obviamente, siempre eran menos que los presos.

Un año después, te trasladaron al módulo dos por buen comportamiento. Pero lo del buen comportamiento duraría poco. ETA mató en aquellos días a un carcelero de Basauri como represalia por el trato que recibían los etarras en las cárceles. Los funcionarios de prisiones decidieron mayoritariamente ir a la huelga. Eso os afectaba a los presos. No habría patio, duchas ni comunicaciones.

El Coca fue a verte y te dijo que se iban al tejado, que de los que en ese momento estaban bajando al patio todos estaban de acuerdo.

—Esto es una puta mierda, colega, cada vez peor todo, porque, a ver, ¿qué coño tenemos que ver nosotros con que esos jodidos etarras se hayan llevado por delante a un boqueras? Ahora se ponen de huelga y a pringar los de siempre —te dijo.

—Nosotros, tronco —contestaste, asintiendo tácitamente a lo de subir al tejado. La huelga iba a empezar al día siguiente y no había tiempo que perder—. Cuando empiece la movida subimos a abrir las celdas de todo cristo.

Todos los demás presos se sumaron a la idea y empezó el motín. Uno a uno, y desde el patio, os fuisteis encaramando al tejado ante las miradas anonadadas de carceleros esquiroles y picoletos que cuando quisieron reaccionar ya era tarde. Los módulos se dividían en dos galerías que tenían ventanas para facilitar la luz a los pasillos. Un grupo de presos armados con cuchillos y hierros rompieron una de las ventanas, forzaron las puertas de las celdas y los presos liberados se unieron al motín. Los de los módulos uno, tres y cuatro fueron también liberados y la mayoría se sumaron a la revuelta. Después de una hora, la prisión ofrecía un aspecto dantesco. Unos cien presos iban armados de cuchillos y hierros, de módulo en módulo, entre columnas de humo de los colchones, que ardían como teas, mientras los picoletos esperaban armados con fusiles para intervenir. La noticia corrió por otras prisiones a través de los medios de comunicación. El Puerto de Santa María, Nanclares de Oca, Cáceres 2, Alcalá Meco y Foncalent se unieron a la revuelta. La opinión pública y, por tanto, el Gobierno tomaron conciencia de la gravedad de lo que estaba pasando y no se cortaron a la hora de repeler los motines. Armados con sus cetmes y sus fusiles de pelotas de goma, los picolos entraron finalmente a saco. Tú, el Coca y un grupo de presos os refugiasteis en los tejados, y os protegisteis de las bolas de goma tumbados en posición horizontal, arropados con colchones. Os protegíais, pero también atacabais a los guardias con objetos contundentes, hierros y las propias pelotas de goma. Al Coca le dieron con una en la cara y casi no podía respirar.

—¡No disparéis más, no disparéis…! —dijiste.

—¿Qué queréis? —preguntó el sargento de los picoletos después de ordenar el alto el fuego.

—Hay un compañero herido. Quiero que lo vea un médico.

—Solo si bajáis todos.

Aquello estaba perdido, así que acordaste con los otros presos bajar del tejado. Primero tú, para ver cómo estaba la situación y que, si lo veías bien, tú mismo les dirías a los picolos que os rendiríais. Así lo hiciste. El motín terminó. El Coca no tenía nada grave. Os fueron hacinando en celdas del módulo tres. Los picos se portaron bien, pero los carceleros se cebaron con vosotros,

apaleando a todos los que podían. Por el momento, tú te libraste y, junto a otros diez presos, fuiste destinado al módulo cinco. La Administración decidió que los responsables del motín eran el Coca y otros dos y ordenaron su traslado a Herrera de la Mancha. Por poco, pero te libraste.

16

Yo no soy médico, pero una de las pibas, la más gritona, que, por cierto, sigue teniendo la cara como una hamburguesa de los golpes que le ha dado el psicópata del Nico, es enfermera. Y es la que ha dicho entre sollozos que el tal Pedro está muerto. El Tiri y el Polaco se han asustado más de la cuenta. Lo digo porque, total, una vez que un nota palma no se puede hacer mucho y de nada vale ponerse dramático. Lo que está hecho, hecho está. El Nico ha tenido incluso que darle dos hostias al Tiri, que era el que más gritaba. El cabrón debe de tener tropecientas canciones de hip hop en el *pendrive* porque la música, que me pone nervioso, no para. No solo ha reaccionado él ante el golpe, sino que el Polaco también se ha tranquilizado, por empatía. Debe de ser porque las hostias han sido tela de sonoras, vamos, que me han impresionado hasta a mí. Me doy cuenta de que el control que ejerce sobre ellos es verdaderamente flipante.

Un mal golpe y el nota se ha muerto. Pues nada, el Nico y sus dos colegas tarados ya tienen su primer fiambre.

He visto que la enfermera sacaba su móvil a escondidas, pero le debe de pasar lo mismo que al mío, que no funciona. Y es raro, porque tiene la batería a tope. Lo he cargado antes de bajar. Lo mismo los maderos han puesto un inhibidor de frecuencias o como se llame para que estos tarados no lo utilicen, ni idea.

Las horas van pasando y después del pifostio que se ha montado en la sucursal con lo del fiambre se ha instaurado una especie de calma chicha. Los empleados y los rehenes están en su rincón. Sus caras transmiten la desesperación de quienes se han encontrado con algo que no esperaban, con algo lejano de cuya existencia tenían noticias solo a través del cine, un atraco con rehenes. El Tiri y el Polaco parece que han asumido que les van a colgar, además del atraco, resistencia, disparos contra la autoridad y un homicidio, o asesinato, que yo nunca he tenido clara la diferencia. Están sentados cada uno en sus sitios, un par de mesas sobre las que medio dormitan. Además de la metadona, he visto que se toman

pastillas. ¿Anfetas?, ¿tranquilizantes? Deben de ser tranquilizantes, porque se quedan fritos cada dos por tres. El Nico es el más inquieto. Pasea de vez en cuando desde la silla en la que está sentado hasta una ventana. Cuando llega, separa uno de los listones de la cortina de otro, de forma casi imperceptible, y mira hacia afuera, aunque parece que mira más allá de donde están apostados los maderos, más allá de las docenas de curiosos a los que hoy les ha tocado la lotería en forma de atraco con rehenes que les está proporcionando un espectáculo atípico e inesperado, más allá de los edificios, quizás intentando ver un futuro incierto entre las paredes de una prisión. ¿Pensará en su viejo? ¿Pensará en cómo él acabó en el trullo y en cómo su hijo va a terminar por afrontar un destino idéntico? Paseos desde la silla hasta la ventana, desde la ventana hasta la silla. Por primera vez me fijo en su cara más detenidamente. Su expresión me pone los pelos de punta. Su expresión es de ausencia, de una tristeza tan profunda que si se tiene una pizca de sensibilidad duele, a pesar de asumir que es el hijo de perra que es, claro, pero una cosa no quita la otra. Se me viene a mi mente de borracho irredento el careto del Martin Gore, el guitarrista de Depeche Mode. ¡Claro! Es el mismo que tiene el Nico. Su mirada es un abismo que da vértigo. Aparto la mirada. No lo soporto.

Echo un trago de whisky. Me gustaría leer algo, pero como no sea un impreso del banco no sé yo. Echo mano al móvil, pero ya digo, no funciona. Entonces abro la aplicación de YouTube con la absurda idea de escuchar música decente, hasta que vuelvo a caer en la cuenta de que no funciona nada, ni el teléfono ni internet ni nada, ¡joder, qué puto agobio me está entrando! Mi estado de ánimo empieza a ser ruinoso, no sé qué coño me pasa. Es el alcohol y mi cerebro podrido, lo sé, pero a veces estoy tan triste como el Nico y a los dos segundos estoy espídico, tanto como los negros que le hacían los coros a la Amy Winehouse (por cierto, ¿qué habrá sido de esos tipos que además bailaban como jodidos cabrones?), para volver a pasar por la jodida tristeza antes de llegar a un estado de relajación exagerado, como si me hubiera fumado un canuto, como el puto estado de ánimo que transmitía el batería de Bill Withers cuando acompañaba al crack en «Ain't No Sunshine». Vuelvo a mirar al Nico y experimento el deseo irremediable de escuchar «Madame Butterfly», pero eso sí, en la voz de la jodida Pilar Lorengar. Joder, la obsesión que me ha dado con los putos músicos ahora y sí, ya sé, no funciona el móvil, no funciona el móvil, no funciona el móvil, no

funciona el móvil, así que de música nada. ¡Joder! Voy a tener que grabarme el puto mensaje ¿en el móvil? Supongo que para eso sí que funcionará. Sí, un mensaje, repetido tantas veces como nos mandaban copiar en el colegio cuando nos castigaban. Copiar mil veces «no hablaré más cuando esté la profesora», copiar mil veces «no pegaré más a mis compañeros», copiar mil veces «no pintaré nunca más los pupitres», la hostia, qué puta tortura. Me dolía tanto la mano cuando terminaba de escribir que a veces me duraba hasta el siguiente castigo. Claro que los castigos eran casi a diario. Eso sí, en la facultad, después, no había nadie que tomara apuntes más rápido que yo. Supongo que encima tengo que estar agradecido a las señoritas María Jesús, Mari Carmen o Mari Luz, todas tan marías, todas tan jodidamente cabronas y torturadoras de niños. Joder, qué pedo más guapo que empiezo a tener…

Aparto las paranoias y los recuerdos y, aunque mi vida nunca ha valido un pavo, me entran unas ganas absurdas de no morirme. Yo, Zip, abogado de las causas pobres, Zip, el capullo que nunca ha puesto la ramita de perejil al san Pancracio, el que nunca ha comprado un décimo de lotería, el tipejo que siempre ha pensado en la muerte como el comienzo de unas vacaciones, como una jubilación anticipada, ahora no quiere morirse. ¡Es que me descojono! Quizá solo sea, no que no me quiera morir, sino que me jode morir en el momento que eligen otros, es decir, los tarados que nos tienen aquí a la fuerza. Me pregunto que qué más me da. Pero hay algo en mi interior que no deja que piense así, que me grita que morir en un banco a tiros no es una buena forma de morir. ¿Y por qué no? Sería rápido. Me lo pregunto a mí mismo en esta especie de monólogo interior absurdo de todo a cien (qué antiguo soy, lo sé, *vintage*, dicen ahora los modernos, o *boomer*, hay que joderse), pero no me respondo. Y no porque no quiera. Es que no lo sé, joder, no sé nada.

Bueno, sí que sé algo, estos niñatos psicópatas yonquis son gilipollas. Tres motos… ¡Mira que pedir tres motos! ¡Pero en qué jodida cabeza cabe! En un atraco se pide un minibús o una furgoneta grande para huir con los rehenes. Joder, ¡es de primero de atracos, de jodido sentido común! Tres motos, ¡hostia puta! Y como sigo siendo, a pesar de intentar siempre lo contrario, ese abogado de causas pobres y estoy aquejado de ese síndrome que realmente no sé si existe, el síndrome del buen samaritano, me levanto, me enciendo un truja después de echar un trago y me dirijo hasta el Nico. No sé si por buensamaritanismo o porque me vienen

a la mente las palabras del Chule, ese «Cuida de él» que acepté tácitamente sin prever las consecuencias. El Nico me mira desde el fondo de su abismo.

—¿Podemos hablar un momento?

—Si me vas a dar la brasa, no.

—Brasa o no, creo que te conviene escucharme. Aunque estemos aquí encerrados por tu culpa, quiero ayudarte.

—¿Ayudarme?

—Sí, joder.

Sin esperar a que me dé permiso, agarro una silla y me siento frente a él.

—¿Tú has pensao bien lo de las tres motos, flipao?

—¿Qué pasa con las motos?

Pienso durante unos instantes cómo decírselo sin llamarle gilipollas de forma implícita, que de forma explícita no se lo voy a llamar por la cuenta que me trae, claro.

—Pues que si salís y os montáis en las motos, ¿qué pasa con los rehenes? Los rehenes son la moneda de cambio que tenéis para negociar con los maderos. En otras palabras, si salís y montáis en las motos os van a acribillar a tiros.

—Ya…

—…

—Lo estaba pensando, ¿sabes? A lo primero he pensado en montar una barrera de rehenes que fuera avanzando lateralmente con nosotros, despacio, y al doblar la esquina darnos la pira a toda hostia, pero creo que el plan hace aguas.

Bueno, pues mira, por lo menos el nota tenía un plan, algo más sofisticado que el plan que yo creía que tenía: ninguno.

—Estoy pensando en pedir un bus cani, de esos que llevan a los críos al cole. ¿Crees que me lo darían?

Ahora pone cara de cordero degollado, como esas caras que ponen los críos al preguntar algo, para ellos muy trascendente, a un adulto, aunque sea aquello de «¿Qué hay de merendar?». No parece que acabe de matar a un nota de un golpe.

—Cuando llame le pregunto, ¿te parece?

—Sí, díselo.

—Gustarles no les va a gustar, eso fijo. Lo mismo ya han gestionado lo de las motos. Y fijo que te piden algo a cambio.

—¿Rehenes?

—Es lo que yo haría. Estas movidas van así, yo te doy, tú me das. Es como cambiar cromos.

Ignoro si los de estas generaciones saben lo que son los cromos, pero parece que me ha entendido.

—No puedo soltar a más rehenes, joder. Ya he soltado a uno y otro se me ha muerto.

Estoy a punto de decirle que no, que no se ha muerto solo, que lo ha matado él de un golpe, que era totalmente innecesario. Pero ¿para qué añadir leña al fuego cuando no quieres que arda?

—A ver, quedan las dos tías, el otro tipo, los empleados y yo. Es más que suficiente. Si te prometen el bus, yo soltaría a alguien, te lo puedes permitir.

Lo que no le digo es que si suelta a otro jodido rehén va a tardar dos segundos en chivarles a los maderos que un atracador ha matado a un rehén. Y en ese momento los maderos entrarán a saco. El Nico mira el suelo, aunque parezca que está mirando el fondo de la Tierra. Cuando parece que da la conversación por terminada, me levanto y coloco la silla donde estaba. Me dispongo a irme hacia mi sitio, pero me llama.

—Zip, eh, Zip.

—Qué —le digo, dándome la vuelta.

Lo que me pregunta no tiene nada que ver con el atraco ni con los rehenes. Lo que me pregunta tiene que ver con algo más íntimo.

—¿Ha ido mucha peña a lo de mi viejo?

La pregunta me confirma que sabe que ha muerto y que la ceremonia, por llamar a eso de alguna manera, ha sido esta mañana. Una mañana en la que él, en vez de ir a despedir a su padre, ha decidido dar un atraco con sus amigos yonquis y revivir lo que vivió su padre muchos años atrás: el atraco que yo cubrí. ¿Será esta su forma de despedirse y homenajearlo? Lo dudo mucho, pero de ser así quizá sea la mejor despedida. Me lo creería si fuese un guion de Scorsese, Coppola o Leone en vez de la idea de un yonqui psicópata. No, demasiado original. O lo mismo lo estoy subestimando y el jodido niñato es un genio, un artista.

Primero pienso en engañarlo, en decirle que sí, que el cementerio estaba lleno, que ha ido una banda de música y que un escuadrón del Ejército ha lanzado unas salvas con cañones relucientes. Pero al final desisto, para qué, no lo va a creer y además luego puede preguntar por ahí. Al entierro de un perdedor solo van otros perdedores, y no muchos.

—La verdad es que no, tu vieja, tu tío y cuatro amigos mataos, yo entre ellos.

—Gracias.

—¿Por ir? Era mi colega, así que no hay nada que agradecer.

—Sé que era tu colega. No, las gracias son por no engañarme.

Y vuelve a mirar hacia el centro de la Tierra mientras yo doy media vuelta y me voy a mi sitio pensando. Pensando en que el niñato no es tan estúpido y que posee una cierta sensibilidad. Pensando en el barrio, en vidas destrozadas, en el asfalto que sepultó toda la sangre de unas víctimas que creyeron que el futuro estaba dentro de una sucia chuta usada y rehusada cien veces. Pensando en tipos a los que no conocía ni conocería, pero que yo reconocía como responsables de que hubieran existido guetos como el que había sido el barrio. Pensando en que por mucho que hubieran cubierto la tierra con asfalto y adoquines, en que por mucho que hubieran puesto luz eléctrica y antenas para teléfonos móviles, el Nico y sus jodidos *brothers*, como decían ahora, llevaban el gueto dentro, como lo llevaban sus viejos, como lo llevo yo.

Suena otra vez el puto teléfono.

17

El Chule seguía estando pálido y tenía la cabeza vendada de forma bastante chapucera. Llevaba una cinta mugrienta de esas que dan vueltas por la frente y por detrás de la cabeza. Le pregunté al respecto y me dijo como si nada que se había peleado con otro tío. Después me preguntó por la Marga y le dije que había estado con ella la noche anterior, con ella y su amiga Cari, aunque me ahorré los detalles del palo a la gasolinera, lo de los chutes y lo de que estaban en mi casa.

—¿Te estás follando a la Cari?

Joder, qué obsesión tenía el pavo este con mi vida sexual. Antes de que dijera nada ya se estaba descojonando, dando por hecho que yo me estaba tirando a la Cari.

—He estado dándole al tarro, ¿sabes? Y lo mismo está bien eso de que cuentes mi vida. Lo mismo hasta me ayuda a la hora de que me echen la condena. Además, pareces un buen pibe, un nota de esos con los que uno se puede desahogar, ¿te coscas?

Qué le iba a decir. Él se lo decía todo. Y a mí me convenía que largara, para poder seguir escribiendo. Era mi curro y me pagaban por ello. Poco, pero me pagaban.

El Chule me habló de la primera vez que entró en la cárcel siendo muy joven, de las sensaciones al bajar del furgón cuando le quitaron las esposas, le tomaron las huellas dactilares, le desnudaron y le dieron un uniforme viejo, pero limpio, que además le estaba grande. Me habló de recuerdos de una celda de cuatro por tres metros con las paredes blancas tatuadas de «boquis hijos de puta», «amor de madre» o «volveremos a ver la luz». Allí se encontró con algunos amigos, pero también con algunos cabrones. A uno de ellos, mayor que él, tuvo que darle una paliza para que los demás se dieran cuenta de quién era él y de cómo debían tratarle. El chaval perdió un ojo y él acabó en aislamiento. Dos meses después, uno de los amigos del tuerto decidió que el Chule tenía que pagar, así que lo citó en su celda. No acudir habría sido tomado como un acto de cobardía, así que se presentó en la celda con un colega y un pincho

escondido en el pantalón. Hablaron, pero no se entendieron, así que el Chule le dijo que resolvieran aquello allí. El otro preguntó que si a hostias o a cuchillo. Si decía que a hostias era demostrar miedo, así que allí mismo se cosieron a puñaladas, aunque ninguna resultó fatal, pero el problema se dio por zanjado. Las heridas cicatrizaron, pero la Dirección terminó por enterarse y responsabilizó al Chule de todo, por lo que los boquis empezaron a acosarlo. La situación llegó a ser insoportable, por lo que el día que lo llevaron al juzgado de menores, a la salida, se escapó con las esposas puestas antes de subir al furgón, justo después de hablar con un juez que lo miró con odio nada más verlo. Fue la primera de un largo historial de intentos de fuga frustrados, y de un par de fugas consumadas con éxito.

—Hazme un favor, ¿quieres? —dijo dando por concluido el relato.

—Si está en mi mano…

—Habla con mi abogado de oficio. Tú eres periodista, un tío listo. Quiero que intentes saber qué clase de tío es, si luchará por mí.

No me pareció mala idea hablar con el abogado. Su perspectiva podía enriquecer mi relato. Me dijo su nombre y apellidos y me instó a sonsacarle algo, a que le preguntara por la estrategia y los años que él creía que le podían caer.

—Y recuerda, tienes que cuidar de Marga. Mientras lo hagas, yo te seguiré contando. —Y me siguió contando muchas cosas en sucesivas entrevistas. Toda una historia. Una historia muy triste.

Después de comer el menú en el Soria y la siesta preceptiva, escribí el artículo y me fui a la redacción. Le entregué el artículo a Peláez, que se sintió muy satisfecho por la faceta humana que le había imprimido. Después me fui hasta mi mesa e intenté con relativo éxito poner algo de orden. Pedro, un tipo de la redacción de deportes espigado y huesudo, me saludó mientras daba vueltas a un café en una taza de papel.

—¿Cómo lo llevas, Zip?

—Cojonudamente. ¿Qué, tienes entradas para algún partido?

—Mejor que eso. A Manolo y a mí nos han invitado a una fiesta. Dicen que estará Lucas Fierro.

—Joder, Lucas Fierro —dije, pronunciando el nombre del tipo que le había disputado el título mundial de pesos pesados al campeón estadounidense dos años antes. No ganó, pero le rompió al yanqui una racha de más de veinte peleas ganadas por KO.

—Tenemos que terminar de redactar un par de notas y luego nos

vamos. ¿Te vienes?

—Claro, dadme un toque.

La fiesta era en el centro, en un ático de la calle Mayor. También se apuntaron Ana y Carmen, dos de las tres únicas pibas que trabajaban en el periódico. Pedro me presentó a Fierro y me llevé una impresión que te pasas. Estaba gordísimo, deformado, y con cara de estar un poco ido. Sin embargo, me apretó la mano y casi me la rompe. Me pedí un gin-tonic, encendí un cigarro y me asomé por la barandilla. Nunca había visto la calle Mayor desde arriba, con la Puerta del Sol a la derecha. Era bonito. Y había dejado de llover, por fin. Pedro dijo que si me apetecía una raya. Me quedé mirándolo con un careto de estos míos que la peña no sabía cómo interpretar.

—Bueno, oye, que si no quieres no pasa nada.

Y no era que no quisiera. Yo había estado enganchado a la farlopa unos años antes. Mi vida fue un infierno, hasta que me desenganché. Me prometí que nunca más, lo recordé en ese mismo momento. Y, sin embargo, acompañé a Pedro al tigre y me metí una loncha que no se la saltaba un calorro.

Tres gin-tonics más tarde, yo ya le había pillado un gramo a un nota pijo con pintas de camello, como los de las novelas de Mañas, al que le entré en la barra. Me lo metí yo solo en un par de horas o así. Poco más recuerdo, solo que desperté a las diez de la mañana. Estaba tirado entre unos setos de un parque cercano al Palacio Real. Un niño de unos diez años me miraba. Sostenía una pelota y el palo de un chupachup asomaba por su boca. La madre apareció, me miró con desprecio y se lo llevó. Yo tenía una banda con tambores y trompetas dentro de mi cabeza. Me levanté y eché la pota. Caminé hacia el metro de Ópera, pero antes me pimplé un tercio de cerveza que me recompuso. Compré tabaco y me rehíce un poco en el tigre del bareto al que entré. El espejo no daba buenas noticias sobre mi aspecto de puto crápula y allí mismo llamé pringado al tipo del espejo por haber recaído en la mierda de la farlopa.

Ya en mi habitación, en la ducha, todavía me seguía llamando gilipollas. La Cari y la Marga dormían. Me sequé y me abrí una cerveza. La Cari se despertó, se ató una goma al brazo, se preparó un chute y se lo puso. Me preguntó que si quería. Una de las cosas que había hecho bien en esta vida era no haber probado el caballo. Si no lo había probado era porque sabía que me iba a gustar y porque por aquellos tiempos ya se empezaban a ver las

consecuencias de chutarte. Y bien que hice. La Marga se puso otro chute diez minutos más tarde, cuando se despertó. La Cari estaba ya más relajada. Me encendí un pitillo y me senté en una silla. La Marga me preguntó por el Chule y yo le dije que por qué no iba a verlo. No respondió, pero puso el mismo careto que el Chule cuando yo le preguntaba que por qué no le decía a la Marga que fuera a verlo. Uno estaba en plena fase de haber dejado el caballo, es decir, hecho una piltrafa. Y la otra estaba en todo lo alto, es decir, hecha una piltrafa. Para mí que ninguno quería que el otro lo viese en un estado tan lamentable. Lo de estos dos, como el tiempo se encargaría de atestiguar, era un amor de estos peculiares, pero tan sincero como podía llegar a ser un idilio en las circunstancias que les había tocado vivir. Lo que no quitaba para que la una y el otro me preguntaran constantemente que cómo estaba el uno o la otra. Una paranoia.

Eran las doce y media. Ya no iba a ir al periódico.

—¿Necesitáis que os suba algo? —pregunté a las pibas.

—No sé… —dijo la Cari—. Algo de zampa.

—Compresas —dijo la Marga—. Y zumo de naranja, o de lo que sea.

Bajé al súper, compré las movidas y me metí en el Soria. La Pili había sustituido a su vieja, que seguramente estaría cuidando a la nieta. Me atendió ella.

—Yo te conozco —me dijo—. Claro, ya me acuerdo, tenías un nombre raro, como de…

—Como de mechero. Zip.

—Eso, Zip. ¿Cómo estás?

—Podría estar peor. ¿Y tú cómo estás? Te vi llegar el otro día con la cría.

—Sí. Bueno… La vida me ha dado unas cuantas hostias, pero supongo que también podría estar peor. Qué te pongo.

—Un tercio. ¿Servís ya menús?

—En un cuarto de hora. Si quieres esperar en una mesa…

Me senté y encendí un truja. La Pili me trajo la carta, que consistía en una hoja de tamaño folio metida en una funda de plástico con los platos apuntados a boli. Me pedí una menestra y un gallo que terminé regando con un copazo de Soberano, después de beberme media botella de vino de la casa. Así que subí para keli contento. Debería haber ido a la redacción, pero en ese estado… Se me pasó por la cabeza pasar de la siesta y pillar un gramo de farlopa en el Ven y Ven, pero no lo hice. Dormí un par de horas

después de dejar a las pibas comiendo algo y viendo la televisión.

Me levanté. Las chicas estaban despatarradas en el sofá con la tele puesta y con pintas de haberse chutado otra vez. Dos gramos no daban para tanto, ¿o sí? Tampoco es que yo fuera un experto. Escribí el artículo y fui a la redacción, pero antes pasé por el puto Ven y Ven a pillar perico. Mi fuerza de voluntad sí que no daba para tanto.

18

Como yo pensaba, al Errejón no le ha sentado nada bien el cambio. Los maderos debían de estar tan contentos con el plan. De hecho, ahora que lo pienso, lo mismo están esperando sin intentar entrar porque saben que los tres atracadores en las motos son demasiado vulnerables, así que ¿para qué arriesgarse a hacer un asalto si los atracadores van a salir montados en ellas y se les puede disparar limpiamente? Ahora, con lo del minibús, el Nico y sus colegas tienen algunas posibilidades más, no muchas, pero algunas más. Lo de las motos era un plan jodidamente descabellado. Pero un vehículo para los tres tarados en el que también van los rehenes no es tan fácil de asaltar sin poner en riesgo varias vidas, entre ellas las de los propios maderos, que ya vieron al principio de todo esto que estos niñatos psicópatas no se cortan a la hora de darle al gatillo, aunque sea con esas pistolas tan primarias que llevan. El Errejón ha aceptado traer el minibús, pero ha pedido dos rehenes a cambio y he quedado en gestionarlo con los atracadores. Ah, y por supuesto, no he dicho nada del fiambre que tenemos en el suelo con una toalla sobre la cara a modo de sudario bíblico. Espero que cuando acabe todo esto, si es que acaba bien, no me pidan cuentas o intenten endilgarme una complicidad de cualquier tipo por silenciar lo del muerto. Si así fuera, espero convencerlos de que no podía hacer otra cosa, lo cual es verdad. Una vez más, antes de coger el teléfono, el Nico se encarga de recordarme que del fiambre ni mu. Palabras exactas.

El Nico mira al suelo, una mala imitación de mármol con unas vetas un tanto cutres. En los recovecos de estas vetas no se encuentra la solución a sus problemas, pero él parece buscarla ahí y en las profundidades de la Tierra. Una vez más, su mirada intensa parece atravesar el subsuelo.

—Un rehén, un jodido y puto rehén —dice.

—Vale. No sé si el nota tragará, pero cuando llame yo se lo digo.

El Errejón ha quedado en llamar para ponerme al tanto de lo del minibús y para que le diga si van a soltar a los dos rehenes. Ya hay

dos menos, el viejo que soltaron y el tal Pedro. Cuatro rehenes y tres empleados hacen un total de siete personas encerradas en la sucursal contra su voluntad. Suficientes como para soltar a dos, pero el Nico no traga. Solo falta esperar a ver qué dicen los maderos.

El Tiri sigue flipando con la música, paseándose en la silla con ruedas alrededor del altavoz que ahora escupe una canción hiphopera sobrecogedora: «*Entre la cirrosis y la paranoia, y la sobredosis, con su tanga negro, su ojo morao, sus marcas en los brazos, sus dos crías, sus cinco embarazos. No queda nada ya de aquella mujer fría, fue vendiendo su alma al diablo a plazos*». Y yo flipo, ya bastante pedo, con mi percepción del jodido hip hop que ha ido del «Qué asco de barrila que me va a dar este» al «Coño, pues no está mal, nada mal».

A la enfermera se le está poniendo la cara como un balón porque la hinchazón va en aumento y los demás ya no hablan tanto. En parte porque quizá no tengan nada que decirse y en parte por miedo. Se les ve en los ojos. Yo también tengo miedo, pero conozco a la gente de la calaña del Nico y sus colegas, estoy más familiarizado en el trato con ellos desde que era joven. No tengo menos miedo que ellos, es solo que sé gestionarlo mejor, por decirlo de alguna manera. Además, tengo whisky y birras, que ayudan a llevar esto de una forma más relajada.

El Nico pasea, mira por la ventana, se sienta, vuelve a levantarse. Parece que se ha fabricado un caparazón invisible a su alrededor que solo ven el Polaco y el Tiri, y que por eso lo dejan en paz y prefieren hablar entre ellos a intervalos no demasiado regulares, entre parrafadas de hip hop, «bros», «locos» y «broders», esas jodidas expresiones youtuberas que a los de mi generación no nos dicen nada.

Solo me falta saber en qué coño estarán pensando los maderos, pero lo ignoro, porque de las conversaciones con el Errejón no puede deducirse nada para llegar a alguna conclusión. Porque, digo yo, los rehenes deberíamos tener algún derecho, ¿no? No sé, como los prisioneros con la convención de Ginebra o algo de eso. Deberíamos tener derecho a saber qué es lo que va a pasar: si los atracadores van a entregarse (que me da que no), si los maderos van a entrar a saco poniendo en riesgo nuestras vidas o si las negociaciones van a seguir hasta que nos muramos aquí de asco. Ya estoy otra vez pensando gilipolleces.

El timbre del teléfono interrumpe mis divagaciones de borracho.

Miro al Nico y me hace un gesto apenas perceptible, así que agarro el teléfono.

—¿Ha hablado con los atracadores de la liberación de los dos rehenes?

—Sí.

—Bueno, y qué.

—Dicen que solo uno.

Casi se puede intuir que el silencio al otro lado del auricular no presagia nada bueno.

—Pero ¿qué les pasa a esos tipos? Dígales que no están en condiciones de negociar.

—Yo creo que sí.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Que ellos tienen a los rehenes y tienen armas.

—Oiga, listillo, usted limítese a interceder entre ellos y yo.

—No, si yo, ya ve… Entonces qué, qué les digo.

—Les dice que o suelta a dos rehenes o no hay minibús.

—¿Está usted seguro?

—Intente convencerles de que, si nos entregan a dos, todavía les quedan cinco, ¿no es eso?

—Sí.

—Y que con cinco pueden negociar igual que con siete.

—Yo se lo digo, pero no le garantizo nada.

—Dígales que si suelta a dos rehenes les consigo el minibús y que todos estos gestos de buena voluntad serán tenidos en cuenta por el juez.

—Se lo digo. Otra cosa. Hace ya unas horas que comimos. Yo no tengo hambre, pero esta gente tendrá que comer.

—Por eso no hay problema.

—Y eche también un cartón de Marlboro o de Winston. No es solo por mí. Aquí fumamos más de uno y el tabaco empieza a escasear. Y eche unas birras, pero que sean Mahou rojas.

—Le juro que en toda mi vida profesional no me habían hecho unas peticiones tan extravagantes.

—Extravagantes o no, tráigalas, para evitar conflictos. Los atracadores fuman los tres.

—Vale. Hable con el jefe de los atracadores. ¿Cómo van con la metadona?

—La metadona nos ha salvado de que aquí se montara una masacre. Están más tranquilos.

—¿Sabe si se han tomado las dosis correctas o ya se les ha

acabado?

—Ni idea, yo de eso no entiendo.

—Pues pregúnteles también, tengamos la fiesta en paz. Vuelvo a llamar en diez minutos.

Vuelvo hasta donde está el Nico y le pongo al día. Enciendo un cigarro mientras él parece reflexionar. Echa sus cuentas que ignoro cuáles son y, contrariamente a lo que yo pensaba, accede a soltar a dos rehenes. Le pregunto por lo de la metadona.

—Que traigan más. No sabemos cuánto nos queda aquí.

De regreso hasta mi silla miro a los rehenes, que parecen conejos asustados en una jornada de caza. Su energía del principio ha desaparecido. Ya no les quedan ganas de preguntar, exigir sus derechos o decir nada al Nico, que ya les ha demostrado cómo se las gasta: varios heridos y un muerto. Supongo que su estado de ánimo no pasa por los mejores momentos.

Yo de momento estoy bien y debería estar más preocupado. Pero tengo birra, whisky y tabaco, así que no se está tan mal. Voy tomándome las medicinas, aunque no sé si harán mucho efecto con el alcohol. Los médicos dicen que no. Pero conozco a peña que toma diazepam con whisky y sí les hace efecto. El whisky. Y el diazepam también, así que…

En la calle sigue lloviendo. Por lo menos, aquí dentro, mejor que los maderos estamos. Al entrar en el banco pensaba hacer el ingreso y después irme a pasear por la avenida de los diabéticos si escampaba. Pero no escampa. Hace rato que ha llegado la televisión, y periodistas de diversos medios se agolpan entre la gente. Se les reconoce rápidamente. De tantos años de profesión me ha quedado ese instinto, el de reconocer a los que un día fueron mis iguales, los que intentábamos ganarnos los garbanzos cubriendo cualquier noticia que interesara a los que nos pagaban. Las cosas han cambiado, pero a peor, porque hoy un periodista es más lacayo que nunca. Y el que no acepta ese rol de lacayo no conserva el trabajo.

¿Cuánto nos quedará de estar aquí dentro? ¿Horas? ¿Minutos? Escucho el repiqueteo de la lluvia y pienso en los sintecho de la avenida de los diabéticos. Al principio eran cuatro gatos. Pero su número ha ido aumentando de forma geométrica. Primero fue la crisis de 2008 y después la pandemia, aunque hay que decir que estas crisis son solo las más conocidas, pero no las únicas. Para la mayoría de los pobres hay una crisis al día, a veces más.

Suena el teléfono. El Errejón suspira cuando le digo que el Nico

acepta soltar a dos rehenes. Hasta me felicita por persuadirlo.

—Lo siento, pero yo no he tenido nada que ver —le digo.

—No sea modesto. Usted nos está ayudando bastante. Le pido también disculpas, antes a lo mejor he sido un poco brusco, pero en este oficio, a veces, las circunstancias nos hacen más humanos de lo que debemos ser en estas situaciones.

—Por mí no se preocupe.

—Bueno, pues si le parece vamos a proceder cuanto antes. ¿Hay algún anciano más entre los rehenes? Me dijo que había también dos mujeres, ¿verdad?

—Hombre, ancianos, ancianos, no. Hay un tipo más mayor y dos mujeres, sí.

—¿Cuánto de mayor?

—Yo diría que estará a punto de jubilarse. Sesenta y cinco o así, o a lo mejor algo más, pero no mucho más. Trabaja en el banco de toda la vida, que yo recuerde.

—Creo que lo mejor es que suelte a las dos mujeres.

—Es que una es enfermera y…

Estoy a punto de meter la pata. Es el alcohol, claro. Zip, el borracho del barrio, el pintamonas del barrio, el donnadie del barrio. Bueno, uno de ellos, tampoco hay que ponerse dramático.

—Es enfermera y antes ha atendido a uno que le ha dado un mareo. Nos puede venir bien tener aquí a alguien así para esas cosas.

—Está bien, suelte al tipo mayor y a la otra mujer. Aprovecharemos que sale para recoger los víveres.

—¿Y el tabaco?

—Sí, el tabaco también. Y dígales a los atracadores que estamos gestionando lo del minibús y que sí, que lo traeremos en cuanto podamos.

—Vale.

Miro al Nico, que ha estado escuchando atentamente, y le doy las novedades.

—Diles a los dos rehenes que no digan nada del muerto.

—Yo se lo digo, pero en cuanto estén fuera cantarán. Y eso va a cambiar todo esto porque en cuanto los maderos sepan que has matado a un tipo no sé lo que van a hacer.

—Entonces no los soltamos —dice el tarado.

—No podemos hacer eso, ya les he dicho que sí y además sin ellos no hay minibús. Aunque puede que con el muerto encima de la mesa tampoco lo haya. Te digo que no sé cómo van a reaccionar.

—Se me fue la olla, coño, yo no quería matarlo.

—Ya, pero cuando das golpes a un tipo en la cabeza como los que tú le dabas puede ser que la palme, no en todos los casos, pero ya da igual. El tipo está muerto. ¿Qué hacemos?

—Suelta a los rehenes. Y ya veremos.

Me acerco hasta los rehenes y les digo que la piba y el tipo más mayor van a quedar libres.

—Ahora —recalco—. Vamos.

La mujer y el hombre se abrigan. Ella lleva una gabardina azul y él un abrigo verde oscuro. Llegamos hasta la puerta. Miro al tarado del Nico y me hace una afirmación de esas suyas que parecen no afirmar nada. Así que abro la puerta e invito a los rehenes a que salgan. No me hace falta repetírselo. Agarro las bolsas del Burger King y entro para adentro. Hamburguesas para merendar. Qué bien. Desde una de las bolsas asoma el cartón de Marlboro. Reparto la comida entre los rehenes. Después llevo las bolsas hasta donde están los tarados. El Nico no quiere porque se acaba de meter la metadona, igual que el Tiri y el Polaco. Así que nada, abro una birra —esta vez sí, Mahou roja, coño— y me agencio una hamburguesa y unas patatas fritas, todo prohibidísimo por mi endocrino. Pero me la sopla. ¿De qué me serviría privarme de todo eso si al final la palmo cuando los maderos asalten la sucursal? Porque esto tiene pinta de que va a ser así. Mientras como las patatas grasientas pienso en los rehenes liberados a los que, por cierto, se me olvidó decirles que no contaran nada del muerto. Aunque menuda gilipollez haberles dicho eso. Me los imagino contando ahora mismo a los maderos todo lo que ha ocurrido en el banco desde que los tarados entraron con sus pipas y sus mascarillas mugrientas. Qué puto desastre. Me pregunto cuánto tardará en sonar el teléfono. No me da tiempo ni a dar cuenta de la hamburguesa. Solo le he dado dos bocados. El teléfono, más que sonar, parece que aúlla, como si el Errejón tuviera poderes mentales para hacer que sonara más fuerte.

19

El turno de oficio era un guirigay de abogados, secretarias y otros personajes difíciles de definir, entre ellos yo. Venía de mala hostia porque el cabrón de Peláez me había dicho que una cosa era que me liberaran de otros temas para escribir el serial y otra que apareciera por la redacción cuando me saliera de los cojones. Literal. Al menos había tenido suerte y había concertado una cita con Roberto Sendín, el abogado de oficio, un tipo de mediana estatura, huesudo y con unas gafas de culo de vaso que hacían que sus ojos parecieran los de una rana o un besugo, a lo Quique San Francisco. Me condujo a un despacho que debían de ocupar todos los abogados, ya que tuvimos que esperar que un colega terminara de hablar con un matrimonio gitano al que esperaban una docena de parientes en el pasillo.

—¡El chiquillo es inosente, señoría! ¡El chiquillo es inosente! —gritaba ella al salir del despacho. La gitana se abalanzó sobre las mujeres del clan y se desmayó. Todo muy dramático y muy lorquiano.

El abogado ni se inmutó, acostumbrado como debía de estar a ver eso y cosas peores.

—La verdad, le estaba esperando desde antes de que llamara. Leo esas crónicas suyas en el periódico y pensé que tarde o temprano vendría a verme. No tengo mucho tiempo —dijo mirando el reloj. Tenía un tic nervioso. Se atusaba el pelo con la mano izquierda de forma repetitiva, no lo podía evitar.

—No le molestaré mucho. Me gustaría saber su opinión sobre el caso.

—Voy a serle sincero, le va a caer una condena ejemplar. Dese cuenta de que es un atraco a mano armada, con rehenes, que tuvieron que entrar los geos poniendo en riesgo vidas inocentes. Por no hablar de los otros atracos y delitos que se le imputan. Sinceramente, lo veo muy mal.

—Así que condena ejemplar… ¿De cuánto estamos hablando?

—Eso no se lo puedo decir con exactitud. Pero bastantes años.

Además, tenga en cuenta que el atraco ha salido en prensa, radio y televisión, así que es de esperar una buena condena para dar ejemplo.

Había algo de opresivo en aquel despacho. Miré hacia arriba y vi una luminaria a unos seis metros. Era eso, un techo muy alto y un recinto de dimensiones muy reducidas.

Seguía lloviendo. Madrid parecía una de esas ciudades con mar donde la humedad se te mete hasta los huesos. Entré en un bar, pedí un doble de birra y me metí un rayajo de farlopa en el tigre. Repetí la operación en el barrio, en el bar Soria. Un crío se acercó a mí. Alguien tuvo que darle mi descripción.

—Tú eres el novio de la Cari, ¿no?

—¿Y tú quién coño eres?

—Soy el Niñato. La dices que yo no he dicho na a los maderos. Que ella y la Marga pueden estar tranquilas —dijo incluyendo el laísmo tan típico de Madrid.

Y se fue. Ya en casa, les di la noticia a las pibas.

—Dabuten —dijo la Marga—, porque ya empezaba a agobiarme en este antro.

El antro era mi habitación. Se marcharon dejando todo tipo de porquerías por los sillones y el suelo. No es que yo fuera un prodigio con el orden y la limpieza, pero aquello daba tanto asco que me puse a limpiar todo y por último el tigre, que parecía un urinario público. Habían dejado pelos en la ducha, en el lavabo, en la taza del váter, por no hablar de gotas de sangre y gotas de otros fluidos negruzcos y viscosos que preferí limpiar sin hacerme preguntas. No era aconsejable tener a dos yonquis instaladas en tu keli, eso estaba claro. Ni de coña.

Pasaron los días, las semanas, todo iba relativamente bien. Seguía con los artículos, seguía con mi ritmo de vida. Era consciente de que bebía más de la cuenta, pero controlaba con la farlopa (nunca me di cuenta de lo gilipollas que era pensando así). Como me habían liberado de otras tareas, con no estar muy pedo a la hora de escribir el artículo me valía. De vez en cuando pasaba por el Ven y Ven para ver cómo iba la Marga, y para pillar. De vez en cuando la Cari se venía a mi keli y follábamos. Así de simple. Si ellas no estaban, yo me acoplaba con cualquier antiguo coleguilla del barrio. No sabía muy bien qué celebrar, pero siempre terminaba por celebrar algo, con uno o con otro. Unas birras, unas anfetas, unas rayas, ¿qué más daba?

El Chule me iba dando información, me contaba episodios de su

vida, y escribía esos artículos. En el periódico me daban palmaditas en la espalda, pero también algunas broncas. Un día, mi compañero Pedro, el de deportes, me trajo un café. Se sentó a mi lado y me preguntó que si estaba bien.

—Estoy cojonudo, tío. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé. Aquel día en la fiesta te caíste. Y luego desapareciste. Pero es que últimamente traes unas pintas…, ¿no te ves en el espejo?

—No sé qué quieres decir. En la fiesta me pasé un poco, le pasa a cualquiera.

Pero sí que sabía lo que quería decir. Joder, últimamente despertaba en cualquier parte. Hasta despertaba en mi casa sin saber cómo había vuelto y no recordaba nada. En cuanto a lo del espejo, qué me iba a contar a mí. Me veía todos los días. Y aunque me decía a mí mismo que tenía que bajar el ritmo, nunca lo hacía.

Al Chule le metieron años hasta por la muerte de Manolete. La Marga estaba en la vista, con la Cari y conmigo. También estaba el Floren, con cara de funeral. La Marga quiso tirarse sobre el Chule cuando se lo llevaban esposado. La tuvieron que sujetar un par de maderos. El abogado Sendín recogió su carpeta, me miró con expresión sombría y negó con la cabeza haciendo un gesto que a buen entendedor quería decir que las cosas estaban así, bastante chungas.

Por mi parte, consideré que esa tarde debía estar con la Marga. La Cari pensó lo mismo. Comimos algo en el Soria. Después subimos a mi keli para que las pibas se chutaran y yo me metí una loncha farlopera de esas de reglamento. Casi me dio un chungo. Me caí al suelo y cuando conseguí levantarme sangraba por la nariz. Me limpié, fui hasta el sofá del salón común del hostal y me acoplé al lado de la Cari. La Marga estaba también en el sofá y de pronto se echó a llorar.

—¿Qué voy a hacer sin él? —gritaba—. ¿Eh? ¿Ahora qué coño voy a hacer yo sin él?

La Cari la abrazó y la estuvo consolando. Pero lo del Chule no tenía solución. Había tirado por el lado salvaje de la vida y le habían colocado. Ahora iba a pagar por todos los marrones.

Dejé a las pibas allí y me tumbé un rato en la cama de una habitación vacía. Me había quedado un poco flojo del chungo. Aun así, no pude dormir ni dos minutos seguidos, como era mi intención. Ser cocainómano y dormir bien no está permitido por las leyes de la naturaleza.

Me levanté al cabo de una hora o así. Las pibas estaban sobando en mi cama. Los yonquis sí que pueden dormir. Me pregunté que si no me habría equivocado de droga. Mirar el espejo del tigre era mirar un cuadro decadente, porque a mí se me había ido poniendo un careto de esos crepusculares. Me lavé, me peiné un poco, me limpié los piños y me eché un poco de colonia.

—Deberías ponerte maquillaje —me dijo la Cari desde el quicio de la puerta.

—¿Maquillaje? ¿Un tío?

—Joder, no seas antiguo. Anda que no hay tíos que se lo ponen.

Era verdad. En aquella época los tíos empezaron a ponerse sombra de ojos, a pintarse los labios, a llevar pendientes…

—No te digo que te maquilles como uno de esos pibes que van de siniestros o como un marica. Pero, tronco, es que tienes unas ojeras que te van a llegar al cuello.

Me aplicó un poco de maquillaje y, la verdad, aunque no dejaba de parecer un crápula, casi eliminó las ojeras.

Escribí el artículo para el periódico, agarré la Vespa y me fui para la redacción. Peláez e incluso Martínez lo esperaban con más expectación de la habitual. Al fin y al cabo, había sido el día de la vista. En la redacción estaban contentos conmigo, ya ni me echaban rapapolvos. Bueno, casi no me daban la brasa. Las crónicas habían conseguido que las ventas del periódico subieran debido al cariz de crónica social del mundo penitenciario que habían tomado mis artículos. Martínez estaba radiante. Peláez no dejaba de toser. Y yo estaba puesto de alcohol y farlopa todos los días.

—¿Qué te pasa en la cara? —me dijo Peláez.

—Nada, ¿qué me va a pasar?

—No sé, es que es como si la tuvieras de cera.

—Es que últimamente duermo poco.

—Será eso.

Primero lo leyó Peláez. Martínez vino hasta el despacho con su puro de calibre reglamentario y entre los dos intentamos componer a Peláez de uno de sus habituales ataques de tos.

—Eso te va a matar —dijo el jefazo, apuntando con su índice al puro que fumaba Peláez, de menos calibre que el suyo, pero purazo al fin y al cabo.

Peláez se aflojó los botones de la camisa mientras el jefe leía mi artículo cabeceando afirmativamente.

—Me parece muy bien, joven —dijo dándome palmaditas en la espalda—. Voy a enterarme a ver dónde lo llevan para que cumpla

condena. Puede que siga en Carabanchel. Si lo dejan ahí mejor. Me gustaría, ya que estamos aquí los tres, felicitarlo por el trabajo que está haciendo. Siga así. Ah, una cosa… Últimamente está llegando tarde y a veces ni viene. ¿Me podría decir a qué se debe este comportamiento?

—Es que…

Una de cal y otra de arena. No sé de qué me extrañaba.

—¿Sí?

—Es mi madre, está enferma. Y entre eso y lo de estos artículos a veces voy pillado de tiempo.

—Pillado de tiempo. Hay que ver cómo habláis los jóvenes de hoy en día. Espero que la situación se arregle.

—Sí, sí, mi madre ya está mejor, no se preocupe.

—Se lo digo porque hemos confiado en usted para esta labor. Se ha ganado la confianza del preso y ahora sería difícil, por no decir imposible, sustituirle.

Se marchó echando humo, como si fuera una vieja locomotora de aquellas de vapor. Yo había improvisado con lo de mi madre. Mis padres llevaban ya bastante tiempo enterrados por aquel puto accidente de tráfico. Esperaba que el cabrón de Martínez no se pusiera a investigar mi árbol genealógico.

—Cuidado con Martínez —dijo Peláez, ya recuperado del ataque de tos—. A este no lo ves venir porque es como un camaleón de esos que lo ves quieto, pero que saca la lengua y atrapa una mosca en un santiamén. Te sonríe como una hiena y al momento te aplasta como aplasta las colillas de sus jodidos puros. Y te digo que está muy mosqueado contigo. Es un hombre muy conservador. —Y lo dijo el gualtrapa como si él fuera un tipo de izquierdas o progresista, como se empeñaban en decir los modernos.

—…

—Te voy a hablar francamente, Rodríguez. Me juego el cuello a que si no fuera por estos artículos que estás haciendo… Vamos, que ya estarías de patitas en la calle. ¿Estamos?

—Te agradezco la confidencia, Peláez.

—Déjate de mariconadas y reacciona, coño, que estás alelao. ¿No andarás en historias raras? Que los jóvenes de hoy…

—De verdad que no.

—Está bien. Lárgate —dijo aleteando su mano con condescendencia paternal.

En la Vespa fui pensando en lo que me habían dicho. Y yo que creía que todo iba tan bien. Pero la gente no era gilipollas ni yo tan

listo. Todo el mundo se estaba dando cuenta de que algo me pasaba. Continué engañándome. Me dije que no pasaba nada. ¿No acababan de decirme que los artículos eran cojonudos? Vale, también me habían dado la charla. Pero el propio jefazo lo había dicho: no podían sustituirme. Aparqué la moto y me fui al Ven y Ven. Me encontré con un buen puñado de colegas que estaban dispuestos a pasarlo bien y a no hacer preguntas. El Filo me puso la boca en la oreja e hizo una pedorreta.

—Joder, Filo, tronco, qué asco. Me has echao todas las babas.

Se alejó sonriendo. Era un tipo simpático y lo pensaba aun limpiándome su saliva con una servilleta. Se reía siempre de sí mismo, como si le hiciese gracia existir en un mundo que solo le había dado hostias, una detrás de otra.

El Mono, un nota grandón con cara de orangután, me pasó un porro. Le pedí a la Carmen un gramo de farlopa. Me lo dejó con cuidado junto al tercio de birra, como si fuera un pajarillo al que temiera hacerle daño. Estuve hablando con el Tocho, un tipo que entraba y salía de la heroína con una facilidad pasmosa y que decía que estar enganchado no tenía ninguna puta gracia.

En un momento dado, alguien habló de ir a una fiesta. Recuerdo haber entrado en un coche y recuerdo haber estado en una casa, primero con los colegas y después yo solo hablando con gente que no conocía, todos pasados de rosca. Supongo que anduve por allí durante el tiempo que me duró el pedo de farlopa. Lo siguiente que recuerdo fue que abrí los ojos y el sol me pegó una buena hostia de luz. Estaba tumbado en un banco, en plena calle. Tras desperezarme, pregunté a unas señoras que si sabían dónde había una boca de metro. Huyeron como si hubieran visto al demonio. Luego le pregunté a una piba. Me miró como si yo fuera una aparición.

—Tío, ¿me estás vacilando?

—No, no, solo quiero volver a mi casa y no conozco este barrio.

—Me parece que te has retirado bastante de tu barrio. Esto es Guadalajara, tío.

¿Qué coño hacía yo en Guadalajara?

20

Una noche, los carceleros fueron a verte. Te hicieron salir al pasillo y te dijeron que te desnudaras para cachearte y que abrieras las piernas. Después empezaron a caerte golpes de porra y aguantaste el chaparrón como pudiste. Te dejaron en la celda y los hechos se repitieron en los días sucesivos contigo y con otros compañeros.

Pasaron los días. Los golpes amorataban la carne por todo el cuerpo. Y uno de aquellos días de moral por los suelos y ánimo lánguido, una de aquellas jornadas de luz macilenta de pasillo, lúgubre a más no poder, en aquella ociosidad apestosa recibisteis la noticia: el Coca, varias horas después de haber sido recogido para su traslado a Herrera de la Mancha, consumó su fuga por medio de un butrón en el suelo del furgón que lo trasladaba. ¿Cómo lo habría hecho, el cabrón? —te preguntaste—. Una fuga siempre era motivo de alegría y jolgorio. La noticia corrió como la pólvora, los aplausos y las voces se multiplicaron por las galerías. Una fuga, y esto era lo más importante, era simbólica para toda la población reclusa, porque les devolvía la esperanza. Si el que se fugaba era un colega, como te pasaba a ti, la alegría era todavía mayor.

A la semana siguiente, te concedieron una comunicación reglamentaria de treinta minutos con la Marga después de negarte varias veces a un vis a vis. Disimulaste al verla, estando como estabas en un estado tan lamentable. Ella mostró una sonrisa triste que lindaba con lo cadavérico.

—¿Cómo estás? —te preguntó la Marga.

—Estoy bien.

—¿Seguro? Estás más delgao, tío, pero te veo fuerte.

—Me lo curro para estar así. Oye, tía, tienes que dejar el jaco. No puedes seguir así.

—Si me estoy quitando, pero es jodido, cari.

—Ya lo sé. A mí me lo vas a decir. Pero tienes que dejarlo.

—Lo intento. Pero me muero, tío. Si no me pongo me muero…, ¡me muero! ¿Entiendes? ¡Y tú aquí dentro y…! ¡Qué mierda todo,

coño, qué puta mierda!

¿Quién lo iba a entender mejor que tú? Nadie. Sabías lo que costaba dejarlo y sabías que tenía que haber una motivación muy grande. Marga no la tenía. Tú la tuviste en cuanto estuviste encerrado.

—No puedes meterte estando aquí, tronco —me dijiste al principio de estar en Carabanchel—, y no porque no haya caballo. Aquí hay de todo. Pero aquí tienes que estar con los cinco sentidos al loro, colega. Porque si no, te revientan.

Creo que fue ver a la Marga en un estado tan lamentable lo que te llevó a reconocer haber dado un palo antes de que te detuvieran para forzar un nuevo juicio e intentar fugarte en el juzgado. Allí tuviste un altercado con la jueza, que ignoró tus quejas por las condiciones en las que te tenían en la prisión.

—¡Hija de perra! ¡No os conformáis con mandar a hombres al trullo, no! ¡Tenéis que llevarlos lejos de sus familias para torturar al preso y a los suyos! Y tú, puta de mierda, ¿quieres juzgarme a mí? ¡Anda y que te den por culo, frígida de los cojones!

—¡Expúlsenle de la sala! —gritó la jueza—. ¡Y que sepa usted que se le abrirá expediente por desacato! —sentenció la magistrada, como si a ti en aquel momento te importara el desacato.

—¡Y yo me limpiaré el culo con tu puto expediente!

Después del incidente relajaste los músculos para que el madero que te llevaba agarrado por las esposas no notara tensión. Al llegar al furgón, ya en la calle, apoyaste el pie en una de las columnas del edificio, cogiste impulso y golpeaste violentamente con la espalda al policía, pero el madero no soltó las esposas. Lanzaste una serie de coces, pero enseguida se te echaron encima más maderos.

—Te vas a cagar cuando lleguemos a prisión —te dijeron.

El policía se negó a vengarse ante la sorpresa de sus compañeros. Demostró ser un buen tipo. No ocurrió lo mismo con los carceleros, que, después de darte una buena tunda con las porras, te llevaron a la celda que habías dejado esa misma mañana y te esposaron a la cama. A la hora de comer te soltaron una mano para que procedieras y cuando terminaste te volvieron a esposar. Por la noche no podías aguantar más de las ganas de mear. No podías llamar, ni siquiera te oirían. ¿Qué más daba? A ellos les daba igual. De hecho, a la mañana siguiente te negaron el permiso para ir a mear, así que te lo hiciste en los pantalones mientras comías con ansia unas patatas cocidas calientes que te habían traído. Y claro, ni ducha ni ropa limpia ni patio ni hostias, así hasta

la noche, una noche de más patatas cocidas, de calambres en los brazos y de piernas dormidas. Es difícil dormir esposado a una cama con los pantalones empapados de tus propios orines que se quedan fríos y te congelan las piernas. En esas condiciones era una bendición volver a mear y que por unos momentos las piernas se te volvieran a calentar.

Pasaste así varios días. No supiste precisarme cuántos cuando me lo contaste. Y yo lo conté todo, volqué toda la rabia, tu rabia en mis artículos, que cada vez gustaban más. Yo había empatizado contigo más de lo que los cánones periodísticos recomendaban, y era como si escribieras tú, pero con mis dotes para la redacción. Todo era perfecto. Hasta que un día el capullo de Peláez me dijo entre toses que ya no hacía falta que escribiera más artículos, que aquello se había acabado. No me lo podía creer. No, aquello no estaba pasando, era imposible. En ese momento en que empezaba a ser reconocido como periodista, por una sola vez en mi puta vida, aunque fuese a nivel local, en ese jodido momento el cabrón de Peláez me lo arrebataba todo de cuajo. El hijoputa de Peláez, el pobre Peláez, que era el último mono y solo me estaba transmitiendo lo que a él le habían dicho. Pero era el tipo que tenía delante en ese trágico momento, así que, puesto como iba de priva y farlopa, lo agarré del cuello, y si Pedro, Manolo, Ana y Carmen no hubieran llegado para sujetarme y separarme de Peláez, probablemente el pobre infeliz la habría palmado por asfixia y yo habría pasado a preparar fugas y motines contigo. A esas alturas, Martínez se estaba fumando un purazo en el quicio de la puerta del despacho de Peláez viendo todo.

—Recoja sus cosas y márchese —dijo como si fuera un juez dictando una sentencia de muerte, mi muerte profesional—. No queremos verle por aquí jamás. ¿He sido claro?

Joder que si había sido claro. Se me bajaron los humos de golpe. Mis compañeros tenían una cara de flipados de la hostia, como si hubieran visto al Papa sentado en el autobús. Peláez estaba morado, nunca había visto a un tipo con ese color de cara. Recogí mis cosas con mucha mala hostia, decepcionado con la vida, desencantado de todo, asqueado de mí mismo, pero también asqueado con los del periódico. Debería también haber estado asqueado con algún ministro o con algún director general o subsecretario, por la llamada del Ministerio del Interior que había recibido la rata asquerosa de Martínez y que ponía precio a mi cabeza, un precio de cierre de periódico si los artículos y mi persona

no desaparecían ipso facto de la vida pública. No podía ser que un periódico estuviera denunciando con tanta crudeza lo que estaba pasando en el sistema penitenciario español. Pero entonces yo no sabía nada de llamadas. Yo no sabía nada, por muy listo que me creyera. Y, generalmente, la vida se ceba con los tipos listos como yo. Qué lejos estaba entonces de saberlo.

21

—¿Se puede saber qué coño ha pasado ahí y por qué no me ha informado?

El Errejón escupe la frase por el auricular del teléfono de forma que las palabras entran a mi oído atropelladas, con demasiadas aristas.

—Lo que ha pasado ya lo sabe porque se lo han contado los rehenes. En cuanto a lo segundo, ¿usted qué cree? Le recuerdo que esto es un atraco y que tres tipos que no están bien de la cabeza porque son yonquis o viceversa nos tienen secuestrados y nos amenazan con pistolas, así que no me diga que no le he dicho nada como si eso hubiera dependido de mí. Si no le he dicho nada es porque no me han dejado, ¿lo entiende?

—Un muerto es un hecho demasiado relevante, demasiado trascendental como para…

—No me venga con palabras rimbombantes como relevante o trascendental, joder. Y no porque no las entienda porque, aunque fracasado, soy periodista, pero no me venga con gilipolleces. Le repito que mientras hablo con usted los atracadores me vigilan y no puedo decir lo que me venga en gana. Además, soy alcohólico, ¿sabe lo que es eso? No, ¿verdad? Por abreviar, le diré que las neuronas no me rulan bien, ¿se cosca?

—Está bien, está bien, lo entiendo. Pero esto lo cambia todo. Me gustaría hablar con quien esté al mando ahí. Quiero estar seguro de que comprende realmente cómo está la situación.

El Errejón está muy nervioso. Y si él está nervioso es porque sus jefes están nerviosos. Y eso no es bueno. Le explico al Nico que el negociador quiere hablar con él, pero se niega a coger el teléfono diciéndome que yo hablo por ellos. Zip, abogado de causas pobres, el que eligió llegar a la meta a través de la derrota, portavoz de unos atracadores pobres, ¿o sería mejor decir pobres atracadores? Qué más da. A veces pienso que un psicoanalista se forraría conmigo.

—Oiga, que dice que no quiere hablar, que siga hablando yo por ellos.

—No lo están poniendo fácil. Así no se hacen las cosas.

—Pues es lo que hay.

—Después de esto vamos a tener que buscar otra solución. Estoy atado de pies y manos. No creerán que después de matar a un rehén les vamos a dar el minibús…

—Ya… ¿Y entonces qué? Porque a pesar del muerto, las cosas siguen igual. Aquí hay tres tipos que nos tienen secuestrados.

Recibo un golpe en la cabeza. Empiezo a estar hasta los cojones de que este niñato tarado me golpee cada vez que le venga en gana. El teléfono golpea en la mesa y yo doy un aullido corto, ahogado.

—Oiga, ¿está bien?

—Sí, pero me han dado un golpe. —El Nico amaga con golpearme otra vez—. Es lo que le digo, no puedo decir lo que quiera, así que tendrá que conformarse con una versión reducida de mi voluntad de hablar. Solo soy una especie de jodido portavoz de ellos y solo puedo decir lo que ellos quieran que diga.

—De acuerdo. Dígales que saquen el cadáver.

El Nico asiente después de comentarle la pretensión del Errejón, lo cual no deja de ser un alivio, porque a nadie le apetece estar encerrado con un cadáver que puede empezar a apestar de un momento a otro.

—Dicen que sí.

—Sáquenlo ahora y no cuelgue.

—Vale.

Le digo al Nico que quieren el cadáver en la puerta del banco ahora.

—Coge a un pringao de estos —señala a los rehenes— y que te ayude a sacarlo fuera.

Me acerco hacia donde están los rehenes, les cuento la película y el Bartolo se ofrece a ayudarme. Así que coge al tal Pedro por las axilas y yo lo agarro de las pantorrillas. Los brazos le cuelgan y oscilan como péndulos de un reloj que se hubiera vuelto loco. Llegamos a la puerta y dejamos al tío en el suelo, con alivio, porque el Bartolo no está para muchos trotes y yo tampoco. Abro la puerta y, ya sí, arrastramos el cadáver cogiéndolo cada uno de una pierna. Vaya dos porteadores estamos hechos, como para ganarnos la vida descargando en Mercamadrid. No valemos ni para que hagan carne picada con nosotros. Lo que ocurre a continuación me deja…, podríamos decir perplejo en lenguaje común, o con cara de gilipollas, expresión más llana, pero que explica mejor mi reacción. El cabrón del Bartolo, que hace un minuto no podía con su alma,

inicia una carrera hacia la barrera de maderos que flipo. Yo podría hacer lo mismo. ¿Por qué no lo hago? Pues no lo sé. No tengo ni idea. El caso es que me doy la vuelta y entro en la sucursal. El Nico ha visto la jugada y me pregunta todo rayao que por qué lo he dejado ir, como si yo hubiera tenido la potestad de pararlo. Y ya me mosqueo.

—¿Cómo que por qué lo he dejado ir? ¡Como si yo hubiera imaginado que se iba a ir, no te jode! ¡La culpa es tuya, coño ya, que me tienes hasta la polla! ¡Si fueras un atracador de verdad, habrías vigilado la movida apuntándonos con la pipa, y entonces el Bartolo ni se habría atrevido a moverse! ¡Pero solo eres un niñato yonqui gilipollas!

El Nico viene hacia mí y me pone el cañón de la pipa en la frente. Los rehenes lanzan un «Ohhhhhhh…» de esos que se pronuncian en el cine en las escenas de suspense.

—¿Qué, me vas a disparar? Dale al puto gatillo a ver si tienes huevos, gilipollas.

Zip, defensor de causas pobres, borracho irredento, ahora convertido en llanero solitario, en héroe del pueblo, en gilipollas del culo, porque este tarado es capaz de disparar, o de darme otro golpe en la cabeza que me desgracie ya del todo. Pero no lo hace. Ignoro qué procesos mentales se producen en su cerebro. Baja el cañón y vuelve a intentar llevar su mirada triste hacia el centro de la Tierra atravesando sucesivamente la corteza, la litosfera, la mesosfera, el manto y la astenosfera, así hasta llegar al núcleo. Y yo, que no me acuerdo de lo que he cenado anoche, en un momento de tensión como este soy capaz de recordar los nombres de las capas de la Tierra, demostrando una vez más la inutilidad del ser humano, al menos la de algunos, como la mía. En un momento dado, mientras el Nico sigue a su bola, escucho los gritos del Errejón a través del auricular del teléfono. Lo cojo.

—Estoy aquí, no grite.

—¿Qué es lo que pasa ahí dentro?

—Nada, que los atracadores —hablo en plural, pero la verdad es que el Polaco y el Tiri hace tiempo que duermen la mona— se han mosqueado cuando se ha escapado el rehén. Normal.

—Escúcheme, dígales que se entreguen, sin condiciones. Si no lo hacen, vamos a entrar. ¿Me ha entendido? Vamos a entrar, dígaselo.

Agarro la botella de whisky y me sirvo un trago generoso. Enciendo un cigarro y le digo al Nico lo que hay.

—Escucha —me dice con una serenidad pasmosa impropia de un yonqui que hace unos minutos quería matarme—, diles que lo voy a pensar, que estoy pensando en rendirnos, pero que mientras lo pienso vamos a soltar a tres rehenes, tres, ¿te coscas?

—Tres rehenes… Vale.

Se lo digo al Errejón, que, ante la perspectiva de la liberación de tres rehenes más, decide esperar, posponer el asalto del que sabe Dios cómo saldremos. Cuelgo.

El Nico se ha ido hasta donde están los rehenes y ha obligado a un tipo que tiene su misma complexión a que se quite la ropa. Él también se va desnudando y finalmente se pone la ropa del tipo. Se echa agua de una botella en la palma de la mano y se alisa el pelo.

—¿Tienen un peine? —pregunta—. ¡Que si tienen un jodido peine, hostias! —grita, y entonces sí, tanto la mujer como otro de los rehenes le ofrece lo que pide.

Se mira en el móvil, supongo que utilizará la función de espejo o de selfi, y se peina con la raya al lado. La verdad es que, con la camisa limpia, un pantalón de vestir y los zapatos, parece otro el cabronazo. Después encañona a la piba y a otro rehén, el del peine, al que también le ha quitado la mascarilla para ponérsela él, y los trae hasta la puerta, cerca de donde yo me encuentro, y les explica que va a salir con ellos, como si fuera un rehén. Y que como se les ocurra decir algo de que él es el atracador no volverán a dormir tranquilos ni ellos ni sus familias el resto de sus días.

Y ahí entro yo, Zip, cabeza de chorlito Zip, volviendo a pedir a gritos otro golpe en la cabeza.

—Tronco, saben quién eres —le digo—. Tu vieja se puso a dar gritos al principio de la movida. Saben que eres su hijo y saben quién es ella. Así que no te vas a salir con la tuya. ¿Por qué no te entregas?

—Porque si salgo ahí, así, con estas pintas, creerán que soy un rehén, por lo menos al principio, y tendré una oportunidad. Si me quedo aquí, no tendré ninguna.

—¿Y tus colegas?

—Cántales una nana.

A continuación, el Nico guarda la pipa y salen los tres a la calle. El Nico sale a pelo, con un par, nada de máscaras iguales para atracadores y rehenes como en *Plan oculto*, de Spike Lee, qué va. El Nico improvisa y, bajo mi punto de vista, entre la mascarilla, las ropas y el peinado no parece el mismo. El Nico no es Clive Owen, vale, pero fuera tampoco está Denzel Washington.

El Polaco y el Tiri estarán soñando sus sueños de yonquis. El hip hop sigue sonando. Me está empezando a gustar algo que detestaba. Yo flipo.

22

La Cari conducía un Renault 5 que le había dejado el Tocho. A su lado, la Marga fumaba nerviosa. Detrás iba la Pepa, una colega de las dos. Fumaba y daba pequeños sorbos de una botella de zumo. Al Fredi lo habían trincado. Se acabó la comodidad de pillar caballo a la vuelta de la esquina. Siempre se podía ir a pillar a Los Focos, un poblado chabolista que llegó a ser el más grande de España. Cuando fue desmantelado años más tarde, de debajo de las chabolas y prefabricados sacaron bolsas con dinero, pistolas y hasta fusiles de asalto y, obviamente, drogas. Sí, Los Focos siempre era una opción. Lo malo era que tenías que quitarte de en medio a yonquis medio zombis que te acosaban para que les dieras pelas o a yonquis a los que les había dado un amarillo y estaban tirados entre basura con ratas que les mordisqueaban las orejas y las pantorrillas. Aquello era la boca del lobo, con chabolas en las que gitanas gordas como focas te pesaban en una balanza un polvo más cortado que las caras llenas de cicatrices que lucían algunos tipos que escoltaban a las gitanas. Nada recomendable para unas pibas, aunque yo no había conocido a muchos hombres con más huevos que ellas.

La Pepa era una piba algo mayor cuyo rasgo más apreciable a simple vista era su cojera. Una noche de pedo cruzó la calle sin mirar y la pilló el 48. Demasiado bien parada salió para que la pillara el autobús. Era ella la que guiaba a las otras hasta un camello nuevo que vivía en una caravana del camping de Canillejas, muy cerca del parque del Capricho. Además del camping, por allí solo había un puticlub, algunas chabolas y alguna que otra casa baja antigua, además del puente del tren, un merendero y la carretera de Barcelona. Por lo demás, a esas horas de la noche, por allí no pasaba nadie, y el que pudiera pasar solo podía ser un maleante, un borracho, un yonqui, un despistado o cualquiera de la variedad de tipos que no dudarían ni un segundo en rajarte el cuello para quitarte las pelas.

Así era el barrio en aquellos tiempos, algo que ahora me resulta

lejano y remoto. Pero entonces esa había sido mi realidad. Para la Cari, la Marga y la Pepa, ese ambiente era también su realidad, a lo que estaban acostumbradas. Por tanto, lo que pudiera pasarles a esas horas de la noche en aquel paraje tan poco recomendable les importaba muy poco, y menos con el mono amenazando con hacer una entrada triunfal en cualquier momento. Como ya he dicho, un yonqui solo tiene un problema en la vida: ponerse. Lo demás no existe.

Aparcaron el carro frente a la entrada del camping. Bajaron del coche y escudriñaron la penumbra con la alerta cosida a sus ojos, oteando los alrededores como animales salvajes en busca de alimento. No por ser pibas dejaban de dar miedo. Dudo mucho de que nadie las hubiera entrado para pedirles las pelas o de que cualquier pervertido se hubiese atrevido a importunarlas. Y si algún gilipollas hubiese pensado lo contrario se habría llevado un navajazo. Fijo.

—¿Dónde coño está ese camello, tía? —preguntó la Marga.

—Si no está en la terraza del camping estará en su caravana, así que vamos a buscar una mesa, nos sentamos y miramos a ver —dijo la Pepa, rascándose todo el cuerpo.

La Cari moqueaba mientras seguía a sus dos colegas hacia la terraza. Era sábado, así que ocuparon la última mesa que quedaba libre. Pidieron unos zumos y se colaron unas anfetas mientras buscaban con la mirada al camello.

—¿Lo ves? —preguntó la Marga.

—Aquí no está, tía. Hay que ir a la caravana. Espero que este hijoputa no esté moco o sobao.

—Cagondiós, qué suerte tenemos siempre —dijo la Cari.

Fue ella la que se quedó en la terraza mientras las otras entraron al camping.

La parcela en la que la Pepa recordaba haber estado otras veces estaba oscura. Pero no era la oscuridad la que impedía localizar la caravana del camello, sino la paranoia de las pirulas que llevaban comiéndose toda la puta tarde.

—¿Sabes dónde es o no? —preguntó por enésima vez la Marga.

—Oye, tía, estoy hasta el coño de que me preguntes. Está oscuro, estoy muy flipada y me estás agobiando.

Habían dado varias vueltas a la parcela al ritmo que permitía la pierna chunga de la Pepa. Finalmente pararon frente a una caravana andrajosa que hubiera dado el cante hasta en uno de esos desguaces llenos de chatarra.

—Joder, tía, si hemos pasado por aquí antes, me cago en Dios.

—Pues yo es la primera vez que la veo, tía. ¿Seguro que no estás flipando?

La Pepa llamó a la puerta varias veces y, como no obtuvo respuesta, giró el pomo, encendió un mechero y lo primero que vio fue al Pipo echado en un camastro y roncando.

—¡Eh, Pipo! ¡Pipo, coño, despierta, que tienes clientas!

—¿Ein…? Pero ¿qué coño…? —respondió el camello, frotándose los ojos.

—¡Dos coños, como estos! —respondió la Pepa, señalándose a sí misma y a la Marga.

—¡Cagondiós, tía, estaba sobando!

—Claro, tronco, pero eres un camello con un negocio que atender, no un vago. Y yo soy una de tus mejores clientas que además te trae una clienta nueva. Así que mueve el culo, nos das la mierda y desaparecemos para que puedas seguir sobando.

—Mierda, joder. A ver, ¿cuánto queréis?

—Dos gramos.

—Esperad fuera.

Las dos pibas esperaron en la puerta hablando de lo desconfiados que eran todos los camellos que conocían.

—Qué gilipollas, tía, como si fuera difícil entrar ahí y registrar el cuchitril este de caravana y arramplar con toda la mierda que tenga ahí escondida —dijo la Marga.

—Ser desconfiado es parte de su curro, tía, yo también lo haría.

El Pipo salió, les dio sus dos gramos y la Marga le pagó.

—Haznos un favor, tío, déjanos la caravana para chutarnos.

—Ni de coña, tía, ¿y sabes por qué? Pues porque yo vendo mierda y en el precio no entra poner mi keli como picadero. Si hiciera eso, todos los yonquis de los alrededores vendrían a picarse a mi caravana.

—Joder, tronco, ya te vale…

—No, no, no, no, no… Ya te vale a ti despertarme en medio de la puta noche. ¿Tú sabes lo que me cuesta a mí dormir? No lo sabes.

—Que te den por culo, Pipo.

—Igualmente. A las dos.

La Marga y la Pepa se largaron de allí para buscar el tigre de las pibas y chutarse.

—Zorras de mierda… —dijo el Pipo, cerrando la puerta de la caravana dando un portazo.

La Cari las vio llegar y al ver el careto que traían se mosqueó.

—¡Míralas qué cara de felicidad traen las zorras! —dijo—. No habéis podido esperar a chutarnos las tres a la vez, ¿verdad?

—¿Y a ti qué más te da? Venga, vamos al carro, te chutas y te callas.

La Cari se sentó atrás. Se ató la goma, calentó la cuchara y se chutó. Por unos momentos se quedó con los ojos en blanco y ni siquiera tuvo fuerzas para sacarse la chuta. No reaccionó ni con los golpes que una piba estaba dando en la ventanilla.

—¡Me cago en Dios, colega! —gritó la Marga, abriendo la puerta para que la loca que estaba afuera aporreando el cristal no lo rompiera—. Pero ¿a ti qué coños te pasa?

—¡Por favor! ¡Ayudadme! ¡Si no salgo de aquí me van a matar! ¡Me van a matar! ¡Por favor!

No era que la piba estuviera asustada, no, era lo siguiente. Su cara era el terror que emanaba de una mueca tensa, rígida, como si acabara de ver al mismísimo diablo.

—¡Joooooder! Que suba, ¿no? —dijo la Pepa, toda solidaria.

La montaron atrás con la Cari, que todavía estaba flipando con la chuta clavada en el brazo. Y la brasileña rompió a llorar a moco tendido, como si soltara la tensión de golpe. La Cari abrió los ojos, miró la chuta, se la quitó del brazo y la tiró por la ventanilla.

—¿Y tú quién coño eres?

—Me llamo Belinda —dijo ella con su acento de Brasil—. Gracias. Gracias por ayudarme. He escapado. Me iban a matar.

—Escapado… ¿de dónde? —preguntó la Marga—. Bueno, no me lo cuentes, déjalo. ¿Y adónde te llevamos?

—No tengo adónde ir.

—Joder, lo que nos faltaba, colegas. No, si vamos de marrón en marrón —dijo la Pepa.

—Mi keli es una pocilga —dijo la Marga—. Donde esta —señaló a la Cari—, allí no cabe más peña. Y a ti no te veo acogiendo a pibas.

—Y menos a una tan buena como esta. Mi marido se la folla —dijo la Pepa.

—Pues estamos apañadas. Pero espera, ¿por qué no la llevamos donde el Zip? Seguro que conoce a peña que puede ayudar a pibas como esta. Eres puta, ¿verdad, tronca?

La brasileña asintió repetidas veces mirando alternativamente a las tres. Cualquier piba se hubiera asustado viendo las pintas, las formas y la manera de hablar que utilizaban. Pero la brasileña había visto tantas cosas que aquel coche le parecía una clase de

catequesis.

Llamaron al timbre, las dejé entrar y me contaron la movida. La brasileña tenía una cara tan triste y parecía tan desvalida que dije que vale, que podía quedarse a dormir. Zip, abogado de causas pobres y defensor de los parias de la Tierra. La llevé hasta una habitación vacía del hostal y le di una toalla y un cepillo de dientes sin estrenar. Entró al tigre a asearse y la esperé echando un trago y fumando un pitillo. Empezaba a estar bastante pedo. Salió y le di un pijama mío. Se lo puso allí mismo.

—¿Quieres follar? —me dijo.

—No, joder. Descansa, tía.

Parecía que era la primera vez que la piba escuchara un «no» ante la pregunta que me había hecho. Por la cara que puso debió de pensar que yo era marica. Dejé el vaso en el fregadero y me dirigí tambaleándome hasta la habitación. Me tomé un par de pirulas para dormir y me quedé mirando el techo intentando componer alguna imagen coherente entre las grietas del yeso y las manchas de humedad. Me pareció ver un indio fumando una gran pipa, aunque a los cinco segundos me pareció ver la cara del Chule detrás de unos barrotes. Estaba más viejo y más hecho polvo. Justo como lo vería muchos años después.

23

Me gustaría saber qué es lo que está pasando ahí fuera. Al Nico, el colgado del Nico, digno hijo del Chule y de la Marga, lo trincan fijo —pienso—. Aunque quién sabe. Los tarados siguen dormidos, así que me levanto y les hago una señal a los rehenes que quedan, la típica de que estén callados. Me acerco hasta la mesa en la que está el Tiri y le quito la pipa. Hago lo propio con el Polaco. Vaya dos atracadores de pacotilla que están hechos. En ese mismo momento escucho disparos fuera. Miro por la ventana, de la misma forma en que miraba el Nico. Pero solo veo a los maderos, todos mirando en una dirección, hacia la calle Lucano. Otros corren hacia allí y algunos coches se ponen en marcha. Suena el teléfono. Es el Errejón.

—¿Cómo está todo por ahí dentro? Tienen diez minutos. Vamos a entrar, ¿me entiende? Vamos a entrar. Procuren tirarse al suelo cuando escuchen entrar a los geos. ¿Me ha entendido?

—Me parece bien que entren, pero no hace falta que entren en plan película, de verdad. Los otros dos atracadores están durmiendo hasta arriba de metadona y de pastillas. Les he quitado las pistolas.

—¿Que ha hecho qué?

—Lo que ha oído, les he quitado las armas sin poner a nadie en peligro porque están dormidos los dos.

—No ha debido hacerlo. ¿Qué habría pasado si se hubieran despertado en ese momento? Tenía que haberlo pensado mejor.

—Claro, seguro, pero ya está hecho.

—¿Están todos bien?

—Sí, coño, sí. ¿Qué ha pasado con el Nico?

—¿Se refiere al atracador que salió con los rehenes?

—Sí, ¿qué Nico va a ser, si no?

—Ha escapado, pero le cogeremos. No se muevan. Entramos. Ya.

No tardan ni cinco segundos. A pesar de lo que le he dicho al Errejón entran pertrechados como si fueran a asaltar el banco de España, con trajes especiales, ametralladoras, vamos, la puta caballería. Les señalo a los dos tarados. Los echan al suelo, sin

contemplaciones, y los esposan. Entrego las dos pistolas a uno de los maderos. Otro apaga el altavoz. Voy a echar de menos el jodido hip hop.

—Estas son las pistolas de esos dos. Se las quité cuando estaban dormidos.

El madero flipa, pero coge las armas y nos dice que vayamos saliendo. Primero salen los rehenes y después yo, mientras echo un trago de whisky, enciendo un cigarro y me abro una birra para el camino. El madero, que es un nota joven del tipo armario empotrado, sigue flipando. Afuera sigue lloviendo, pero menos, aunque no tiene pinta de escampar. Diviso a la Pili y al Roberto, el abogado. La Pili está muy guapa, a pesar de que los años van pasando y todos nos hacemos mayores. El Roberto tiene cada día más mala cara, como yo. Es el precio de ser un borracho.

Me acerco hasta ellos. La Pili me da un beso y el Roberto me zarandea agarrándome los hombros.

—Estábamos muy preocupados —dice el abogado.

—¿Estás bien? —pregunta la Pili. Debo de tener sangre reseca por la cara y por el pelo.

—Sí, sí, estoy bien. ¿Es verdad que se ha escapado el Nico?

—Sí —dice el Roberto—, pero no sabemos nada.

Dos policías que están observando la conversación me llevan junto a los otros dos rehenes. Hay ambulancias y nos hacen a los tres un reconocimiento rápido. A mí me dicen que van a llevarme al hospital porque tienen que mirarme por rayos la cabeza debido a los golpes. Los médicos flipan de que esté bebiendo y fumando. La verdad, hoy la gente alucina por cualquier cosa. Si hubieran entrado a un bar en los setenta cuando todo quisqui a las seis de la mañana fumaba y tomaba copas de coñac y anís se habrían desmayado, joder.

Un tipo con bigote de pelusilla, muy joven y con cuerpo esculpido en gimnasio se acerca. Al escucharle hablar me doy cuenta de quién es. Nadie espera escuchar una voz de pito saliendo de la boca de un tío tan fuerte y tan varonil, aunque con cara de crío.

—¿Está bien? —me pregunta.

—Sí, bien —contesto al Errejón.

—Lo van a llevar al hospital.

—Sí, ya me han dicho.

—Los médicos dicen que con esto de los golpes en la cabeza es mejor prevenir porque puede haber algún coagulo que le provoque complicaciones. Quizá no ahora, pero sí cuando pasen unas horas.

¿Le duele?

—Bueno, un poco. —Y era cierto, me estaba empezando a doler —. Oiga, ¿es verdad que se ha escapado el Nico?

—Sí. En un primer momento no le hemos identificado y cuando íbamos a hacerlo ha echado a correr. Después ha repelido los tiros disparándonos y eso le ha dado unos segundos para desaparecer. Pero no ha podido ir lejos. Le cogeremos.

—La madre que lo parió…

—Oiga, ha sido usted muy valiente, quería decírselo.

—Bah…, no soy un héroe. Actué por instinto. Solo creí que podía ayudar a que estos tarados no nos mataran a todos. Solo eso.

Me da la mano. Me dice que ahí termina su labor y que no nos veremos más porque los que me van a interrogar después serán otros maderos, en la comisaría. Qué jodido el Errejón, qué curro tiene más raro.

Me montan en una camilla, pero les pregunto que si no puedo ir sentado, que me encuentro bien. Además, con el moco que llevo, lo mismo si me tumban me da un amarillo. Me permiten ir sentado atrás, con un médico o enfermero o lo que sea. Así que echamos a andar, no sin antes recibir instrucciones de los maderos de que me presente en la comisaría de San Blas en cuanto me den el alta. Me toman todos los datos. No sé si voy a librarme del mareo, porque la jodida ambulancia, una Mercedes modelo Sprinter (lo veo en la puerta de atrás, que yo de coches ni zorra), no lleva ventanas, y los cristales de atrás tienen una visión muy reducida porque llevan pegatinas del SUMMA y del 112. La furgona parece un jodido quirófano de la NASA. Me da por pensar en la de tipos que pueden haber muerto allí. Y en la de tipos que se han salvado al ponerles cables y tubos de todas aquellas máquinas. Me pregunto también si yo acabaré viajando entubado algún día en una furgoneta de estas, con un coma etílico, un infarto o cualquier mierda de esa que te hace recordar que la vida, aparte de absurda, es efímera e imprevisible.

—¿Adónde vamos? —le pregunto al sanitario.

—Al Ramón y Cajal.

El hospital Ramón y Cajal es el hospital que nos corresponde por zona, que hay que joderse. Con los habitantes que tiene el distrito de Canillejas-San Blas y a nadie se le ha ocurrido ponernos un hospital, yo no digo que para nosotros solos, pero compartido con Vicálvaro, Hortaleza, Pegaso, todos estos barrios de alrededor, no sería ningún disparate. Pues no, cada vez que nos pasa algo

tenemos que ir a la otra punta de Madrid con la que, además, no tenemos muy buena combinación. Hace poco han puesto un autobús de la EMT que va directo, pero como han puesto pocos se petan de gente y el finde suspenden la línea. Y como el hospital atiende a tropecientos distritos, las colas para una operación o para cualquier ingreso son vergonzantes. Y para un distrito que, con la mierda del Covid, mantiene casi todas las instalaciones de atención primaria cerradas, solo con citas telefónicas, y dejando que se extingan los contratos de los sanitarios sin renovarlos. Es una vergüenza. Pero siguen ganando elecciones, así que nada que decir porque somos demócratas, ¿no? Somos gilipollas del culo. Tenemos lo que nos merecemos. Hospitales no van a poner, pero sí se escucha que van a abrir la playa artificial más grande de Europa al lado del estadio Metropolitano. Hay que joderse. No, si todavía voy a tener que mirar tablas de surf por el Amazon. ¿Habrá tablas adaptadas para viejos borrachos?

Una enfermera me hace las curas pertinentes, limpiándome las heridas y desinfectándolas. Dice que no hace falta darme puntos. Mejor. Luego me llevan a una sala de espera. No hay mucha gente. No hay ni rastro de los otros rehenes. O bien se los han llevado a otro sitio o a ningún lado, porque no recuerdo que a esos dos les dieran ningún golpe. Me habría gustado despedirme. No es que hubiésemos hablado mucho, más bien nada, pero bueno, fueron unas horas compartiendo ese sentimiento que seguramente teníamos todos de que íbamos a morir o a salir malparados. Como no me llaman, me busco las mañas para encontrar una ventana en el descansillo de una escalera por la que parece no pasar nadie y me enciendo un piti. Sí, ya sé que está mal, pero también está mal el humo que echan los coches y los aviones, el plástico que tiramos y el veneno que nos echan en las comidas (yo creo que es eso lo que afecta a los votantes; eso y las sucesivas reformas de Educación, que se están cubriendo de gloria los gobiernos). Me fumo el pitillo hasta la mitad, porque escucho mi nombre y apellidos.

Me pasan a una sala, me tumban y la cama se mueve hasta que la cabeza queda introducida en un cubículo. Me dicen que me relaje, que piense en otra cosa, y se me viene a la cabeza la letra de una canción que escuché en el banco dos o tres veces: «*Le dije: vamos a la calle y pillamos más, tengo un colega que vende mierda aquí detrás. No le dije nada hasta el final, la pobre iba fatal, éramos zombis en el rabal*». Después, mientras escucho un ruido tela de raro pienso en el Nico, en el jodido Nico. Este va a ser de los que

tiene siete vidas, como los gatos. ¿Dónde coño se habrá metido? Desde luego le ha echado cojones. La jugada que ha hecho demuestra que es un tipo inteligente. A veces hay tipos inteligentes que no utilizan la inteligencia para prosperar en la vida. La tienen, porque es algo inherente al ADN, pero en muchos casos, para sobrellevar la vida hay otros factores que influyen más que la inteligencia que uno pueda tener. Son tipos que llevan grabada de forma indeleble la marca del perdedor. Me parece que esto lo dijo un psicólogo en la radio. ¿O fue un escritor? No me acuerdo, pero tiene sentido. A mí mis profesores me decían que era inteligente. Pero de eso hace ya mucho. Las neuronas que habré perdido desde entonces.

Al parecer, el Nico ha sobrevivido. No se fue de vacío del banco. Se llenó los bolsillos, los calcetines y los gayumbos de fajos de billetes que ahora le vendrán estupendamente para ir tirando. No mucho, porque con la ruina del caballo la pasta se acaba pronto, pero sí lo suficiente. Una vida clavada a la de su viejo, como si fuera la trama de un guionista de serie y lo del Nico fuera una precuela del propio Chule. Lo mismo hasta tiene por ahí una piba esperándole, como el Chule tenía a la Marga. Otra cosa son el Polaco y el Tiri. A esos no los veo yo sobreviviendo en el trullo. Al Nico sí, pero es el Nico el que está en la calle y a ellos los han trincado. Porque a pesar de que se generaliza con eso de designar a la peña como perdedores, hasta entre los perdedores hay clases. El Nico pertenece a la nobleza de ese lumpen. El Polaco y el Tiri no, y eso se ve de lejos.

La camilla vuelve a moverse interrumpiendo mis pensamientos. Los médicos me dicen que vuelva a la sala. A la media hora o más me dicen que entre en una consulta. Tienen los resultados de las pruebas. Dos médicos, un chaval y una chavala jóvenes, miran las radiografías en unos cristales iluminados. Por unos momentos, como no dicen nada, aparte de que me siente, me acojono. Después retiran las radiografías, las meten en un sobre tamaño olímpico y me lo entregan.

—No tiene nada —dice la chica—. Puede marcharse.

—Eso sí, es recomendable que repose, no haga esfuerzos. Y si siente algo extraño se viene rápido para acá.

Me levanto y me abro porque intuyo que si me quedo más van a decirme que no fume, que no beba, que no folle y que no respire aire contaminado. Las dos últimas cosas son ya imposibles, por distintas razones, obviamente. Me mola decir esto de «obviamente». Te da un

aire como de gilipollas, pero de gilipollas instruido.

Pienso en coger el bus directo, pero si lo cojo me espera un viaje hasta Canillejas con la Ley Seca. Así que salgo del complejo hospitalario subiendo unas escaleras que parecen las de la peli de *Rocky* (la madre que las parió) para subir hasta el barrio de Begoña, en el que yo sé que hay tiendas de chinos, y me pillo una birra. Sonrío cuando veo que venden botellitas de esas pequeñas de whisky. Joder, y encima son de Johnny Negro. A veces la vida te da sorpresas, gratas sorpresas. Abro una de Johnny y me la pimplo de un trago. Y luego empiezo a saborear la birra 1906. Sí, también hay categorías en las tiendas de chinos. Salgo hasta la avenida y me voy a una parada de taxis. Y una mierda voy yo a irme en bus y en metro, y más llevando pasta a mansalva. Sí, yo también cogí un fajo en el banco de una de las bolsas, después de que se marchara el Nico, cuando no me veía nadie. ¿Que si me arrepiento? Claro, de no haber cogido más, que soy gilipollas.

24

La historia de Belinda era una historia triste. Procedía de Río de Janeiro, en donde estudió hasta segundo de Derecho. En aquel momento, y pese a no pertenecer a una familia desestructurada, la crisis hizo que perdiera el empleo, teniendo que dejar los estudios. Después de varios intentos de volver a encontrar trabajo, una amiga le habló de una agencia de colocación que empleaba a chicas en Europa. Desechó la idea porque su vida estaba en Brasil. Pero la desesperación, la falta de expectativas y la pérdida de la esperanza de encontrar un trabajo la llevó a ir a la agencia un tiempo después. Una mujer de mediana edad la informó de que podía viajar a España y trabajar en el servicio doméstico o cuidando a ancianos y niños por mil quinientos euros al mes. Se relacionó con ella durante un par de meses y finalmente le inspiró confianza. Cuando le confesó que no tenía dinero para el billete de avión, la mujer le dijo que no se preocupara, que la agencia se encargaba de todo y que según fuera trabajando ya devolvería el dinero.

Belinda viajó en compañía de otras doce chicas hasta París. Les dijeron que no debían hablar ni juntarse en ningún momento. Un par de furgonetas las trasladaron hasta Vigo y de ahí a Portugal, a Vilanova de Cerveira.

—Nos llevaron a un chalé muy grande, muy lujoso, en el que había otras chicas. Mis compañeras y yo creíamos que serían otras mujeres que como nosotras habían llegado en busca de empleo.

Me iba contando brevemente su historia mientras tomábamos café en mi casa a la mañana siguiente. Lucía el sol y a través de la ventana la vida seguía su curso, como si los problemas no existieran, como si fueran un espejismo que se evaporaba con solo chasquear los dedos.

—Durante una semana nos llevaron de excursión. Lisboa, Oporto… Decían que era para conocer la cultura portuguesa. Pero, la verdad, paseábamos, comíamos y bebíamos, todo de lujo, ¿sabes? Nos empezamos a mosquear. Una mañana, nos reunieron a todas en una habitación y nos habló la señora que nos recibió el primer

día. La acompañaban dos guardaespaldas. Nos contó que realmente habíamos ido hasta allí para ejercer la prostitución. Yo protesté la primera, siempre he sido la más bocazas. Dije que de ninguna manera, que me volvía para Brasil. Uno de los guardaespaldas vino hacia mí y me dio dos bofetadas. El otro me enseñó fotos de mis sobrinas, y de mis tías. Dijo que si no obedecía las iban a violar a todas, empezando por las pequeñas, y que después las iban a cortar en trozos y que me enseñarían fotos y vídeos.

Se echó a llorar. Le di un cigarrillo y le serví una copa de whisky. Yo me serví otra preguntándome cómo podían existir todos esos hijos de puta que hacían esas barbaridades. A la vez, veía que ahí había un reportaje cojonudo.

—Así que tragaste, claro.

—¿Qué iba a hacer? Habían guardado todos nuestros pasaportes en la caja fuerte y nos dijeron que teníamos una deuda de más de cinco mil euros. Nos compraron vestidos, zapatos, de todo, porque para los clientes había que estar impecables. La deuda fue en aumento, claro. La deuda aumentaba por todo: maquillaje, ropa, comida, productos de belleza… Al cabo de un año, me llevaron hasta Málaga. Si en Portugal pasé un calvario, en España aún fue peor porque no dominaba el idioma. Lo aprendí pronto. Entendiéndote con la gente las cosas se veían de otra manera.

—Lo hablas muy bien.

—Por necesidad.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Un par de años. A los seis meses, el jefe me dijo que necesitaban mujeres que se metieran cocaína y que bebieran con los clientes, que estos eran los que mejor pagaban y que así podría liquidar la deuda a un ritmo más rápido. Yo pensé que aquello era lo que me faltaba, ¿sabes? Puta, borracha y drogadicta. Pero accedí y me convertí en la puta que más dinero generaba para estos cabrones, así que el jefe me dijo que le vendría muy bien que me fuera con él a Madrid a levantar un club que andaba en horas bajas, y me vine para acá.

—¿Cuánto dinero les debes?

—¿Que cuánto debo? La deuda está más que pagada. Por eso anoche me escapé. Después de follar con dos hijoputas, quisieron meterme un palo por el culo. Me negué, me pegaron y uno de ellos sacó una pistola. Pude escapar y fue cuando me encontré con tus amigas.

Yo estaba flipando. La piba le había echado unos cojones de la

hostia. También flipaba con la reciente facilidad con la que se me colaban pibas en casa. Dos yonquis chorizas y putas y ahora esta otra piba guiri también puta. Y con la historia del Chule revoloteando por mi cabeza. No dejaba de ser curioso cómo la vida transcurría por unos raíles que difícilmente podía vislumbrar unos meses atrás. Mi tía Herminia, esa misma noche, me llamó al orden, y me dijo que llevar a las mujeres que estaba llevando al hostal no era bueno para el negocio. Y eso, dado lo parca en palabras que era mi tía, ya era demasiado. Mi tío solo me miraba, cada vez más frecuentemente, pero él no hablaba, él solo miraba, porque parecía soportar un peso que no permitía que las palabras le salieran.

Encendí otro cigarrillo y recordé a mis padres. Él era un tipo fuerte, alto y moreno. Trabajaba en un taller de fresa y torno. Ella cosía en casa, por libre, para ayudar con lo poco que ganaba. En casa no había grandes lujos, pero no faltaba de nada. Mi hermano Diego dejó el colegio y se puso a trabajar en un taller de motos. Estaba flipado, se sabía todas las marcas, todos los modelos. Se compró una Bultaco Frontera y la preparó, tanto que se estrelló contra un muro de las cocheras del metro y salió volando. Su muerte cayó en la familia como una losa. Mis padres tuvieron el accidente años más tarde, pero nuestra familia ya no volvió a ser nunca lo que era.

—Quería darte las gracias por…

—Nada, no te preocupes. Hoy por ti y mañana por mí. Mira, puedes quedarte aquí de momento, incluso salir a darte una vuelta.

—No, no, salir no. Me estarán buscando. Si no te importa.

—No me importa. Además, luego cuando vaya al curro voy a hablar con una compañera del periódico donde trabajo. Ella lleva temas sociales y una vez la escuché hablar de una asociación que ayuda a gente como tú. ¿Te parece?

—¿Vas a hacer eso por mí?

—Claro, no me cuesta nada.

La piba se echó a llorar. Debía de estar acostumbrada a que la trataran de una manera muy diferente.

—No quiero causar problemas —me dijo lloriqueando—. Mira, estoy aquí un par de días o tres hasta que se pase esto un poco y me voy. No como mucho y molestaré poco, de verdad.

—¿Y adónde vas a ir, mujer? Anda, hazme caso. Déjame ayudarte. Ya verás como se arreglan las cosas.

Llamaron a la puerta. Eran las chicas. Venían con un par de bolsas de comida y cervezas que habían mangado del súper. Yo me

abrí una. Estaba caliente, pero me la bebí igual. Se las veía espléndidas, maquilladas y recién chutadas, lo que me recordó que había comprado un pollo y aún me quedaba algo en la habitación, así que me fui para allá y me metí una raya generosa. Me encendí un truja y enseguida me dieron ganas de hacer cosas. Les dije a las pibas que me iba al curro. No es que tuviera mucho que hacer, pero así me veían por allí un rato e intentaba hablar con Ana sobre Belinda. Antes de subir a la redacción me tomé un sol y sombra en el bareto de abajo y me volví a rayar en el tigre. Subí a la redacción en órbita.

—Hombre, Rodríguez, cómo tú por aquí —me dijo Peláez tosiendo, y sonó como el petardeo del tubo de escape de un coche cascado.

—Pues ya ves, jefe. Hay que currar, que para eso nos pagan.

—Me alegro de que pienses así. ¿Ya tienes el artículo de hoy?

—Aquí, jefe, lo tengo aquí —le respondí, apuntándome a la sien con el dedo índice—. Pero también tengo otra cosa de la que quería hablarle.

Peláez no quería oír hablar de cosas nuevas y menos a aquellas horas, cuando ya quedaba aproximadamente una hora para irse a comer. Así que tosió y gruñó, pero le conté por encima la historia de Belinda y la idea que tenía de hacer un artículo. Lo pensó un poco y finalmente dio el visto bueno.

Un cuarto de hora después estaba repitiendo la historia a Ana, que flipó en colorines.

—¿Y dices que la tienes en tu casa?

—Sí, de momento. Pensé que esa asociación la podría ayudar.

—Descuida, hablaré con ellos y te doy un toque. ¿Y tú qué?, si quieres busco alguna otra asociación para ti.

—¿Para mí?

—Sí. ¿Tú te has mirado al espejo? Pareces un vampiro, tío.

—Eh…, bueno es que no salgo y tengo insomnio.

En lo de dormir mal no le mentía, aunque con las pastillas que me había recetado el médico dormía mucho mejor.

—Avísame cuando sepas algo.

—Que sí.

Me fui hasta mi mesa y redacté el artículo del Chule para el día siguiente. El cabrón de Peláez me lo hizo repetir. Me dijo que era repetitivo, que idease cosas nuevas. Qué hijoputa. Yo había pensado darme el piro y allí me tenía con la mente en blanco. Y claro, tuve que ponerme otra raya, porque con el bajón no me salía nada. Logré

hacer algo decente, pero le di otra vuelta, para que Peláez no me tocase los huevos. Y finalmente aceptó a regañadientes, no sin antes hacerme sustituir algunos adjetivos y adverbios, como si yo fuese un colegial.

Con toda la movida se hizo la hora de comer, pero con tanta farlopa no me venían las ganas de echar ni siquiera un bocado. En ese momento, justo cuando estaba empezando a pensar que no me vendría mal una birra, alguien gritó mi nombre desde el teléfono que colgaba de la pared del fondo.

—¡Es para ti! ¡Dice que es un abogado, Roberto no sé qué!

Roberto «no sé qué» no podía ser otro que el abogado del Chule. Le había dado mi teléfono y el de la redacción por si pasaba algo.

—Dime, Roberto, ¿ha pasado algo?

—Sí. El Chule está en la enfermería con un tobillo roto. Ha intentado fugarse.

—Joder…

—Al parecer se subió al tejado, alcanzó el muro y saltó. Al caer se jodió el tobillo y la Guardia Civil lo interceptó. Creí que te gustaría saberlo.

—Claro. Gracias, tío. Oye, ¿y esto cómo…?

—Esto no le va ayudar. Todavía le queda mucha condena, pero estas cosas las tienen en cuenta cuando se revisan los casos para obtención de permisos, reducción de penas, ya sabes. Y él también lo sabe. Yo pienso que no está arrepentido. Siempre anda metido en cada intento de fuga, en cada motín…, en fin.

—Es su naturaleza.

—Debe de ser. Te dejo.

—Gracias de nuevo, tronco. Nos vemos.

Colgué. Puto Chule.

Me escaqueé de la redacción en cuanto pude. Tiré para el barrio y eché unos botijos con unos cuantos colegas de la bodega del Cortezo, que además de regentar el antro diminuto e infecto arreglaba relojes y cambiaba mecheros Bic desechables que él recargaba con gas. Me alimenté a base de cacahuetes rancios y unas aceitunas a granel cuyo origen prefería ignorar y que el Cortezo aliñaba con hierbas que él mismo cogía por el campo en el barrio. Porque el barrio por aquel entonces era el poblado de la UVA, algunos edificios, descampados y campo, mucho campo con trigales, humedales y muchas zonas en las que la gente, que en su mayoría procedían de zonas rurales, se dedicaba a coger setas, cardillos, collejas o lo que pillaran, por pasar el tiempo y por si podían

ahorrarse unos pavos en la cesta de la compra, que no estaba el horno para bollos. De vez en cuando alguien se confundía con las setas y la palmaba. No hacía tanto que había muerto una familia entera. Una desgracia. Un matrimonio con tres hijos. Solo se salvó uno, la oveja negra, un yonqui que se salvó por serlo y no estar nunca en casa. Una puta desgracia.

25

Estabas un tanto cambiado. Habías pasado por la etapa de fugas, y después por la de la concienciación política, liderando motines. Creí que no volverías a hacerlo, pero entonces te trasladaron a la cárcel de Tenerife 2, después de un breve paso por el penal del Puerto de Santa María. Tanto los médicos como los boquis te trataban bien. Tenías acceso al economato, a los patios y a la biblioteca. La prisión era nueva y eso se notaba. El propio director te dijo que allí no importaba lo que hubieras hecho antes, pero que no te equivocaras, que había leído tu historial y que te tenían vigilado. Te recomendó que tuvieras buen comportamiento para así poder dejar el primer grado y pasar al segundo, que todos salían ganando. Agradeciste los consejos, pero no te dejaste engañar por las buenas palabras. Estabas en la cárcel cumpliendo condena y el director era un cabronazo con vocación de verdugo, ¿cómo, si no, se llega a dirigir una prisión?

La única verdad era que desde que habías llegado allí, aparte de leer y los paseos por el patio, te habías dedicado a estudiar la estructura de la prisión. Aquello olía a fuga. Un día te decidiste a crear una avería en la celda para que te trasladaran a la parte de abajo, cerca de la salida. Lo conseguiste. Empezaste a serrar un barrote de uno de los lados de la ventana. Cuando lo terminaste, tapaste la hendidura con cinta aislante negra, y al día siguiente lograste escabullirte de la celda y te acercaste hasta una pequeña alambrada que pudiste superar. Desde allí conseguiste bajar hasta el módulo de ingresos y, tras saltar un muro, te dirigiste a la enfermería a través de los jardines sin ser visto. Desde allí te encaramaste al tejado de la entrada y, ayudado por un saliente de la fachada, conseguiste trepar hasta el tejado superior. Te moviste hasta estar justo encima del puente de acceso a la prisión por donde todo el mundo entraba, desde los funcionarios hasta los familiares de los presos cuando iban de visita. Saltaste y permaneciste agazapado y oculto tras una de las garitas con el corazón desbocado. No te habías roto las piernas en el salto, pero pensaste que la ibas a

palmar de un jodido infarto. Tuviste que esperar veinte minutos hasta que uno de los picoletos se despistó con el paso del coche patrulla que hacía la ronda. Avanzaste por el pasamanos y tuviste que esperar tu oportunidad hasta que el otro guardia se despistó mirando hacia el interior del recinto. Seguiste corriendo, avanzando encorvado hacia la libertad.

Te detuviste en el extremo del puente, separado ya solo por un par de metros de esa libertad.

—Si te mueves te desparramo los sesos por el suelo, cabronazo —te dijo un guardia civil, apuntándote a la cabeza con su arma. Había salido de la nada.

Fue el fin de otro intento de fuga. Te querías morir. Lo habías tenido tan cerca que llegaste a creer que lo conseguirías. El director te dijo que te había advertido y decretó tu aislamiento mientras en el aparato de radio daban noticias del fin del motín de la prisión de Foncalent, todo muy simbólico. El aislamiento implicaba salir al patio solo y no socializar con nadie. Tu estado de ánimo estaba por los suelos. Desde que habías entrado a formar parte de la población reclusa de las cárceles españolas no solo no habías ido descontando condena, sino que la habías aumentado, por el motín de Daroca y por varios incidentes más, como los intentos de fuga o peleas con los carceleros y otros presos. Aquello tenía pinta de que te ibas a comer más años de los que ibas a vivir. Y por aquel entonces, en tu cabeza no crecía la idea de portarte bien o hacer que la condena se redujese por los cauces reglamentarios. Tú solo querías escapar o protestar, haciendo motines o lo que fuera para que las condiciones en las prisiones se hicieran más humanas y se acabaran las torturas y los tratos vejatorios. No eras el único. Durante esos años, los motines eran recurrentes, algo que la Administración no estaba dispuesta a consentir.

Meses después, fuiste trasladado a la prisión de Zamora ante el inminente juicio por un apuñalamiento en el patio de la prisión de Daroca dos años atrás en el que hincaste repetidamente un hierro puntiagudo en el cuerpo de un chivato que además robaba dinero a los presos que le encargaban cosas del economato. El veredicto de aquel juicio estaba claro. Había testigos, habías reconocido el delito y habías tenido suerte de que el tipejo no hubiese muerto. Así que solo te quedaba agachar la cabeza y esperar una reducción de condena reconociendo los hechos y mostrarte arrepentido.

—Mira, te vistes bien para el juicio y pones cara de estar arrepentido hasta de haber nacido —te dijo el abogado Sendín, que,

en su rol de defensor de causas más o menos justas, había seguido defendiéndote a lo largo del tiempo.

—No voy a hacer eso. No estoy arrepentido. Ese malnacido es un hijoputa que todavía estará por ahí en cualquier penal de mala muerte chuleando a los presos. No se puede caer más bajo. Putear a tus propios compañeros…

—Entiendo lo que dices, pero ahora no se trata de ese malnacido, se trata de ti, de aumentar tu condena lo menos posible. Olvídate ahora de aquel cabrón.

Te vestiste bien, en eso hiciste caso a Sendín. Pero tu actitud durante la vista no fue precisamente la de un hombre arrepentido. La sala estaba regida por dos magistrados y el presidente, con ojos apagados, que poseía la actitud de quienes están acostumbrados a enviar a personas a la cárcel todos los días. A tu izquierda estaba el fiscal, ordenando papeles y metido en su papel, dando su discurso. A tu derecha, Sendín escuchaba los argumentos de la fiscalía con aire cansino. Detrás, en el fondo de la sala, algunos periodistas intentaban cazar la foto que encabezara al día siguiente la sección de sucesos de los periódicos locales. Empezaron a desfilar algunos testigos que no conocías de nada. A otros sí que los recordabas. Eran carceleros de los tiempos en Daroca. También llevaron a algunos presos como testigos que se negaron a declarar ante las preguntas del abogado y el fiscal. El resto de desconocidos que declararon en tu contra provocó que te hicieras preguntas. ¿Acaso alguien había contratado figurantes para aumentar los testimonios en tu contra? El juicio quedó visto para sentencia, que saldría un par de meses más tarde.

A pesar de las pruebas y de tu actitud arrogante, no saliste malparado. Te cayeron algunos años más, pero fueron algunos menos de los que te podían haber caído. Sendín rebatió con éxito los argumentos de la fiscalía ante los magistrados. Pero eso a ti no te importó lo más mínimo. Los años añadidos a la ya de por sí larga condena hicieron que rompieras tus lazos con la sociedad definitivamente. Añadiste tu nombre a un manifiesto dirigido a Antoni Asunción, por entonces secretario general de Instituciones Penitenciarias. En aquel escrito se pedían, entre otras cosas, la reducción de pena día por día más cuatro meses por año de condena cumplido, con carácter retroactivo; la inmediata puesta en libertad de los presos con enfermedades incurables, desapareciendo el requerimiento de que se encontraran en fase terminal; y mantener fuera de contacto con la población reclusa a todo aquel carcelero al

que se le hubiera denunciado por malos tratos.

Asunción era un hueso duro de roer, como había demostrado en una reciente huelga de hambre de unos presos del GRAPO. Uno de ellos murió de inanición y otro acabó en silla de ruedas de por vida por lesiones de carácter interno irreversibles. Así que tu escrito y el de los otros presos, todos pertenecientes a la APRE (Asociación de Presos en Régimen Especial) en ese momento, acabó siendo papel mojado.

Por aquel entonces, a la larga lista de motines por cárceles de toda España se añadió el del penal del Puerto de Santa María. Varios presos lograron retener a los carceleros del módulo uno y se atrincheraron en el economato. Se volvían a pedir mejoras penitenciarias en nombre de APRE, entregando a las autoridades una nota para que se hiciera pública en los medios de comunicación. Hubo un preso que aprovechó el motín para ajustarle las cuentas a otro. En medio de las negociaciones abrió su celda, lo acuchilló y, no conforme con esto, lo decapitó, mostrando la cabeza a las cámaras de circuito cerrado de televisión, vamos, el acabose. Las negociaciones se rompieron y, pasadas veinticuatro horas, los presos soltaron a los rehenes y se entregaron. Aunque el asesino psicópata no pertenecía a APRE, se les atribuyó la decapitación del preso para desprestigiarlos. Tras este hecho, se empezó a aplicar en España el Régimen Especial FIES (Fichero de Internos de Especial Seguimiento). El Gobierno utilizó una de las imágenes grabadas en el Puerto de Santa María del preso con la cabeza del otro en la mano para convencer a los jueces de la necesidad de tomar medidas contra los presos de APRE, medidas que constituían la más grave violación de derechos humanos y la ruptura de la democracia en las cárceles. El sistema judicial, el legislativo y el ejecutivo fueron cómplices del comienzo de una de las etapas más negras del sistema penitenciario en España. Y todo ello alentado por un gobierno que teóricamente era de izquierdas, un error de percepción de los ciudadanos que todos pagarían caro.

Tú no lo sabías en aquel momento, pero fuiste uno de los primeros presos FIES de España. También pasó a serlo el Adolfo, uno de los tipos que había sido parte de tu banda en Canillejas y que llevaba un par de meses en Tenerife 2. Ambos llevabais más de veinte días en aislamiento, en unas mazmorras asquerosas que solo se abrían para daros la comida ante un grupo de carceleros armados con porras y hierros y para cumplir el escaso horario de patio. Durante aquel periodo, las esperanzas solo existían en un par

de hojas de sierra escondidas y en una palabra que no dejaba de resonar en vuestros cerebros: «fuga».

—Recoja sus cosas, que se va de conducción —te dijo un día un carcelero, abriendo la puerta de golpe.

—Vale. Avise al botones para que me lleve la maleta.

Te hizo gracia lo de «recoger tus cosas». Y te dio mucha alegría salir de ese agujero después de un mes de encierro. Te llevaron a ingresos y te metieron en una celda. Media hora después encerraron a tu colega el Adolfo en la celda de al lado. No pasaron más de cuarenta minutos hasta que una furgoneta vino a por vosotros y os llevó al puerto. El barco iba al Puerto de Santa María, haciendo escala en Las Palmas. Unos meses después, dos compañeros lograrían reducir a los dos guardias civiles que los custodiaban en el barco y lograron escapar. A vosotros ni se os ocurrió porque os pareció imposible. Pero volvisteis a intentarlo en el penal del Puerto de Santa María.

Una mañana, varios funcionarios vigilaban el trabajo de algunos presos asignados a servicios especiales que se encargaban de retirar las basuras en el sótano de la segunda galería. El Adolfo, tú y dos compañeros más llegasteis al sótano encapuchados con una pistola (por cierto, se te olvidó contarme de dónde la habíais sacado) y dos espráis de gas paralizante. Obligasteis a los boquis a ir hasta la cocina, que estaba en la misma galería, y de ahí al economato, porque alguien os dio el chivatazo de que ahí había dinero en efectivo. Los cuatro erais presos comunes que compartíais galería con presos del GRAPO y otros internos. En teoría nadie sabía nada y vuestro plan estaba basado en la sorpresa. Sin embargo, la Dirección estaba avisada y nunca conseguisteis saber por quién. Concentraron un dispositivo policial en el patio de entrada, que era el lugar por donde teníais que pasar forzosamente para acceder a la zona en donde estaban los familiares de los presos antes de acceder a la sala de comunicación. Pensabais mezclaros con ellos y escapar. Al daros cuenta de que no teníais ninguna posibilidad de salir abandonasteis a los rehenes, disteis marcha atrás y os quitasteis las capuchas para mezclaros con otros compañeros en el interior e intentar pasar desapercibidos. El aparato de seguridad de la cárcel interrumpió las comunicaciones y todos los familiares de los presos quedaron retenidos hasta las cuatro de la tarde.

Los boquis, protegidos por la Policía Nacional, terminaron el recuento de presos, comprobando que no faltaba nadie. El arma, una pistola del calibre 7,65 con cuatro balas en el cargador apareció

en el comedor de la tercera galería después de que se la pasarais rápidamente a un compañero de confianza para que no os la encontraran en el cacheo. Fue la única vez que saliste impune de un intento de fuga. Pero esto cambió cuando se inició una investigación y se determinó, debido sobre todo a la pistola, que la fuga la habían protagonizado cuatro presos de ETA que, obviamente, eran inocentes. Y como tú eras como eras, no ibas a permitir que otros compañeros, aunque fueran etarras, se comieran un marrón por lo que tú habías hecho. Así que te entregaste y pagaste por ello, sin delatar al Adolfo y a los otros dos compañeros, que callaron y tú lo respetaste.

El intento de fuga siguiente sí lo conseguiste. Esa vez solo ibais el Adolfo y tú. Menos gente, menos riesgo de chivatazo. El Adolfo era un tío legal, con sus cosas. Conseguisteis que os llevaran al dispensario después de simular una pelea. Allí redujisteis a los dos funcionarios con dos pinchos de fabricación casera y tú subiste a ver al jefe de servicios. Con el pincho en su cuello, lo obligaste a redactar un permiso de salida para los dos y a que telefoneara a los vigilantes que estaban en la puerta para anunciarles vuestra salida. Llevaste al jefe de servicios junto con los funcionarios y allí los dejasteis amordazados. Salisteis por la puerta del penal después de cambiaros de ropa y asearos.

La aventura terminó en un olivar de la provincia de Jaén. Habíais robado un coche para ir a Madrid, para ir al barrio. Querías ver a la Marga, y al Nico. Te estabas perdiendo su infancia. Te estabas perdiendo la vida. Tuvisteis que salir de la carretera porque había un control de la Guardia Civil. Aún no sabes cómo, pero en minutos teníais detrás a un batallón de picoletos, con sus sirenas, sus metralletas y toda la pesca. Conducías. Deprisa. Muy deprisa. Esquivando olivos. Viste un amasijo de sangre y carne que saltaba al parabrisas. Era del Adolfo. Una ráfaga le había entrado por la nuca y le había salido por la garganta, haciendo estallar instantáneamente el cristal delantero. Tu colega estrelló su cabeza contra el salpicadero. Y tú, antes de poder reaccionar, sentiste un dolor intenso en el brazo derecho. Tu mano dejó de aferrar el volante, como si estuviera muerta. Ya no pudiste esquivar el siguiente olivo. Perdiste el conocimiento cuando el coche se estrelló contra el árbol centenario.

26

Nunca he dormido bien, pero desde hace ya muchos años no duermo casi nada. Según los médicos presento un cuadro calamitoso: adicto al alcohol, adicto al tabaco, adicto a las drogas, diabetes, hipertensión, problemas de tiroides, triglicéridos y un largo etcétera de jodidas patologías. Así que salgo pronto de casa, con la idea de ir temprano a la comisaría a declarar porque pienso que habrá menos peña a esas horas. Me equivoco de plano. A las seis de la mañana tienen en la comisaría a toda la fauna nocturna: putas borrachas, putas drogadas y hasta putas sobrias, las menos, todo hay que decirlo, pero también chulos, traficantes de medio pelo, borrachos, drogadictos, carteristas y tipos que han recogido por la calle tirados, vagabundos y opositores a sintecho. Espero hora y media leyendo una novelita de bolsillo, alternando la mirada entre el texto de sus páginas amarillentas y el espectáculo de la comisaría. Aquí un escritor fliparía. Finalmente, un madero me lleva hasta un cubil insalubre que huele demasiado a desinfectante y otro madero, el inspector no sé qué, empieza a hacerme preguntas.

Me suena el teléfono móvil y lo pongo en silencio, dándome cuenta de que tengo varias llamadas perdidas de números desconocidos. Nosequé me somete a un interrogatorio profundo y bastante repetitivo, supongo que quiere asegurarse de que contesto lo mismo ante las mismas preguntas. Llego a pensar que soy sospechoso y no testigo. Ese es el pago por haber colaborado en la negociación. No solo pago el precio de llevarme unos cuantos golpes, sino que ahora debo soportar a Nosequé y su interrogatorio de manual de academia de Policía, porque el nota es tan joven que si yo lo hubiera visto por la calle habría pensado que estaba haciendo el bachillerato con el Errejón en el insti del barrio.

Cuando somos jóvenes vemos a un tipo de treinta tacos como un viejales, y cuando somos dinosaurios lo vemos como un crío. Así de curiosa es la percepción. Estoy con Nosequé más de una hora y luego me dice aquello de que esté disponible y de que si salgo fuera

de Madrid o de España, que tengo que preguntar primero. Salir fuera ¿adónde? Yo es que me descojono, si a mí a estas alturas el distrito contiguo de Ciudad Lineal me parece Indonesia.

Al salir de la comisaría ha terminado de amanecer. Está nublado, pero al menos ha dejado de llover y me entran ganas de brindar, con lo que sea, ¿cuándo no es fiesta? Vuelve a sonar el teléfono. Es un periodista de *El País*. Desconozco cómo ha conseguido mi número, pero no me extraña que lo tenga. Yo mismo en mis años de periodista había conseguido teléfonos de gente por los métodos más extravagantes y entonces no había ni internet. Quiere que le cuente mi experiencia en el banco y se la cuento. Luego tiro por la calle Lucas Mallada y me meto en un bareto de esos de barrio de toda la vida. La peña trasiega sus copas y yo me pido una de whisky. Suena el teléfono otra vez y es otro periodista que me hace preguntas sobre lo del banco. Le contesto pacientemente y me da las gracias. Me salgo para fuera y enciendo un cigarro. Hay un tipo sin dientes, con las mejillas y los labios metidos para adentro. Toma un vino y pincha callos de un platillo amarillento. Los mastica con las encías, supongo que extrayendo todo el jugo que puede, y después los escupe hechos una pelotilla reseca. Un poco pronto para un vino con callos, pero no en San Blas. Dos mujeres con sus carritos de la compra al lado hablan de lo que vale el recibo de la luz. Una de ellas dice que ha dejado de enchufar todo y que para el frío se apañan con mantas y que hace la comida en un camping gas. Se nota que la otra se siente más importante, porque de momento en su casa no han tenido que tomar esas medidas, aunque no sabe cuánto tiempo más aguantarán.

Al tercer periodista que llama lo mando a tomar por culo. Y al cuarto. Y al quinto. Y a varias emisoras de radio y de televisión les digo lo mismo, que me dejen en paz, coño. Lo que me faltaba, tener ahora que ir por los medios contando la movida.

Pago y me voy para el barrio. A través de la cristalera del bar Soria veo a Roberto Sendín trasegándose su copa de whisky. Me hace una seña, paso y lo acompaño.

—Buenos días —me dice—. ¿Una copa?

—Claro.

En dos segundos, la dueña se planta ante mí con una sonrisa y una copa. Tanto ella como su marido me veneran desde que contraté a la Pili, su hija, para llevar el hostal. Los dos tienen el pelo blanquísimo y las caras arrugadas, pero siguen al pie del cañón trabajando. Su nieta, la hija de la Pili, está estudiando en

Inglaterra, y para eso hace falta pasta.

Roberto está ahora en el hostal. En invierno lo acojo y ayuda a la Pili en lo que puede. Más de una vez le he dicho que se podía quedar permanentemente, que podía ayudar a la Pili en las tareas propias del hostal, cobrando, pero no quiere, ni dinero ni responsabilidades. El tipo, en primavera, coge su petate y su colchón y se pira a la calle y vuelve al siguiente invierno para pasar con nosotros diciembre, enero y febrero, los meses duros. El resto del año vive y duerme en el parque de San Blas.

No fue al sepelio del Chule no porque no lo apreciara, sino porque en el fondo es demasiado sensible y no lo habría soportado. De haber acudido no lo habría hecho en calidad de antiguo abogado suyo, sino de verdadero amigo que lo ayudó en sus temas legales, y también cuando el Chule empezó a estudiar Derecho por la UNED.

—¿Has ido a declarar? —me pregunta.

Lo vi anoche, a él y a la Pili, después de venir del hospital, antes de acostarme, y les conté toda la película.

—Sí, un puto coñazo. Me pregunto qué será del Nico y cómo consiguió escapar.

Me señala el periódico del bar, que está en una de las mesas de al lado.

—Página treinta y dos —me apunta.

Busco la página, en la sección de sucesos, y hay media página de la noticia del atraco. Al final pone que el Nico salió simulando que era un rehén y que esperó el momento adecuado para salir corriendo. La Policía le disparó y él les disparó a ellos. Conocedor como era del barrio, camuflándose entre los coches, logró llegar hasta la iglesia. Desde allí saltó la valla de las cocheras del metro sin ser visto y eludiendo así a la Policía. Se creía que se había montado en alguno de los convoyes que iban hacia la estación de Las Musas, pudiéndose haber bajado en cualquiera de las estaciones de la línea 7.

—La madre que lo parió —digo levantando la vista hacia el abogado.

—Digno hijo de su padre, ¿eh? —dice sonriendo y mostrando dos hileras de dientes amarillentos con algunos huecos negros.

Puto Nico. Jodido Nico. Así que lo había conseguido. A estas alturas yo creía que lo habrían detenido, pero no. El jodido cabronazo había escapado, y con bastante pasta encima.

—¿Qué, nos animamos a dar el paseo? —dice Roberto.

—Vamos.

Ninguno tenemos nada especial que hacer. Como él también es diabético, todas las mañanas nos vamos a andar con la intención de hacer un circuito con el número apropiado de kilómetros. Cogemos la avenida de Arcentales hacia el parque de San Blas para terminar caminando por la avenida de los diabéticos, que está concurrida por tipos como nosotros y por mujeres que, por una u otra razón, también tienen que andar. Siempre nos hacemos buenos propósitos y de hecho alguna vez hemos llegado hasta el cementerio de la Almudena, eso sí, con un cansancio del carajo. En esos casos lo invito a comer por ahí en cualquier bar de menús y luego cogemos el autobús después de los copazos de rigor.

Al pasar por Amposta, vemos a todos los sintecho que se agolpan en el parque. Es una plaga. Cada vez hay más. No es que Roberto sea conocido, es que es uno de ellos. Así que todas las mañanas, cuando pasamos por allí, es inevitable parar y esperar a que Roberto pare de estrechar manos (últimamente lo habitual es entrechocar los puños, por la pandemia). Allí cerca está la caseta de los jardineros donde Roberto, bajo el alero del tejado, duerme el resto del año. Recuerdo un día en que madrugué y fui a llevarle café con whisky en un termo caliente. Me lo encontré fumando en un banco. Lo acompañé a recoger el colchón. Los jardineros se lo guardaban amablemente dentro de la caseta hasta la noche. Él siempre tuvo mucho don de gentes. Me llevé una sorpresa cuando vi un colchón, en el suelo, sí, pero totalmente hecho, con sus sábanas, colcha y un fino edredón estirados, sin una sola arruga, y lleno de peluches. La hostia.

Justo en ese punto, en donde los sintecho se reúnen a charlar y a trapichear, empieza a haber bares, y los bares para tipos alcohólicos como nosotros son como trampas para conejos. Lo normal es que empecemos por el primer bareto de la calle Amposta y nos la recorramos hasta el final, un poco antes de Pobladura del Valle, con lo que se acaba nuestro paseo lleno de buenos propósitos. Eso hacemos. Y cuando terminamos nos cogemos el 48 hasta el barrio. Procuramos no chuzarnos demasiado, para que lo alto de la curda nos pille ya en el bar Soria, muy cerca del hostal.

Hoy en el bar tienen cocido completo. Lo pedimos, para jalárnoslo con una botella de Protos que pago yo, obviamente, porque el pobre Roberto, salvo una ayuda de mierda, no tiene ingresos ni ahorros ni donde caerse muerto. Lo que no significa que no sea más feliz que cualquier otro, ojo, una vez que ha aprendido a convivir consigo mismo y a asumir la pérdida de su mujer y su hija.

Finalmente aprendió que su hija estaba muerta y que su mujer era como si estuviera muerta y ahí acabó su infelicidad, aunque la procesión vaya por dentro, que yo me conozco un poco sus demonios, como él conoce los míos. Menuda pareja que estamos hechos.

—Qué sabes de la Marga —me pregunta mientras damos cuenta de la sopa.

—La vi ayer, desde el banco, mientras gritaba y los maderos la sujetaban. Pero apenas tengo contacto con ella. Verla dos veces el mismo día, primero en el cementerio y después desde dentro del banco, es raro de la hostia, porque pueden pasar meses y no la veo.

—Sigue con el tema.

—Sigue con el tema, sí. Y ahora que ha perdido al Chule fijo que se engancha más. Lo que le habría faltado es que muriera también el Nico, o que le hubiesen entrullado.

—Verlo no lo va a ver, eso seguro. A saber dónde estará este.

—Si es inteligente, y creo que lo es, estará lejos. ¿Sabes?, yo le tenía por un gilipollas, que lo es, pero verlo ahí en el banco, cómo actuaba, en fin, que he cambiado un poco el concepto. Yo creía más bien que era como sus colegas, el Tiri y el Polaco. Pero qué va. El chico tiene algo, lo que pasa que nació en el sitio equivocado.

—Y quién no…

—Eso, y quién no…

27

Mi mentor era un tipo que se había encariñado conmigo en la facultad. Era profesor de semiótica. Tras unas visitas a su despacho en la hora de tutoría, creyó ver en mí algo que yo nunca he visto y de una forma u otra siempre estuvo ahí. Además de un referente para mí, me consiguió o intermedió en cada trabajo que yo había tenido hasta el momento. Me duplicaba la edad, pero era uno de esos tipos que, bien por soltería o bien por su apego a las calles, a las tertulias de bares y cafés y a la vida en sí misma, en su estado puro, conectaba con los de la nueva generación. No fui a verlo inmediatamente después de mi despido. Por cierto, la apatía y la ociosidad forzosa consecuente no mejoró en nada el cariz desastroso que había tomado mi vida. Estaba alcoholizado, por no hablar del tabaquismo, la cocaína, los porros, las dexedrinas y demás sustancias que me tenían sumido en una espiral descendente hacia un infierno para el que tenía un pase vip.

Un día, así, sin más, transcurridas unas semanas y estando bastante pasado de rosca con la Cari, se me ocurrió hacerle una visita. Llevábamos unas pintas curiosas. El tipo vivía en un apartamento por la zona de Malasaña, un primero con techos altos y muy bien arreglado. Cualquier persona medio normal que nos hubiera visto habría huido o habría llamado a la Policía. Él no. Abrió la puerta y, ante la imagen, muy parecida a alguna de aquellas viejas fotos de Sid Vicious y su novia Nancy, se apartó a un lado invitándonos a entrar. Ya sabía que me habían despedido porque el tipo que había dado en su día la cara por mí a instancias suyas consiguiéndome el trabajo se lo había dicho. De hecho, esperaba mi visita.

—¿Cómo estás? —preguntó, más por cortesía que por otra cosa, porque mi estado era evidente. Presentarme allí con una yonqui no ayudaba a que nadie se compusiera una imagen de mí que se acercara mínimamente a la decencia. No solo eran nuestras pintas las que podrían echar para atrás a cualquiera. Olíamos a escape de gas, a abono para cosechas.

—Bien, muy bien, mejor que nunca —le dije con dos cojones—, si lo que preguntas es si soy feliz. Lo soy desde que me importa todo un huevo. Aunque me veas así, lo soy, porque ¿qué es ser feliz? ¿Eh? Mira aquí la Cari. —Ella sonrió mecánicamente al escuchar su nombre—. Conozco pibas que se levantan dos horas antes de ir a currar para recoger la colada, para poner un lavavajillas mientras preparan el desayuno de los putos críos, para meterse en la ducha, para arreglarse, para dar la bronca a los jodidos cabezones porque no hay quien les pueda meter prisa para vestirse, para bajar rápido para arrancar el coche pensando que un día de estos tiene que sacar tiempo para llevarlo a la revisión de los cojones, para dejar a los niños en el colegio, para poner rumbo al curro a toda hostia, para aguantar la bronca de un jefe que no tiene ni puta idea de nada, para volver al cole a recoger a uno de los niños que por edad ya no tiene comedor, para hacer una comida sencilla y comer a toda velocidad, para dejar al puto crío solo rezando para que no le dé por quemar la casa, para volver al puto trabajo y rendir al máximo para salir a en punto y volver al cole a recoger al otro enano que sale llorando porque dice que otros niños se meten con él, para llegar a casa, guardar los putos platos del lavavajillas, recoger la cocina, barrer y fregar los suelos, hacer la cena mientras piensa en la comida de mañana y sacar la merluza congelada que compró la semana pasada, para poner la cena, para echar un cigarro en la ventana en uno de los momentos más íntimos de los pocos de que dispone para después luchar con los críos, que tienen que irse a dormir, pero que en vez de eso se pegan y se ríen y montan la de Dios, y ella no puede más, no puede más, pero se jode porque no le queda otra y, cuando por fin cae en la cama y no se duerme porque está desquiciada de los nervios, se levanta, agarra la caja de las pastillas para dormir y se toma un par para poder descansar de una puta vez. ¿Es eso vida? Pues no. Y ese problema, aquí mi colega la Cari no lo tiene.

Fernando me observó con curiosidad. El discurso era de premio Nobel a la mejor charla farlopera desde el discurso de Spud en la peli de *Trainspotting*.

—Tío, qué rayadura, ¿no? —dijo la Cari. Hasta ella se dio cuenta de lo pasado que iba.

—Para qué has venido, Cipriano.

Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba Cipriano. Cuando lo escuché tuve como un desdoblamiento de personalidad interior, debido sin duda al pedo que llevaba, pero eso era lo de menos. El

caso es que era como si allí hubiera otra persona y fuéramos cuatro: la Cari, Fernando, Zip y Cipriano. Y una vez hablaba uno y otra vez el otro. Cipriano intentaba contener a Zip y Zip intentaba ridiculizar al Cipriano. Finalmente me pegó una crisis y me quedé inconsciente después de convulsionar. Cuando abrí los ojos estaba en Urgencias sedado hasta las trancas. Vi a Fernando, con sus gafas de cerca, sentado en una silla, leyendo una de esas novelas negras a las que era algo más que aficionado.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

A mí solo me salió un gruñido. Tenía la boca pastosa. Luego balbuceé.

—No hables —dijo cerrando parsimoniosamente la novela—. Te han hecho un lavado de estómago y te han dado calmantes.

—Grrrñññ…

—Supongo que sabes que esto se te ha ido de las manos. Es el momento de dar un golpe de timón, chaval, no sé si sabes a qué me refiero. Si no lo haces ahora, puede que tu vida no tenga remedio. Y es una pena, porque tú vales. Me gustaría ayudarte, pero nadie puede ayudar a otro si este no se deja ayudar, ¿comprendes? Tienes que dejar todas esas mierdas que te metes. ¿Te pinchas?

—No, grrrffrssxx…, no.

—Eso está bien, porque esa mierda es la peor. Tienes que dejar todo. Hasta que no lo hagas no podrás volver a trabajar. No sé qué es lo que te ha pasado y, mira, de verdad, lo siento, y no te juzgo. Todos tenemos problemas. Pero las drogas y el alcohol nunca han solucionado los problemas de nadie.

Yo le escuchaba, como siempre le había escuchado otras veces en que mi vida se había acercado a una encrucijada. El efecto de los calmantes alejaba su voz y la volvía a traer. Como si estuviera sujetada a un muelle movido por unas fuerzas que yo no controlaba.

La siguiente vez que me desperté volví a ver a mi mentor, observándome desde su metro ochenta de estatura. Y a su lado estaba mi tía Herminia, que me escrutaba con una mirada de esas que infunden desolación. Respiré una bocanada de un aire que sabía a naftalina y a modas muertas.

—Les dejo solos —dijo mi mentor.

Mi tía se acercó hasta mí y me acarició la mejilla con el dorso de la mano. Después me habló.

—Tu tío y yo somos gente sencilla, del campo, sin estudios y no tenemos la misma sesera que tú. Pero no somos tontos. Mira, desde antes de que tú nacieras fuimos a parar al barrio, y hemos visto

muchas cosas, así que ya casi nada nos espanta. Lo que nos duele, lo que nos está matando, es que todo eso malo que hemos visto, hijo, ahora lo estemos viendo en ti. No sabemos qué es lo que te pasa y en lo que te podamos ayudar lo vamos a hacer. Pero te tienes que dejar porque si no, si no…

Mi tía se echó a llorar y cada una de sus lágrimas me hería como una puñalada trapera. No era extraño que quien estuviera allí fuera mi tía. Siempre era la que hablaba, poco, pero era la que tomaba las decisiones. Mi tío era una buena persona, pero estaba hecho de otra pasta. Tímido y huraño, pero trabajador y buen hombre, ese era mi tío.

—No llores, tía —acerté a decir.

—Tienes que poner de tu parte, hijo.

—Lo intentaré.

—Pero ¿qué es lo que te pasa?

—Ni yo mismo lo sé, tía.

—Es que parece que estás bien, pero de pronto te empiezas a comportar raro y llegas muy borracho y seguro que drogado. Y empiezas a traer a esas chicas, que no son trigo limpio, al hostal. Que yo no digo nada, que si son amigas tuyas… Pero no son las mejores compañías, hijo.

—Ya lo sé, tía.

—Tengo que irme. Tu tío está solo en el hostal y…

—Claro, tía.

Me besó repetidamente en la mejilla. Como si todavía fuera su niño y no un hijo de perra borracho y drogata. Se marchó y a los cinco minutos entró mi mentor con una enfermera que inyectó calmantes en la bolsa de suero. Me quedé frito casi al instante. El mundo se apagó, que era lo que yo quería en ese momento.

La siguiente vez que desperté estaba en una cama que no era la mía. Mi mentor estaba allí mirándome. Yo me preguntaba por qué me ayudaba siempre. Alguna vez se lo pregunté también a él, pero nunca me dio una respuesta convincente.

—¿Cómo te encuentras?

Tardé en contestar unos segundos en los que me concentré al máximo para situar todos los músculos de la boca y la lengua en las posiciones correctas para pronunciar un «bien» que no sonara muy artificial. La verdad era que estaba hecho una pena, un puto cromo.

—Tienes que comer algo.

—Mnnnhhh…

—Sí, claro, ya sé que no tienes hambre. Pero eso no importa. He

hablado con tu tía. Estarás unos días en mi casa, lo que te haga falta para recuperarte. Total, yo me he tomado un año sabático. Tenía la posibilidad y la he aprovechado.

Me ayudó a incorporarme. No le supuso mucho esfuerzo. Yo era un saco de huesos. Me llevó hasta la cocina. Olía a café. Me sirvió uno con leche y me acercó un plato con magdalenas. El bueno de Fernando me hizo tragar dos y no pude más. Di un par de arcadas.

—¿Tienes un cigarro?

Extrajo dos de un paquete de Dunhill. Era un sibarita. La hostia, cómo me supo la segunda calada, porque con la primera me dio la tos. Fernando fumaba, miraba a través del cristal de la ventana, un gesto que me era muy familiar.

—Tienes que salir ahí fuera —dijo señalando el cristal con el cigarro— y echarle cojones. La vida no es una jodida broma, Cipriano.

Volvió a pegar una calada. Sus gestos eran elegantes, como los de una pantera caminando por la sabana, si es que había jodidas panteras en la sabana.

—Esos artículos que estabas haciendo en el periódico sobre el chico ese de tu barrio eran muy buenos. En el periódico lo sabían. Todos lo sabían. Hasta los del Gobierno. Por eso llamaron al periódico para que dejara de publicarlos. Cuando agarraste a tu jefe del cuello perdiste la cabeza. Les serviste en bandeja de plata la excusa para despedirte.

—¿El Gobierno?

—Sí. Esos políticos de pacotilla que tenemos no quieren que ningún periodista vaya sacando los trapos sucios de nuestro vergonzoso sistema penitenciario. Así que te fulminaron. Y los del periódico, como tú mismo sabes, estaban un poco hartos de tu comportamiento, solo tuvieron que sumar dos y dos para despedirte. Ahora lo que tienes que hacer es descansar. En tu estado no puedo recomendarte para ningún trabajo ni creo que te viniera bien en este momento. La chica que venía contigo ¿es tu novia?

—No, solo es una amiga.

—Una amiga que está muy perdida. ¿Me equivoco?

—No.

Volvió a decirme que tenía que echarle cojones al asunto. Que yo era un periodista de raza y que por eso tenía que sobreponerme a la vida y que, sobre todo, tenía que seguir con esos artículos.

—Aunque ahora ya no te los publiquen. Tómatelo como un trabajo, sigue haciendo trabajo de campo con ese atracador, como si

estuvieras recopilando material para escribir un libro. Eso te mantendrá ocupado y servirá para que el músculo del periodismo siga en forma dentro de ti. Aléjate de los bares. Ponte en forma, coño, que pareces una piltrafa.

Más que la charla, el énfasis del taco, cómo lo dijo, me hizo algo por dentro, como si debiera ponerme en estado de alerta ante una guerra a la que me llamaran a filas. Realmente era así. Esa guerra era mi guerra, y solo yo podía ganarla o perderla.

—Ah…, y siento decírtelo así, tan crudamente, pero échate otra novia, cojones. ¿Qué coño haces con una yonqui?

Esto último me puso de mala hostia y le recriminé su actitud. Me escuchó con una paciencia amable que yo no habría tenido en su lugar, hasta que se me acabaron las pilas y dejé de hablar.

Estuve unos días en casa de mi mentor, hasta que me recuperé. Podría haber estado allí más tiempo, pero no era cuestión de abusar de la persona que más se había preocupado por mí, aparte de mis tíos y mis padres hasta que murieron. Caminé por Malasaña, recordando viejos tiempos y otros no tan viejos. Me senté en un banco, encendí un cigarrillo y observé a la gente del barrio que hacía sus cosas cotidianas. Había grupos de chavales y chavalas jóvenes que deberían estar en sus institutos y que sin embargo habían optado por pasear y pasarlo bien charlando, bebiendo y fumando. Había cosas que no cambiaban. Pese a que había prometido a Fernando y, lo que era más importante, a mí mismo alejarme de los vicios, me compré una cerveza en una tienducha y me la fui bebiendo mientras saboreaba un cigarro hasta el metro de Tribunal. Una hora después estaba en el barrio. Mis tendencias autodestructivas habían puesto mi vida en un disparadero cuya diana era la derrota. Pero después de la derrota ya no hay nada, o al menos eso creía yo, porque a pesar de las promesas me fui a tomar el vermú al Ven y Ven. Había poca gente, los borrachos y drogatas habituales entre los que yo y todo el mundo me incluía. La Marga entró en forma de huracán de esos que arrasan una ciudad entera.

—¡Tú! ¿Dónde coño has estado? ¿Dónde coño has estado, joder?

A mí, a esas alturas, pocas cosas me sorprendían ya, pero la entrada de la Marga en el garito dando voces e interpelándome como si yo hubiera hecho algo muy chungo me llamó la atención. Yo no había hecho nada. Si acaso, joderme a mí mismo, a mis tíos y a mi mentor, es decir, a la gente que me quería. Es lo que suele pasar.

—¿Qué pasa? ¿Por qué das esas voces?

—¿Que por qué doy esas voces? ¿Que por qué doy esas voces? ¡La Cari, joder! —Y rompió a llorar.

Primero me golpeó el pecho con los puños hasta que le sujeté los brazos. Luego me abrazó, y la correspondí. Estaba tan delgada que se le notaban todos los huesos. Claro que los míos también deberían pincharla a ella. Éramos dos sacos de huesos abrazados. Ella llorando y yo consolándola, aunque realmente no sabía el motivo por el que la tenía que consolar porque no me terminaba de decir qué era lo que le había pasado a la Cari.

La Cari apareció tirada junto a unos arbustos cerca del merendero del camping de Canillejas con la chuta aún clavada en el brazo la noche anterior. Eso me convenció de que después de la derrota siempre puede haber una estación más ¿llamada infierno? Para mí lo fue. Buscamos caballo para la Marga y estuve a punto de chutarme por primera vez en mi vida. ¿Ya qué más daba? En vez de eso compré provisiones de whisky y nos fuimos al cubil donde vivía la Marga. Ella a chutarse un pico detrás de otro. Y yo a trasegar whisky hasta caer borracho perdido en el suelo sucio.

No sé cuánto tiempo estuvimos en su casa en aquellas condiciones. El caso es que cuando me espabilé hice unas cuantas gestiones. A la Cari le habían hecho la autopsia. Había muerto porque algún hijo de perra le había dado caballo muy cortado con matarratas. Lo de la Cari había sido un asesinato premeditado.

Sus padres estaban muertos, sus dos hermanos también la habían palmado por el caballo y del resto de la familia hacía mucho que no se sabía nada. A la Cari la incineraron unos días más tarde en un crematorio de un pueblo cuyo nombre ya he olvidado porque era la opción más barata de toda la Comunidad de Madrid. En la humilde ceremonia solo estábamos la Marga, Belinda y yo, que fui el que financió el triste espectáculo a medias con una delegación de Cáritas y los servicios sociales del propio ayuntamiento del pueblo. Antes de volver al barrio tomamos un café en un bar de carretera con sillas y mesas de plástico y suelo de terrazo. La barra se caía a trozos, como la mirada del dueño, que parecía suplicar la eutanasia a voces. No todo era tristeza. Al menos, Belinda estaba trabajando para una asociación que rescataba prostitutas de la calle y de clubs gracias a las gestiones que había hecho Ana, mi excompañera del periódico. Estaba muy cambiada. A su lado, la Marga y yo parecíamos zombis de una peli de serie B.

No hizo falta que cortara con la Cari, como deseaba mi mentor y seguro que mis tíos, todos con sus buenas intenciones. La vida se

encargó de arreglarlo de aquella forma: ella muriendo y yo intentando sobrevivir en un mundo que cada vez me venía más grande. Entré en una espiral de autodestrucción mayor que la anterior, que no fue precisamente pequeña.

28

Saboreo un whisky caro que tenía guardado para una buena ocasión, pero como las buenas ocasiones han dejado de existir para mí, he decidido abrirla. El whisky sabe a madera, a amargura y a día nublado. No está mal. No soy un experto, pero supongo que es por este sabor por el que los cabrones con dinero pagan cantidades desorbitantes. La compré por internet un día que estaba borracho. Miro por la ventana mientras me entretengo haciendo volutas de humo con mi cigarrillo. El tabaco es normal, un Winston de toda la vida. Ya no venden de aquel Winston americano que llevaba aquella especie de sello azul que nos volvía locos a los jóvenes de entonces, seguramente sin ningún fundamento.

Poco tiempo después de que murieran mis tíos, transformé su habitación en una especie de salón en el que ver la televisión, escuchar música o sentarme a leer, antes de continuar con el negocio del hostal. Aquí paso las horas muertas. A veces los días enteros. Bebo, duermo, despierto y vuelvo a beber para volver a dormir, despertar y volver a beber. Así es la monotonía vital de un tipo que siente que el tiempo que vive ya no le pertenece, de un tipo para el que la existencia es un conglomerado de tiempo y malaventura, para un tipo que dejó morir la esperanza en la Unidad de Cuidados Intensivos de una alcantarilla abandonada. Ese tipo ya no soporta el mundo ni se soporta a sí mismo, y mucho menos a los demás, a los que no es capaz de aguantarlos más allá de dos minutos. Un tipo que tolera a dos personas, a la Pili y al Roberto. Ese tipo soy yo. A mi mentor no lo veo frecuentemente, pero me habría parecido injusto no mencionarlo. Mi vínculo con él no sé cómo calificarlo. ¿Afecto? Puede ser. Aunque a veces, al no comprender las cosas que puntualmente ha hecho por mí, al ignorar sus motivos, también le desprecio un poco, porque soy así de mezquino.

Las sirenas de la Policía suenan a lo lejos. Me acerco hasta donde está la habitación en la que sigo durmiendo, a pesar de haberme podido cambiar a una más grande. No lo he hecho. Busco

un libro que estoy leyendo, un libro fascinante: *Última salida para Brooklyn*. Brooklyn, tan lejano geográficamente y tan cercano a mí por sus personajes. Las sirenas se acercan, tanto que abro la ventana para fijarme en que un par de coches han aparcado cortando la calle frente al hostal para impedir la circulación de vehículos. Los maderos intentan alejar a la gente que se ha apelotonado frente a un bulto en la acera. Algunos hacen fotos con sus teléfonos móviles.

—¿Qué pasa? —pregunta el Roberto, saliendo del cubil donde lo dejo dormir.

—Ni puta idea, tronco. Hay algo en la acera y han venido los maderos.

Pienso en la Pili, que no hace mucho que se ha marchado, porque, fijándome un poco más, compruebo que el bulto es una persona. Cuando por fin los maderos, que han recibido refuerzos, logran ahuyentar a los curiosos y acordonar la zona, veo que el bulto es alguien conocido. La piba está bocarriba, con el cuello torcido y las piernas como trazando una equis. El fiambre, porque me temo que la piba ha muerto, es la Marga. En el momento de darme cuenta suena el timbre de la puerta. Son los maderos. Por la situación del cuerpo de la Marga, se ha tenido que tirar desde el hostal. Hay que joderse. Ahora tendré que convivir con otro jodido recuerdo tétrico. Otro fantasma para añadir a mi colección, el de la Marga. Joder.

Los maderos me inflan a preguntas. La puerta del hostal casi siempre está abierta hasta que bajo a cerrarla a las doce de la noche. La que nunca se cierra con llave es la puerta de la azotea. Supongo que la Marga lo sabía. Qué cabrona, mira que elegir mi hostal para suicidarse, ¡joder!

Les cuento a los maderos casi todo lo que sé de la Marga y también interrogan al Roberto, que explica quién es y lo que hace aquí. Yo les confirmo su versión. También les confirmo más de veinte veces que hacía mucho tiempo que no tenía tratos con la Marga y que ignoro los motivos por los que habrá elegido mi hostal para salir volando desde mi azotea. Ni el Roberto ni yo estamos sobrios, pero no es delito emborracharse en tu casa, aunque sea a solas; de hecho, es lo que hemos estado haciendo las últimas horas él y yo. Él en su cubil, con alcohol barato, y yo en mi salón, con whisky caro. A veces nos emborrachamos juntos, pero hoy no. Supongo que a veces necesitamos descansar el uno del otro.

Los maderos se abren diciéndonos que durmamos la mona, pero

que mañana nos quieren ver en la comisaría para que testifiquemos. ¡Joder con los viajecitos a la comisaría!

Vuelvo a asomarme a la ventana. El Roberto también observa la escena. Hay una ambulancia de las tochas de las del SUMMA. Finalmente aparece otro coche, del que se baja un tipo despeinado. De otro vehículo que llega después, desciende una mujer. Debe de ser la que manda, porque se pone a dar órdenes y todos le hacen caso, hasta los maderos. Es también la que ordena, después de que el tipo despeinado reconozca el cadáver, que se lo lleven. Imagino que la piba es la jueza y el tipo despeinado el forense, pero no lo sé seguro. Tampoco me importa mucho.

Al final, el Roberto se retira a su cubil para seguir bebiendo. Yo enciendo otro cigarro y me echo otro lingotazo de whisky, mirando con odio a todos los curiosos que aún están por allí mirando las fotos que han hecho de la Marga con sus teléfonos móviles. ¡Capullos de los cojones! Ya tienen para comentar con sus amigos capullos y con sus parejas igualmente capullas que han sido testigos del suicidio de una mujer. Me viene la imagen de mí mismo en la ventana, pero con una escopeta disparando a los gilipollas. Y eso que cada vez me queda menos imaginación. Finalmente, ahuyento las malas ideas. Con whisky, claro. Pienso en aquellas noches locas con la Marga y la Cari. Ahora ninguna de las dos existe. Y yo existo sin querer. Pero no tengo valor para tomar el camino de la Marga, al menos de forma tan directa. ¿Se habrá tirado desde mi azotea para indicarme el camino? Cómo meterse en la cabeza de una yonqui vieja para saber por qué lo ha hecho. Y de repente me barrunto lo que ha podido pasar, aunque espero que no sea eso, joder. Enciendo el ordenador portátil, abro el explorador y hago algunas búsquedas, hasta que lo encuentro. No es un periódico de tirada nacional. Ni siquiera lo conozco. Se llama el nosequé digital. Por lo que después compruebo mirando algunos artículos de opinión, el periódico da un tufo a fascismo que asusta. La web no es de calidad. Los artículos no son de calidad. La estructura no es de calidad. Pero ¿qué importa? Tiene anuncios. Eso sí importa.

La noticia está en la sección de sucesos. Es escueta. No hace falta más. ¿A quién le importa que un atracador haya muerto tiroteado por la Policía? Al parecer localizaron al Nico por el chivatazo de alguien, seguramente algún compinche. Y el capullo del Nico, en vez de entregarse, recibió a los maderos a tiros, hiriendo gravemente a dos de ellos. El resto ya es historia. El Nico es historia. La Marga es historia. El Chule es historia. Pero historia

de la que no sale ni saldrá nunca en los libros de historia, ni siquiera en las páginas que pudieran existir si existiera un cronista del barrio, que desconozco si lo hay o no. Ahora que la memoria histórica está en boca de todos, quizá sea el momento de reclamar la memoria histórica de los barrios. Pero para qué, ¿a quién le importa? ¿A un capullo alcohólico que regenta un hostal de tercera? Pues sí, joder. A mí me importa.

29

Ningún despido es beneficioso. Tenía más tiempo libre, así que mi vida pasó a ser un descontrol de la hostia. Por mí mismo y porque al repertorio de mis fantasmas había añadido uno más: la muerte de la Cari. Podía levantarme a las cinco de la tarde. Y podía amanecer mientras fumaba un cigarro mirando por la ventana. Me quedó paro, claro, pero ingresaba menos dinero que cuando curraba. Un tipo que se hubiese quedado en el paro, que estuviera pasando una mala racha, pero sobrio, claro, siempre podía ayudar en el negocio familiar y sacarse un extra. Mis tíos lo habrían agradecido. No era mi caso, sobre todo por lo de sobrio, que, por aquellos tiempos, bueno, por todos los tiempos, no iba conmigo. Después de unas semanas, tuve que cortarme. El principal gasto era la farlopa y, en un ataque de sentido común, decidí cortar. Sin esnifar, los días pasaban lentos, aburridos, pesados. Estaba muy por debajo de mi peso ideal y aun así mover mi cuerpo me costaba un huevo. Podría haber buscado ayuda, incluso pensé en recurrir a Belinda, que seguramente conocería algunas asociaciones para desengancharme del perico, pero otro rasgo de mi carácter es que soy obstinadamente cabezón. Eso y que no me gustan las terapias y tener que contar y escuchar mierdas. Yo sabía que mi malestar se arreglaría con una raya, pero después vendría otra, y otra, y no me lo podía permitir. Pero no era solo el factor económico lo que me hizo dejar el perico. Yo sabía adónde llevaba toda esa mierda, y me daba pereza. De haber seguido esnifando no habría tardado mucho en empezar a dar palos para poder permitirme el vicio. Y no estaba dispuesto. Así que me refugié en el alcohol. Era mucho más barato y el camino hacia el hoyo era más largo. Además, como en aquellos tiempos la delincuencia campaba a sus anchas por el barrio, conseguía botellas buenas por la mitad de precio o menos procedentes de palos a tiendas y supermercados.

Yo no sabía lo que había sido de la Pili, la del bar Soria, en los años en los que había estado por ahí. Pero el caso era que la piba había vuelto con una vocación de servicio del carajo. El bareto

siguió igual, pero la Pili le dio un aire de centro social. Hacía chocolate en invierno para la peña del barrio que no tenía pelas y hacía rancho para algunas personas seleccionadas —entre ellas yo — que antiguamente habían sido clientes y ahora no tenían pasta. Por tanto, tenía un plato asegurado al día. No me apetecía ir a comer al hostal borracho, delante de mis tíos. Sin embargo, mi tía tardó poco en enterarse de que comía en el bar a cuenta de la caridad de la Pili. La bronca no fue muy grande. Yo creo que a esas alturas ya me daban por perdido.

—Es tu vida —me dijo un día mi tía muy seria. Si no echó ni una lágrima es porque creo que ya no le quedaban más—. Si has decidido tirarla por la borda, allá tú. Pero que sepas que el tío y yo siempre estaremos aquí para ayudarte.

Que te diga eso tu madre, porque la Herminia y mi tío Ernesto eran mis padres, los que me habían criado, hace que se te pongan los huevos de corbata. Si no comprendía muy bien por qué mi mentor siempre aparecía para ayudarme, aún comprendía menos ese apoyo incondicional de mis tíos después de todos mis fracasos y derrotas que encadenaban un disgusto tras otro en ellos.

La amabilidad de la Pili llegaba al extremo de ponerme un par de copas por las mañanas y un par de birras —a veces más— por todo el morro, sin pagar ni un pavo. De esta forma, lo del paro me daba para comprar alcohol y tabaco, y para mis gastos de ropa, compra de novelas usadas y alguna que otra sesión de cine. Economía de subsistencia, jodido equilibrismo emocional alejado de quimeras.

Para pasar el tiempo, pensé mucho en lo que me dijo mi mentor y seguí con lo del Chule. Era muy improbable que el fruto de todo ese trabajo viera la luz, pero no me importaba. Si seguí con las visitas a la cárcel, si seguí escribiendo, no fue por la sugerencia de Fernando ni porque yo mismo me lo impusiera. También estaba un poco enganchado a la historia, a las cosas que me contaba. ¿Me quedaba algo del espíritu de periodista que fui? Y, sobre todo, flipaba con todo ese mundo de la cárcel que la sociedad desconocía, con las torturas con las que el sistema premiaba a los presos y a sus familias. No valía solo con las condenas, había que machacar al preso y al entorno. Y eso solo era la punta de un iceberg grueso y profundo que fui descubriendo poco a poco.

Y como mi vida por aquel entonces iba de sobresalto en sobresalto, una tarde en la que yo estaba tranquilamente escribiendo, saboreando un whisky y fumando un truja, empezó a

sonar el timbre. Según cómo sonó, sabía de sobra quién llamaba. Así que me levanté para adelantarme a mis tíos. Los timbrazos esquizofrénicos revelaban urgencias que tenían que ver con la no soportabilidad del presente, con la huida hacia un futuro demasiado incierto, con esa pulsión inquietante y jodidamente rabiosa que te da el mono de caballo. Sin terminar de abrir la puerta, la Marga ya estaba diciéndome que tenía que llevarla al camping.

—Tío, porfa, date prisa, que me ha cogido el mono follando con un cliente, ¿te lo puedes creer, colega? Y el tío dándole ahí, que no se corría, ¡joder! A punto he estado de cogerlo del cuello y estrangularlo, ¡me cago en la puta! ¿Me vas a hacer este favor? ¡Por tus muertos, tronco!

Qué remedio. La promesa hecha al Chule por aquellos tiempos, aunque la rompiera tiempo después porque no era viable seguirle el rollo a la Marga, esa promesa de que cuidaría de ella en la medida de lo posible, me obligó a acompañarla. Mientras iba en la Vespa con la piba de paquete me preguntaba si cuidarla era llevarla a pillar jaco o si por el contrario hubiera debido hacer algo para que lo dejara, o que al menos lo intentara. Pero en aquellos momentos yo no tenía la energía suficiente como para encargarme ni de ella ni de nadie. Ni siquiera de mí mismo, que bastante tenía con mantenerme alejado de la farlopa.

Llegamos al camping en un suspiro. Conduje con la voz de Marga en el cogote.

—¡Vamos, Zip, coño! ¡Deprisa, deprisa!

Ese era su motor: la precipitación, la necesidad de llegar sin aliento al siguiente minuto de su vida.

—Espérame aquí —me dijo en la puerta del camping—. No te vayas, ¿eh?

—Que no, tía, que te espero.

En la garita no había nadie, lo cual no me extrañó. Nunca solía haber nadie. Se podía entrar y salir como Pedro por su casa. Encendí un cigarro. Era una noche de primavera cojonuda, de esas en las que no hacía ni frío ni calor. De esas en la que una Marga histérica podía salir por la puerta del camping como un Miura, solo que yo, en vez de recibirla a puerta gayola, me quedé flipado preguntándome a qué coño venía tanta prisa, tantos aspavientos y esa puta cara desencajada.

—¡Deja la moto, tronco! ¡Tienes que ayudarme! ¡Vamos!

Desapareció igual que había aparecido y yo apagué el truja y la seguí. ¿Qué otra cosa podía hacer? Sus pasos nos llevaron hasta la

caravana del Pipo, el camello.

—¡Venga, entra, no te quedes ahí!

Entré, y nada más acceder al cuchitril me vinieron un par de arcadas que casi echo la pela allí mismo. El Pipo estaba en el suelo cosido a puñaladas sobre un charco de sangre.

—Venga, tío, ayúdame a envolverlo en una manta.

—¿Lo has matado tú?

—¿A ti qué te parece?

—Pero qué coño…

Me agarró de los hombros y me miró como si yo fuera un crío al que había que enseñarle una lección.

—Oye, antes de cualquier movida que puedas pensar, acuérdate de la Cari. La recuerdas, ¿verdad? Pues este hijoputa fue el que la mató. Piensa solo en eso. Ahora lo que tenemos que hacer es envolver a este cabrón en la manta, sacarlo de aquí y tirarlo a la basura. Hay un contenedor al lao de donde has dejao la burra.

Yo estaba flipando, pero no era el momento de ponerse a pensar. Agarramos la manta andrajosa del Pipo y lo envolvimos. El nota era un tipo de estos enclenques a más no poder, así que trasladarlo no fue un problema. No sé si nos vio alguien, era tarde, pero, aunque nos hubieran visto, nadie iba a extrañarse de ver a una pareja trasladando una manta enrollada por un camping, aunque fuera una manta que abultara más de la cuenta. Salimos del camping y tiramos al Pipo al contenedor de basura. Era acojonante que un tipo tan escuálido pudiera tener dentro tanta sangre. Claro que la Marga bien podía haberse cortado un poco y no haberle hecho tantos agujeros al cabrón. Aunque, pensándolo mejor y de haber sabido que era el asesino de la Cari, puede que yo le hubiese agujereado más.

—¡Espérame aquí, que ahora vuelvo! —me dijo cuando parecía que no teníamos ya otra cosa que hacer que montarnos en la Vespa y salir de najas.

—¿Dónde coño vas ahora, hostias?

—¡Ahora vuelvo, coño, ahora vuelvo!

Así que allí me quedé, intentando encender un truja. Me temblaban las manos. ¿Qué coño hacía yo allí? Joder, acababa de meter un muerto en un contenedor de basura. ¿Lo descubrirían? Podría ser cuestión de azar: que lo encontrara un vagabundo que buscara un mendrugo de pan o media hamburguesa en la basura que llevarse a la boca; que un tipo paseara al perro y que a este le diera el tufo a fiambre; que se coscaran los basureros al volcar el

contenedor en el camión. También podría ser que nadie se coscara y que el Pipo acabara en el vertedero comido por las ratas y los perros callejeros. Probablemente sería eso lo que pasaría porque no volví a escuchar nada nunca sobre la jodida osamenta rodeada de pellejos del Pipo. La Marga salió sonriente enseñándome unas papelinas.

—Diez papelinas, tío, no está mal, ¿eh? El cabrón las tenía escondidas en el doble techo de la caravana.

Flipante.

—Venga, vámonos, ¡deprisa, deprisa!

Aparqué la Vespa y la Marga me preguntó que si la dejaba subir a chutarse. Le dije que bueno, que ya puestos…

Mientras la piba se chutaba, yo me preparé un DYC, no estaba pasando una buena racha. Llené el vaso hasta arriba y me fumé un pitillo en la ventana mirando la luna y pensando en un mundo que no fuese tan cabrón. Intentaba imaginarlo, pero no podía. Estaba tan metido en él que me resultaba muy confuso imaginar nada distinto. La Cari acudió a mis pensamientos. Probablemente no fue un ejemplo a seguir, pero ¿quién lo era? Fue una yonqui y como consecuencia robó para costearse sus chutes y vendió su cuerpo cuando no le quedó más remedio. No fue mi piba en plan novia formal ni nada por el estilo, pero ambos nos consolamos y nos dimos los pocos minutos de cariño que nos quedaban a cada uno. Su muerte fue una tragedia que sin embargo no importó a nadie excepto a su colega la Marga y a mí.

—¿Quieres una? —me dijo la Marga, ofreciéndome una anfeta después de que se le hubiera pasado el flipe del chute.

—No, paso.

Yo no necesitaba anfetas que me dieran un subidón. Necesitaba lo contrario. Así que me hice un peta de maría y nos sentamos en el sofá. Yo con mi whisky y ella con un vaso de ColaCao.

—¿Por qué la mató? —pregunté.

—Pues por lo de siempre. Piba enganchada que se camela al camello para ponerse gratis. La historia más vieja del mundo. Pero claro, la Cari estaba enganchá como yo, colega, cada vez quería más y el Pipo ya ni ganaba la pasta que antes ni se la podía quitar de encima. Aquello se fue envenenando y el Pipo tiró por la calle de en medio. Le dio matarratas y punto final. A la mierda la Cari, joder.

Se echó a llorar, así que le rodeé los hombros con el brazo e intenté consolarla. Pero a la Marga era difícil consolarla, animarla, apenarla, confortarla, calmarla, reanimarla, alentarla, desanimarla, desahogarla o aliviarla. Allí, gimiendo, tan frágil, era

difícil pensar que media hora antes había cosido a puñaladas a un hombre, aunque fuera el sarnoso del Pipo.

—¿Tú estás segura de que fue él?

—Como que tú y yo estamos aquí todo puestos, tú con tu priva y tus porros y yo con mi jaco.

—Deberías dejarlo.

—Lo que haría si tuviera cojones sería pincharme diez gramos de caballo y a tomar por culo, tronco. Sobredosis. A nadie le importaría. Y yo así descansaba pa siempre.

—No digas gilipolleces, tía. Al Chule le importas. A mí me importas.

—El Chule está en la trena, tío, y le faltan muchos años pa salir. Y tú estás majara. —Sonrió—. Porque tú, aunque hayas estudiao y vayas por ahí como si na, tú estás majarón, que yo lo sé —me dijo, volviendo a sonreír y apuntando con el dedo índice al techo, como si fuera una profesora reprendiendo a un alumno gamberro.

—Noticias frescas.

—Oye, no quiero ir a mi casa y sobar sola. ¿Me dejas dormir aquí? Solo dormir, ¿eh? No vayas a hacerte ilusiones.

—Puedes quedarte si prometes no meterme mano cuando esté dormido.

—¡Capullo! —dijo, ahora con una media sonrisa yonquipicaresca.

Se chutó de nuevo. Y yo vacié la botella de whisky. Nos quedamos sobaos esparramados en el sofá.

30

En el hospital sufriste una especie de catarsis. Me confesaste que ya no te interesaban las fugas, que habías perdido el interés por los motines, que solo querías estar lo antes posible con tu mujer y con tu hijo, pero libre, sin miedo a que vinieran a por ti. Hablaste conmigo y con el abogado Sendín. Me dejaron verte milagrosamente. En aquella cama de hospital querías entender los mecanismos legales que te habían llevado a estar en todas esas cárceles y le preguntaste al abogado que qué era lo que tenías que hacer para entender todo aquello y para intentar por todos los medios legales reducir condena. Sendín sabía que no ibas a salir del sistema penitenciario así como así, pero es buen tipo y no te dijo nada. Te sugirió que estudiaras Derecho por la UNED y tú, lejos de flipar, como yo hubiera creído, le preguntaste que cómo iba eso. Joder, tronco, todo aquello fue flipante. Me refiero al proceso. Conseguiste sanar el brazo y te llevaron a la cárcel de Alcalá Meco. Tu ánimo mejoró porque allí la Marga podía visitarte siempre que pudiera. Más de una vez la llevé en la moto hasta el trullo. La esperaba fuera. Superaste el curso de acceso a la universidad para mayores de veinticinco años gracias a tu puto cerebro, cabronazo de los cojones, y a un grupo de apoyo que contaba con un profesor dentro de la cárcel. Al año siguiente te matriculaste y nos dejaste a todos pasmados. Por aquel entonces dejaste de ser el preso conflictivo que fuiste años atrás, qué coño, pasaste a ser un preso modelo. Empezaste a asesorar a otros presos que te pagaban con cajetillas de tabaco o con droga, que tú revendías (qué cabrón), y el que podía te pagaba con dinero. De todo ello conseguiste incluso pasarle algunas cantidades a la Marga, para evitar que se prostituyera para pillar caballo. No eran cantidades significativas, con lo que ella tenía que volver a hacer la calle, y el Nico, el pobre Nico sobrevivía como podía.

Yo le hablaba de ti, ¿sabes? Le decía que eras un tío cojonudo, que habías sido un hijo de tu tiempo, que habías robado, sí, pero que no te quedó otra. Y le decía también que tenías una cabeza de

puta madre, que en otras circunstancias podrías haber llegado a ser lo que te hubieses propuesto. Él me oía, pero creo que no llegaba a escucharme. Tu ausencia pesaba mucho y la Marga no era la madre del año. Él, sencillamente, se dedicó a sobrevivir. Me pesa sobremanera (que diría un pureta), me pesa que te pasas (como decimos en el barrio, coño ya) no haber conectado con él. Joder, a mí me iba bien con el hostal y podría haberme encargado de él mientras la Marga hacía virguerías para pillar caballo. Pero entre que él se piraba y se pasaba días por ahí y que yo tenía esa dependencia de la priva, joder, qué quieres que te diga. Por eso, el puto día del atraco, cuando lo vi…, joder, tronco, se me cayó el alma a los pies. Pero era el Nico, tronco, tu hijo y el hijo de la Marga. Escribo esto, dirigiéndome a ti en plan epístola, sabiendo que estás muerto y bien muerto, joder. Pero fingiendo que estás vivo, ¿me entiendes? Vaya jodida pregunta, pero si no me entiendo ni yo. El Nico era tu hijo, puedes estar seguro. Lo estuve observando en el banco y hablando con él todo el puto día. Ni punto de comparación el Nico con el Polaco y el Tiri, eso ya te lo digo. Tu hijo era un líder, igual que tú. Y sus colegas eran lacayos. Eso es algo que se tiene o no se tiene.

Recuerdo el último día que te vi, tendido en una cama de hospital. Te habían diagnosticado un cáncer de hígado con metástasis. A ti no te lo dijeron, por esa especie de protocolos de los médicos que no dicen al paciente que la va a palmar. Yo no lo entiendo. Si yo voy a palmarla, me gustaría saberlo, más que nada porque si quiero hacer algo que me falte hacer en la vida, pues ¡coño!, lo hago. Se lo dijeron a la Marga. Me llevé sus lágrimas en mi ropa todos los días que salíamos del hospital. Tú lo sabías, qué hostias, porque no eras gilipollas. Si hasta te dieron la libertad cuando aún te quedaban por cumplir mogollón de años, tronco. Porque tu enfermedad era terminal. Aquel día estábamos tú y yo solos, en la habitación, antes de que llegara la Marga. Tenías voz de muerto. Tenías mirada de muerto. Tenías cara de muerto.

—Tronco, qué raro —me dijiste—. Siento como si un jodido puñado de esquirlas de cristal se rozaran en mi hígado. Y picor interno, mucho picor. Joder, pero claro, no me puedo rascar.

Sabías que la palmabas, que hasta ahí habías llegado. Por eso le encargaste a la Marga un gramo de caballo. ¡Qué cojones! Si la ibas a palmar, te darías un último homenaje. La Marga cumplió su misión. Trajo el gramo de caballo, pero también, jodida Marga, trajo una botella de Green Label que a saber de dónde la había sacado.

Ella y tú os chutasteis y yo me pimplé la botella de whisky tan campante. Era tiempo de Covid, no se admitían visitas, pero coño, nosotros éramos de Canillejas, especialistas en buscarnos la vida, y muy conscientes de que no íbamos a dejarte solo ni de coña en tus últimos momentos.

Tu sepelio fue triste. Me habría gustado ver al Nico allí, pero él tenía sus traumas, sus fantasmas. Y aún dudo, fíjate, de si el atraco, el mismo día de tu muerte, no fue un homenaje a ti. Si es así, el Nico es un figura. ¡Qué coño, es un puto genio! Como tú. Y lo que es mejor, ¿sabes lo que significa eso? Pues que el puto niñato te quería, tronco, te quería. En fin… Un placer haberte conocido, colega.

31

Del camello, de su cadáver, no se supo nunca nada. Lo más probable es que las ratas se comieran sus restos en el vertedero de basura. De la Marga tampoco supe mucho más durante algún tiempo. Ella se dedicó a convivir con sus problemas de yonqui y yo a sobrevivir con los míos de borracho, lo cual, una vez liberado de la adicción de la cocaína, era un mal menor. O al menos eso creía yo.

Seguí hablando con el Chule, claro, me hablaba de sus aventuras y desventuras en la cárcel, que no eran pocas, y terminamos por fraguar una amistad que duró hasta su muerte. Un día me anunció con una media sonrisa que la Marga estaba embarazada. Yo no sabía si alegrarme por la buena nueva o darle la charla por su inconsciencia. Lo que saliera de ahí no podía ser nada bueno. Y salió el Nico. Pero él estaba contento, porque la Marga era su piba de toda la vida.

Después de participar en un montón de motines, el Chule pasó a ser un preso FIES. Él militaba en la COPEL (Coordinadora de Presos en Lucha) desde hacía tiempo, organización que terminó por desaparecer en 1980 por la política de dispersión de sus militantes. A pesar de esto, en 1989, se inició una gran ofensiva por parte de los presos que provocaron nuevos motines, fugas y huelgas de hambre, para exigir que se cumplieran las leyes vigentes en materia penitenciaria y denunciar la existencia de torturas. En este contexto nació el régimen FIES y se empezó a aplicar a los presos fuguistas y a los que participaban en protestas y motines. Se registraban las celdas diariamente, con cacheos sistemáticos a los presos. Había restricciones del tiempo de visitas, se les cambiaba de celda muy frecuentemente, solo podían llamar por teléfono dos veces a la semana. Esto era lo oficial, porque entre lo extraoficial que el Chule me contaba existían diversas torturas físicas y psicológicas y palizas. Se abrieron módulos FIES en varias de las prisiones de la geografía española. El Chule pasó por todas y cada una de ellas, experimentando en sus carnes el diseño de unas leyes carcelarias vejatorias que más tarde serían declaradas

inconstitucionales.

Un día me llamó Roberto Sendín y quedé con él a la mañana siguiente en una cafetería de esas elegantes que estaban empezando a abrir en las inmediaciones del metro de Las Musas. Estaba demacrado. Parecía un fantasma. Me contó que su mujer se había ido, que estaba en la calle y que era un alcohólico. Lo había perdido todo. Había perdido hasta el tic de atusarse el pelo.

—Joder, Roberto, bienvenido al club —le dije sin ninguna sensibilidad.

Empezó a llorar y tuve que calmarlo. Me dio detalles de la muerte de su hija por la mierda de la heroína. Él fue incapaz de superarlo, se estableció cada vez más distancia entre él y su mujer. Me dijo que no podría superarlo jamás y que su mujer no es que lo hubiese superado, esas cosas no se superan, pero que aprendió a convivir con ello. Me contó que había dejado la abogacía. Ya no creía en nada, ni en lo personal, ni en lo profesional ni en lo ideológico. Me habló del régimen FIES y de lo decepcionado que estaba con que esa ley la hubiera sacado un gobierno socialista, con lo que él celebró en su día la llegada al poder del PSOE. No esperaba verlo tan hundido. Me contó que no sabía si el Chule iba a sobrevivir porque iban detrás de él, ya que lo consideraban un ideólogo de los motines y estaba sufriendo el régimen FIES aumentado, y que era muy duro.

Por aquel entonces murió mi tío Ernesto, un año después de que le diagnosticaran cáncer de pulmón con metástasis. Vale que fumaba mucho. Y yo. Y todo el barrio. Mi tía lo cuidó durante ese año. No me enorgullece decir que yo no estuve ahí. Como siempre, yo andaba buscando la solución a cualquier problema en el fondo de un vaso de whisky. La tía Herminia estuvo a su lado, sin reprocharme nunca lo débil y lo cobarde que yo fui. Esperó a que muriera, lo enterramos, y después ella se marchó también. Infarto de miocardio. Me quedé solo, con un hostal que me venía grande, como la vida en sí misma.

La Marga llevaba al niño todas las mañanas al colegio y lo aparcaba allí, un niño que crecía y crecía. A la hora de comer, ella no estaba. Al niño le daban de comer las vecinas o directamente no comía. Pasaba las tardes en la calle. En una de las crisis de la Marga, logré, a través de Belinda, contactar con una asociación benéfica sin ánimo de lucro. Por medio de la brasileña se consiguió que aceptaran acoger a la Marga en una clínica de rehabilitación. Lo hicieron varias veces. Para Belinda, la Marga era quien la había

recogido en la calle y yo era el tipo que la había acogido durante unos días bajo techo, así que siempre estaba ahí intentando ayudar. ¿Y quién se quedaba con el Nico mientras la Marga no estaba? Zip, abogado de causas pobres, Quijote de pastel de barrio, coleccionista de utopías. Aún no sé ni cómo no le quitaron la custodia. Supongo que porque no llegaron a enterarse bien de la situación del crío. A veces pienso que habría sido lo mejor. O lo peor, quién sabe.

El Chule terminaba por enterarse de todo y agradecía que cuidara de su familia, aunque yo no lo hacía ni por él ni por nadie. No sabía por qué coño lo hacía y cómo lo hacía, porque nunca tuve vocación de niñera. Y la Marga, cada vez que salía de la clínica, lo hacía renovada, como un ave fénix metamorfoseado, como una mariposa evolucionada de una crisálida dormida. Volvía a engancharse, se desenganchaba y se volvía a enganchar y a desenganchar. Luego volvía a chutarse y cuando no podía más volvía a la clínica. Y el Nico, un niño introvertido cuando estaba conmigo, crecía y crecía, y cada vez pasaba más tiempo en la calle que en el colegio. Hasta que empezó a ser carne de centros de menores por hurtos, atracos y agresiones, desarrollando un odio contenido hacia su madre, hacia su padre, que, aunque lo conocía poco, no debía de ser un buen padre si no estaba allí para protegerlo de la gualtrapa de su madre. Esto me lo dijo un día, gritándome, y dando un portazo al salir del hostal. Debía de tener quince años o así. No volví a verlo más, salvo casualmente por el barrio, de lejos, hasta el día del atraco al banco. Tampoco volví a coincidir mucho más con la Marga. Al romperse el vínculo de la Cari, primero, y después el vínculo del Nico, nuestros caminos discurrían por sendas diferentes. Ella iba tras los efluvios del caballo y yo tras los vapores del alcohol.

Fue entonces cuando volvió a aparecer mi mentor. Era como si tuviera un sexto sentido para saber que las cosas me iban mal. Me llamó un día y me dijo que si podía ir a verme. No solo vino hasta el barrio, sino que me convenció de que había que seguir adelante. Como fuera. Me dijo que me olvidara del periodismo, de cualquier trabajo que tuviera que ver con él, y que aprovechara el patrimonio que me habían dejado mis tíos.

—Pero yo…, yo no tengo ganas ningunas de regentar un hostal.

—Ni falta que hace. Es solo un medio para ganarte la vida. ¿No tienes a alguien de confianza que te lo lleve? Le pagas un sueldo y ya está. Ganarás menos. Pero tendrás asegurado un dinero al mes.

Mi mentor me preguntó además por ese libro que yo debía estar

escribiendo sobre el Chule. Y aunque tomaba notas y las ordenaba, no lo hacía frecuentemente y mucho menos me sentaba a escribir algún capítulo de forma asidua, pero lo hacía, muy de vez en cuando. Así que, como lo que me sobraba era tiempo, el libro marchaba, lentamente, eso sí. Se llevó lo que tenía escrito, para leerlo y ordenarlo, con la confianza que siempre tuvo en mí. No solo se convirtió en lo que llaman mi lector cero, sino que ordenó los capítulos y corrigió los errores, lo que le dio una excusa para llamarme de vez en cuando y comentar lo que iba haciendo, aparte de animarme a seguir, porque decía que era muy interesante.

Para lo del hostal, automáticamente pensé en la Pili. La había visto trabajar en el bar y a lo mejor le interesaba independizarse de sus padres. Lo hablé con ella. Me dijo que tenía que pensarlo. Pero al día siguiente vino a verme, y me preguntó por las condiciones. Me dijo que como tenía una hija su obligación era pensar en ella. Hablamos toda la tarde, de los detalles, y de que básicamente yo no haría nada, que ella tenía que encargarse de todo, incluso de contratar a quien fuera si hacía falta, que la hacía. Decidimos empezar y ver cómo iba todo. Y hasta ahora.

Ese mismo año, cuando llegó el invierno, cayó una nevada fuerte. Me acordé de Roberto Sendín. Nos habíamos seguido viendo regularmente y habíamos hecho una amistad basada en dos puntos en común: el Chule y el alcohol. Como me había dicho que andaba por una determinada zona del parque de San Blas, me fui a buscarlo. Y lo convencí para que se viniera a pasar el invierno al hostal, sin coste alguno. Algunos colegas suyos sintecho lo ayudaron a trasladar el colchón, las mantas y sus peluches. Y allí le apañamos un cuarto que servía para guardar trastos, la mayoría inservibles. Vaciamos y limpiamos ese cuarto, bueno, lo hicieron él y sus colegas, y después metieron el colchón allí y los demás enseres. Quise darle una habitación, pero no consintió. Desde entonces vive conmigo en invierno y en primavera se va al parque, hasta el próximo invierno. Él es así.

Recuerdo bien la llegada de Sendín porque esa misma tarde a la Marga le había dado un chungo y había sido hospitalizada. Cuando la estabilizaron, unos días después, Belinda y yo la llevamos en un taxi al centro de rehabilitación. Otra vez.

32

Llegamos a la comisaría de San Blas sobre las nueve de la mañana, después de desayunar y tomar unas copas en el bar Soria. Nos tienen más de media hora esperando, así que nos entretenemos mirando a la gente que ha ido esa mañana a renovar el carné o a poner alguna denuncia. Primero llaman a Sendín. Es el momento de sacar la novela de bolsillo. Un buen momento para acompañar la espera. Un buen momento porque todavía no estoy muy pedo y la comprensión lectora, sin duda, aumenta.

Sendín sale cuarenta minutos después más o menos, lo mismo que tardo yo en contestar a las preguntas del interrogatorio, quizás algo más. Parece que los maderos finalmente se convencen de que la Marga ha subido a la azotea del hostal por sus propios medios, de que no la hemos convencido ni ayudado a suicidarse. Espero no tener más líos. A estas alturas solo quiero que me dejen en paz, no los maderos en particular, que también, sino la gente en general. Algo que con la Marga era imposible porque nunca sabías cuándo iba a llamar a tu puerta y qué clase de infierno traería detrás. Ya no llamará más. Si existe el cielo de los yonquis, estará buscando caballo con el Chule y con el Nico. Una de las cosas que más me llamaba la atención de la Marga era su longevidad. En el barrio ya no hay yonquis tan viejos. Un caso digno de estudio para la ciencia.

Sendín y yo comentamos nuestros respectivos interrogatorios, que no nos interesan mucho, la verdad. Nos interesa llegar a la calle Amposta y lo hacemos a través de la calle Alberique, lo que nosotros llamamos la avenida de los diabéticos. Y ahí están, hombres y mujeres con caretos más bien de lunes, obligados a andar para que sus músculos consuman el azúcar de más que generan sus páncreas. Es lo que deberíamos hacer Sendín y yo, que siempre nos proponemos caminar más allá de Amposta aunque pocas veces lo conseguimos. Ahí estamos Sendín y yo, caminando por el San Blas profundo, dos tipos con carrera, algo impensable hace solo unas décadas para dos notas del barrio, pero con dos vidas echadas a perder, dos vidas tiradas por la borda por motivos

¿distintos?

Después de saludar a los colegas sintecho del Sendín, entramos en un bareto en el que cuando yo era un chaval vendían pipas y chatas por diversos módicos precios dependiendo del estado y de si eran usadas o nuevas. Ahora es un bar normal. A esta hora la mayoría de los clientes son jubiletas que desayunan y leen el periódico. Vamos recorriendo todos los bares de Amposta. En el Shiray cambiamos de tercio, pasamos de los whiskies a los vinos, y cuando llegamos al final llevamos un moco curioso, así que cogemos el 48 y nos acercamos hasta el bar Soria. Es justo la hora de comer para nosotros, la una y media. Me pido un revuelto de espárragos trigueros y unas albóndigas, mientras que Sendín opta por una sopa de pescado y merluza a la romana. Elegimos un rioja crianza fuera de menú, no es cuestión de bajar el nivel ahora, que las mezclas no son buenas. Obviamente, el rioja cae. Obviamente, los platos se quedan medio llenos.

—Qué mal rollo lo de la Marga —me dice, y es extraño, porque suele ser un tipo que no inicia conversaciones así como así, siempre en su mundo triste y huraño.

—Pues sí, pero qué quieres que te diga… Con su marido muerto y su hijo muerto se ve que ya ni el caballo era un aliciente para seguir viviendo. Bueno, malviviendo, porque lo del caballo ya sabes cómo va.

—Siempre me llamó la atención lo de esa chica. ¿Cuántas veces se ha desenganchado? Desde que yo la conozco se ha quitado unas cuantas veces, pero seguro que tú la has visto desengancharse más.

—Claro. Algunas más.

—Podría haberlo dejado. Y hacer algo más por su hijo.

—La Marga no tenía precisamente mucho espíritu maternal, las cosas como son. Además, como un hijo te salga rana, ya sabes tú mejor que nadie que es difícil hacer algo, y el Nico tenía muchos números para que le tocara el premio de una vida de mierda.

Me doy cuenta en el momento de que no he debido pronunciar esas palabras, porque eso le debe de llevar hasta su hija, la separación de su mujer y la pérdida de todo. De hecho, apoya la cuchara sobre el plato y se queda unos momentos mirando el mantel.

—Lo siento —acierto a decir—. No he debido…

—No, si es verdad —dice a los pocos segundos, recuperando el habla—. Cada uno tenemos nuestros demonios. Y esa chica debía de tener detrás mucho. Mucho.

Cerramos la velada con dos copas de whisky y subimos al hostal. Nos despedimos. Intento dormir algo, pero solo consigo hacerlo algunos minutos seguidos que empalmo con otros de vigilia y con otros de sueño, hasta que me canso y me levanto. Echo la pela en el tigre, algo habitual en mi existencia de borracho. Últimamente ya no es la pota esa que echas cuando te pasas de bebida. No. Últimamente echo una especie de bilis entre negra y rojiza que a saber lo que es.

Después de darme una ducha y cambiarme de ropa, me dirijo al cuarto de Sendín, pero como escucho sus ronquidos paso de largo y salgo a dar una vuelta. Como veo que viene el 48, me monto y me voy hasta el barrio de la Concepción porque hay buenos baretos y de vez en cuando hay que cambiar, muy de vez en cuando, porque cada vez me da más pereza salir del barrio, cada vez me da más pereza vivir. Mis zonas preferidas son Ventas, Ciudad Lineal y la Concepción, la Conchi para los conocidos como yo. Tomo asiento en uno de los baretos que frecuento, pero fuera, porque en Madrid nos hemos acostumbrado a estar en las terrazas hasta en invierno, ya antes del Covid, pero ahora más. Ahora venden todo tipo de cachivaches que calientan la terraza, aunque esté medio al aire libre. Pido un copazo de whisky y leo. Mejor ahora que estoy sobrio que no luego, que a saber cómo acabaré. El libro está cojonudo, del mismo autor de *Última salida para Brooklyn* que tanto me moló. El título es *Réquiem por un sueño* y va de una madre y un hijo y de su descenso a los infiernos. No son como la Marga y el Nico, pero de alguna manera la novela me los recuerda.

Una de las veces, al coger la copa, tiro la mascarilla al suelo. La recojo y la sacudo. El dineral en mascarillas que nos estamos gastando. Tengo que pedir hora para el tercer picotazo de la vacuna porque yo, con todas las enfermedades que tengo, si lo pillo soy hombre muerto, eso fijo. Cierro el libro y reflexiono sobre la muerte, pero solo un rato. No llego a ninguna conclusión que sea firme. Solo pienso que la vida es absurda. Naces, te equivocas muchas veces y mueres. Es verdad que unos nos equivocamos más que otros, pero al final todos terminamos palmándola, algunos entre unos dolores y sufrimientos de la hostia. Otros ni se enteran, se dan una hostia con un coche y adiós, o los fulmina un infarto, como a mi tía Herminia, hay que joderse. Por no hablar de los que han palmado con la puta pandemia. Me contó el Paco, un flipao del barrio que escribe novelas negras de Canillejas y que es asiduo también de la avenida de los diabéticos, que lo pasó jodido en su casa, solo, con cuarenta y dos de

fiebre y más de cuatrocientos de azúcar, tumbado en la cama, sin comer y escuchando por la radio lo de los mil muertos diarios en la primera ola. Y que de no ser porque su novia lo obligaba a ir a Urgencias, en donde le ponían insulina y lo estabilizaban, y por su hermano que lo llevaba, seguro que la habría palmado de un coma diabético o algo peor.

En la tercera copa me vuelvo a poner la mascarilla para ir al tigre y, al volver, me echo alcohol de ese que tienen en todos los bares porque han descubierto una nueva variante del bicho y no vaya a ser que…

Pido un vino y sigo leyendo, aunque lo dejaré pronto, por lo de la comprensión lectora menguante, y mira que me está molando el libro.

Al siguiente vino lo cierro. Doy por terminada la sesión. Ahora, a contemplar el paisaje y a la peña. A la terraza ha ido acudiendo gente. Una pareja joven pide unos tintos de verano y una de bravas. Hablan de las becas Erasmus, de cómo les ha perjudicado la pandemia. Él ríe todas las gracias de ella y ella coquetea abiertamente, pero entre ellos existe esa barrera de los que todavía no se han besado, de los que todavía no se atreven a declararse no vaya a ser que se rompa el encanto. Me dan ganas de decirles que se besen ya, que a qué esperan, que la vida es muy corta.

Un poco más allá, cuatro tipos más o menos de mi edad juegan al mus. Ninguno de ellos tiene pelo. Uno fuma un puro y saborea de vez en cuando una copa de coñac entre los exabruptos que dedica constantemente a su compañero, un tipo enclenque y miope, por haber envidado a grande sin ley o por no haber aceptado esas cinco a pares. La otra pareja es más silenciosa. En otra mesa, dos mujeres toman unos vinos blancos. El camarero, que es chino (de rasgos, que lo mismo es más español que yo), les deja sobre la mesa unos higaditos de pollo de aperitivo, y al pasar por una mesa que ocupan unos adolescentes que le han dicho algo, les contesta: «Me voy a cagar en vuestros muertos, niñatos, chino lo será vuestro puto viejo. Más vale que os buscarais un curro. Y si no queréis nada más, aire. A vacilar a la fuente de Cibeles». Es evidente, al tipo, de chino solo le quedan ya los ojos rasgados.

Pago y dirijo mis pasos hacia el parque de la Conchi, pero antes me pillo un bote de 1906 (qué rica está esta birra y qué bueno que hayan empezado a venderla en los chinos a un pavo). Después me siento en un banco. Al fin y al cabo, no se ha quedado mala tarde. Pienso en el Chule, en la vida que ha debido de llevar, antes y

después, en la cárcel, la mayoría de su existencia entre rejas, rodeado de buena pero también de mala gente. Pienso en las cosas que habrá tenido que hacer, en los motines en los que ha participado, y me pregunto si habré sido capaz de captar la esencia de lo que me ha contado y plasmarlo en el libro.

Suena el teléfono. ¡Jooooder! Cuando más a gusto está uno, pensando en sus cosas o durmiendo o viendo una peli, tiene que llamar alguien para venderte algo que no te hace falta. El número es desconocido. Estoy a punto de no cogerlo, pero al final descuelgo.

—¿Quién coño es?

—Eh… ¿Cipriano Rodríguez?

Sí, Zip para los amigos, defensor de pleitos pobres, abogado de causas justas, acompañante de vagabundos y amigo de los yonquis, borracho no accidental, estoy a punto de decir. Sin embargo, le digo que soy yo, esperando que me diga lo que me quiere vender para colgarle. El tipo me dice su nombre y apellido y se identifica como editor de una editorial, la misma a la que presentó mi mentor el manuscrito del Chule una vez que entre los dos lo corregimos y lo ordenamos debidamente.

—Me alegro de saludarle —me dice—. Me ha gustado su manuscrito, muy original. Tiene valor literario, porque ha novelado diversos pasajes, mezclándolos con otros capítulos a modo de ensayo que, no obstante, no rompen el ritmo de la narración, y eso es muy difícil de hacer. Nos gustaría publicarlo.

Joder, casi se me quita el pedo. El nota sigue dándome la charla, alabando mi estilo y bla, bla, bla…, hasta que finalmente quedo dentro de tres días con él en la editorial para hablar de las condiciones y todo eso.

—Somos una editorial modesta, independiente, pero nos gusta tratar bien lo que editamos, no sé si me entiende.

Joder que si lo entiendo, pues claro. Que no me haga muchas ilusiones de gran tirada, gran distribución y grandes cantidades de pasta. Pero a mí, a estas alturas, ya casi me da todo igual. Sé que hoy en día no es fácil publicar, que parece que hay más escritores que lectores, y me doy con un canto en los piños. Y sé que sin mi mentor, que si hubiera podido acceder a un gran grupo lo habría hecho, ni siquiera publicaría en una editorial pequeña.

—Por cierto —dice—, ¿tiene usted agente?

¿Agente? ¿Yo? A ver si el que va a estar moco es el nota este. Agente, dice, como si yo me ganara la vida escribiendo.

Después de colgar me enciendo un cigarro y me bebo lo que me

queda de 1906 de un trago, la ocasión lo merece. Vuelvo al chino y me pillo otra. Es hora de volver al barrio. Me bajo en el parque de Canillejas. Multitud de familias panchis ocupan los bancos con comida y bebidas. Qué contentos están siempre.

Publicar el libro. La verdad es que no me lo esperaba. Me suena el móvil, pero esta vez es la señal de que ha entrado un *guasap*. Es mi mentor, que me felicita. Es lógico que, habiéndome recomendado, a él le hayan avisado también. El mensaje continúa así:

> Mi más sincera enhorabuena. El libro tiene mucha calidad. Como te conozco un poco te diré que no pienses ni por un momento que te publican el libro porque se lo he dicho yo, entre otras cosas porque no tengo ese poder y porque una editorial no es una ONG. Si ve una posibilidad de negocio, una posibilidad de beneficio, publica, si no, te dice que el libro está bien, pero que no va en su línea editorial. Así que felicidades. Pásate un día por casa y hablamos.

Y lo mismo es verdad. No, si ahora va a resultar que merezco el Pulitzer, no te jode. No termino de creer a mi mentor. Yo no soy tonto del todo y sé que el libro tiene su valor. Otra cosa es que interese al gran público y es ahí donde ya dudo mucho que mi mentor no haya influido en la publicación.

Entro en un chino, pero este no es de cinco estrellas, así que me pillo un bote de Mahou rojo, que tampoco está mal. Rodeo el parque mientras bebo del bote y fumo un cigarro, observando a los panchis y a sus niños sonreír a la vida. Lo que me quedará a mí de aprender. De la vida. Y en ese momento me da un pinchazo en la zona del hígado. Y pienso que a lo mejor no me va a dar tiempo a aprender nada, porque el jodido dolor es intenso. Termino por recomponerme, pero según voy andando experimento una puta y jodida sensación. Lo de puta y jodida es por lo que me dijo el Chule antes de morir. Después de mantener una charla, él con su jodida verborrea de abogado adquirida con su licenciatura y yo con mi verborrea de periodista (era curioso, de pronto podíamos hablar como académicos o como quinquis del barrio, ¿no era para descojonarse de la risa?), volvimos a pasar al lenguaje coloquial. Me dijo que sentía al moverse como el roce de esquirlas de cristal en el hígado. Me lo dijo así el cabrón, antes de morirse. Era lo mismo que yo estaba sintiendo ahora, como si un jodido puñado de esquirlas de cristal se rozaran en mi hígado. Y picor interno. Eso también me lo

dijo.

¿Sugestión? El tiempo lo diría. Probablemente había llegado el momento de palmarla. O no. Yo no pensaba palmarla en el hospital, eso lo tenía claro. Eutanasia con homenaje de whisky y ¿farlopa? Pues lo mismo, mira. O quizá caballo, por qué no. Total, si me iba para Triana, ya no me iba a dar tiempo a engancharme.

Sigo caminando, pensando gilipolleces de borracho. De pronto, parece como que adquiero el concepto de finalidad de todo lo que me rodea, de mí mismo, del jodido cosmos entero. Mi vida ha transcurrido por la senda del fracaso. Y me pregunto, como he hecho tantas otras veces, que qué será lo que queda después de la derrota. Y lo veo claro. Después de la derrota están las ruinas de la derrota. Y después de eso, la nada, la puta nada infinita. Hay alguien apoyado sobre la tapia del cementerio. No es un tipo. Tampoco es una mujer. Es un ser andrógino que sonríe y me mira. Su sonrisa me hiela la sangre, pero le sostengo la mirada. El cabrón o la cabrona me guiña un ojo. Levanto el dedo corazón de mi mano derecha y me alejo. Nunca pensé que la Muerte tuviera ese aspecto, si es que es la Muerte y no una alucinación alcohólica. Una más.

Paso por la puerta del cementerio de Canillejas y miro entre los barrotes de la puerta. No es que estuvieran enterrados allí, porque el cementerio ya se quedó pequeño décadas atrás. Pero es en ese momento en el que adquiero conciencia de la pérdida de gente que me ha importado al menos un poco en la vida, y no me refiero a mis tíos, eso es la familia y es otra cosa. Me despido de ellos allí mismo.

Adiós, Chule, tronco. Tu vida, al fin y al cabo, aunque jodida, fue intensa. De yonqui a atracador, y de ahí al trullo, fuguista y motinero, y después licenciado en Derecho. El puto flipe. Nos vemos, colega.

Adiós, Nico, chavalote. Niño abandonado a tu suerte, rebelde con causa, siempre con la ruina a cuestas. Me habría gustado haber hecho algo más por ti, pero no sé cuidar ni de mí mismo, joder. Seguiste los pasos de tu viejo, al que tanto odiabas, y el vicio de tu vieja, a la que tanto odiabas también. Y finalmente te suicidaste a tiros con los maderos. Morir matando. Matar muriendo. No está mal, ¿eh?

Adiós, Marga, puta chalada entrañable de los cojones. Las que me montaste, las movidas en las que me metiste, joder, eso no tiene precio, ahora que lo pienso. No te culpes demasiado por lo del Nico, allí donde estés. Lo de la maternidad no era lo tuyo y el problema de buscar pasta para ponerte no te dejaba ver los otros problemas

que te rodeaban. Lo de tirarte desde la azotea de mi hostal no estuvo bien, ¿eh? Pero bueno, ya da igual. Saluda a la Cari de mi parte, y al Chule. Y al Nico, claro.

Adiós, Cari, pibón. Te faltó aprender que a un camello no se le chulea. Esa fue tu ruina. Claro que el camello no sabía que la Marga era tan colega tuya. Y esa fue su ruina. Lo nuestro fue una puta pasada mientras duró. A nuestra manera, nos quisimos.

Encamino mis pasos hacia la calle Esfinge y hago parada en el bareto del Aurelio. Hace mucho tiempo que no me como un bocadillo de gallinejas. Se las pido para llevar. Me las como tranquilamente mientras voy por la calle. La noche se me ha echado encima como se vienen encima todas las cosas en la vida. Termino el bocata. Qué rico me ha estado, joder. Las gallinejas están prohibidas para todas las patologías que padezco. Pero mira, que le den por culo a todo.

Al día siguiente paso por Malasaña, ya tarde. La idea es invitar a cenar a mi mentor, qué menos. Llamo al timbre, pero nadie contesta. La vecina de enfrente abre la puerta y me mira de arriba abajo, como si alguien como yo no debiera visitar a Fernando. Con mis pintas, razón no le falta a la vieja.

—¿Viene a ver a don Fernando?

—Sí.

—No se ha enterado, ¿verdad? Lo siento.

—¿Qué…, qué quiere decir?

—Un infarto, esta mañana, ahí mismo. —Señala la escalera—. Está en el tanatorio.

¡Joder, joder, joder, joder! La vecina me da la dirección del tanatorio, le doy las gracias y bajo a la calle pensando en que toda la gente que me importa se muere. Que yo supiera, Fernando no padecía del corazón, aunque, joder, era ya mayor, eso sí.

Me dispongo a salir a Fuencarral para pillar un pelas, pero me paro frente a la ventana de un garito de la calle de La Palma. Suena una canción que me gustaba mucho, pero mucho, hace mucho mucho tiempo. Recuerdos de un pasado que ya no existe. Escucho un poco.

… la vida te sonríe
hace frío y llovizna
también sonríe tu jefe
allá arriba en la oficina
«¿Qué ha pasado, *Rodríguez?*
llega usted tarde otra vez
si se vuelve a repetir

voy a dar cuenta de usted»

Callas y sin decir nada
comienzas a teclear
así toda la mañana
hasta las dos siempre igual
diez años esperando
que te toque una quiniela
para escapar de esa vida
para escapar como sea…

Me alejo del garito como alma que lleva el diablo, con la nostalgia pesándome como una losa, con la pena de la pérdida de mi mentor. Y me desdoblo, o lo que sea, porque me veo a mí mismo de espaldas alejándome por La Palma hacia Fuencarral. Vale, es jodidamente raro, pero es tarde y voy bastante bolinga. Además, un cliente del hostal me ha pasado una maría *skunk* que parece ácido. ¿Qué es esto? ¿El final de la trilogía de Fabio Montale de Izzo? ¿El final de la trilogía Coughlin de Lehane? Qué sobrenatural todo. Qué poca voluntad tengo. Acabaré en el tanatorio o quién sabe dónde… Jooooooder, qué flipe…

Canillejas, a 5 de febrero de 2024

NOTA DEL AUTOR

Nunca he hecho una nota de autor en una de mis novelas, así que ya es hora de hacer la primera. En este caso es necesaria. Todos sabéis que escribo novela negra a partir de las historias que me invento teniendo como base de operaciones mi barrio. Llevo documentándome toda la vida, pero yo no lo sabía, hasta que empecé a escribir. La novela tiene tres tramas. Una transcurre en el presente, durante el atraco a un banco, y otra es la historia de Zip, el protagonista y narrador, que ocurre en el pasado. La tercera trama es en segunda persona, ocurre también en el pasado, y básicamente es la historia del Chule, otro de los protagonistas, en diversas cárceles. Lo de la primera persona en presente y pasado, así como la segunda persona como herramientas narrativas, me han resultado eficaces para narrar la historia que quería contar.

Como no he estado en la cárcel (al menos todavía), me he documentado a través de diversas fuentes. He leído muchos artículos de la hemeroteca del periódico *ABC* en los que se dan fe de los motines carcelarios en los años duros. Es una fuente inagotable de recursos. Ya recurrí a ella cuando monté el atraco a un furgón blindado en el tardofranquismo en mi novela *Manguis*. También he leído dosieres periodísticos de la época que hablan de asociaciones de presos y del régimen de presos FIES, como por ejemplo el de Núria Güell. Y, sobre todo, me han inspirado las historias que cuenta Xosé Tarrío en su más que recomendable libro *Huye, hombre, huye. Diario de un preso FIES*. Xosé Tarrío González (1968, La Coruña – 2 de enero de 2005, La Coruña) fue un activista político —anarquista, libertario y anticarcelario— y escritor. Asimismo, os recomiendo el libro de relatos *Adiós prisión*, del también recluso Juan José Garfia, un tipo indomable fuera y dentro de la prisión que finalmente cambió, estudió una carrera y salió de la cárcel. Los libros de Tarrío y Garfia son lo más parecido al tipo de literatura carcelaria escrita en Estados Unidos por exreclusos reconvertidos a escritores como Eddy Bunker o Chester Himes. El subgénero carcelario es prácticamente inexistente en España y no

porque no haya cosas que contar, sino porque nadie se ha animado a contarlo. Los protocolos FIES fueron una vergüenza que finalmente se declararon ilegales porque implantaron un régimen carcelario dentro de las propias cárceles basado en torturas físicas y psicológicas, así como el alejamiento de los presos de sus lugares de origen, con lo que esto supuso para ellos y sus familiares. No se puede contar la historia de un país sin contar el día a día de su régimen penitenciario a lo largo del tiempo. No deja de ser curioso que unas normas tan drásticas, tan antidemocráticas y tan inmorales fueran impuestas por un gobierno teóricamente de izquierdas como el de Felipe González y de su ministro del Interior Antoni Asunción que previamente fue director general de Instituciones Penitenciarias.

Dicho esto, quiero agradecer en este momento de la publicación de mi undécima novela la confianza que la editorial Alrevés ha depositado en mí, y sobre todo a Gori, mi editor. También quiero agradecer a mi chica, Teo, las horas empleadas en leer, corregir y pensar en sugerir cambios que han mejorado las novelas considerablemente. Y tengo que agradecer también la fidelidad de mis lectores, sin los que no sería posible seguir publicando.

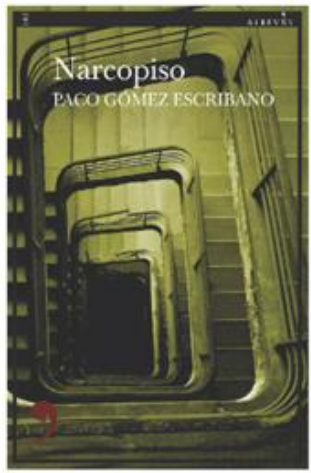
Espero que esta novela también os haya gustado. Nos vemos en otra.

INFORMACIÓN PARA CLUBS DE LECTURA

Querido lector, nos tomamos la libertad de tutearte porque tienes entre tus manos uno de nuestros libros y, por tanto, ahora tú también eres ya miembro de Alrevés.

Y, como tal, queremos comentarte que, pensando en el placer que supone la lectura compartida, hemos añadido una pestaña en nuestra web (https://alreveseditorial.com/) donde encontrarás la ficha de lectura de este libro, por si sintieras el irrefrenable deseo de intercambiar tus impresiones sobre él en un club de lectura. Allí encontrarás también nuestros contactos para facilitar la participación de nuestros autores en las charlas, recibir información, organizar actividades, *etc.*

Te estaremos muy agradecidos si difundes esta iniciativa porque, como dijo un gran sabio a quien conocimos bien, leer nos salva del olvido.

> «Sobre este escritorio y sobre la mesilla de noche había siempre novelas baratas de misterio (…) Yo las devoraba por las noches, cuando los rostros de los muertos se me aparecían para ahuyentar el sueño y las preguntas se encadenaban unas con otras para tramar una red en la que me quedaba atrapado. Entonces, aquellas noveluchas me ayudaban a no pensar. Si algo echo de menos es precisamente eso: poder comprar cien páginas de olvido por solo un duro.»
>
> ALEXIS RAVELO,
> Los días de mercurio

Otros títulos de Paco Gómez Escribano